

John Banville

La alquimia del tiempo

Un memoir dublinés

Narrativa Internacional Traducción de Miguel Temprano García

John Banville

La alquimia del tiempo

Un memoir dublinés

Traducción de Miguel Temprano García



Para Harry Crosbie

1. A propósito del tiempo[1]

Dublín nunca fue mi Dublín, lo cual lo hacía aún más tentador. Nací en Wexford, una pequeña ciudad que entonces era más pequeña y más remota, aislada en su propio pasado. Mi cumpleaños cae en 8 de diciembre, el día de la Inmaculada Concepción; esto siempre me ha parecido un ejemplo de lo risible e impreciso que puede ser el cielo en sus chapuzas con las fechas de los nacimientos. Antes, el día 8 era tanto una festividad religiosa como un día de fiesta en el que la gente de las provincias iba en masa a la capital a hacer las compras de Navidad y maravillarse de la iluminación navideña. Así que mi regalo de cumpleaños en años sucesivos durante la primera mitad de la década de los cincuenta del siglo XX fue un viaje en tren a Dublín, con el que yo pasaba meses soñando; a decir verdad, sospecho que empezaba a soñar con la excursión del año siguiente en cuanto llegaba a su fin la de ese año.

Partíamos de la estación del Norte de la ciudad en la oscuridad invernal de primeras horas de la mañana. Creo que eran todavía trenes de vapor, aunque el diésel estaba a punto de llegar. Qué emocionante era andar por las calles desiertas y sombrías, con la cabeza aún embotada por el sueño y el largo día de aventuras por delante. El tren llegaba desde Rosslare Harbour, cargado de pasajeros con los ojos enrojecidos que habían tomado el transbordador nocturno en Fishguard, en Gales, la mitad de ellos borrachos y la otra mitad aún bajo los efectos del mareo. Salíamos resoplando, la ventanilla a mi lado era un espejo negro en el que podía ver mi reflejo oscuro y amenazador e imaginar que era un agente confidencial —como llamaban a los espías en las novelas de espionaje de una era anterior— a bordo del Orient Express con destino a una misión de alto secreto en el cobrizo y peligroso Oriente.

Debíamos de estar cerca de Arklow cuando empezaba a

clarear, los campos blancos por la escarcha adquirían un matiz de mica rosada y brillante.

Ciertos momentos en ciertos sitios, en apariencia insignificantes, se graban en la memoria con una viveza y una claridad inverosímiles; inverosímiles porque son tan claros y vívidos que surge la sospecha de si no los habrá creado nuestra fantasía, de que, en definitiva, debemos de haberlos imaginado. De esos viajes en diciembre recuerdo, o estoy convencido de recordar, cierto lugar donde el tren aminoraba la marcha al llegar a una curva del río —debía de ser el río Avoca—, un lugar que aún veo con claridad en la memoria y al que he vuelto repetidamente en mis novelas, como aquí, por ejemplo, en *La carta de Newton*:

> Al otro lado del río se extendía un campo llano hasta el borde de una colina boscosa, y al pie de la colina había una casa, no muy grande, solitaria y cuadrada, de tejado empinado. Yo contemplaba aquella casa silenciosa y me preguntaba, anhelante de curiosidad, qué vidas vivirían allí. ¿Quién atizaba aquel fuego, quién colgaba aquella guirnalda de acebo, quién dejaba aquellos rastros en la escarcha de la ladera? No puedo expresar el extraño placer dolorido de aquel momento. Sabía, claro, que aquellas vidas ocultas no podían ser muy diferentes de la mía. Pero ese era el asunto. No era lo exótico lo que yo buscaba, sino lo *ordinario*, ese enigma que es el más extraño y esquivo de todos.[2]

Dublín, por descontado, era lo más opuesto a lo ordinario. Dublín era para mí lo que Moscú para Irina en *Las tres hermanas* de Chéjov, un lugar de promesas mágicas que mi alma joven y hambrienta anhelaba sin cesar. Yo era más afortunado que Irina, pues el viaje de Wexford a Dublín era relativamente corto, y podía hacerlo con agradable frecuencia. Que la propia ciudad, el Dublín verdadero, fuese en esos años cincuenta golpeados por la pobreza un lugar gris y sin gracia no enturbiaba mi sueño, y soñaba con él incluso cuando estaba allí, de modo que la realidad mundana se transformaba sin cesar ante mis ojos en pura novelería; no hay nada más novelesco que un niño pequeño, como Robert

Louis Stevenson sabía mejor que nadie.

¿Cuándo se convierte el pasado en pasado? ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que algo que ocurrió sin más empiece a emitir el brillo secreto y numinoso que es la marca del verdadero pasado? Después de todo, la visión resplandeciente que llevamos con nosotros en la memoria fue una vez solo el presente, aburrido, cotidiano y totalmente anodino, menos en esos momentos en los que uno acaba de enamorarse, pongamos por caso, o le ha tocado la lotería, o el médico le ha dado malas noticias. ¿Cuál es la magia que obra sobre la experiencia, cuándo se consigna al laboratorio del pasado, para bruñirla y conformarla hasta darle un acabado brillante? Estas preguntas, que en realidad son solo una, me han fascinado desde que, de niño, hice el impresionante descubrimiento de que la creación consistía no solo en mí y mis accesorios —mi madre, el hambre, una preferencia por la sequedad ante la humedad—, sino en mí por un lado y el mundo por el otro: el mundo de las demás personas, de los demás fenómenos, de las demás cosas.

Digamos que el presente es donde vivimos, mientras que el pasado es donde soñamos. Aunque, si es un sueño, es sustancial y nos sostiene. El pasado nos mantiene a flote, es un globo aerostático atado a tierra que nunca deja de hincharse.

Y, no obstante, vuelvo a preguntarme, ¿qué es? ¿Qué transmutación debe sufrir el presente para transformarse en el pasado? La alquimia del tiempo obra en un abismo brillante.

La estación de Westland Row —no se convirtió en la estación Pearse hasta años después— era ante todo una enorme cúpula de cristal ennegrecida por el hollín, un par de andenes sucios y una rampa hasta la calle. Ahora me parece que todos esos 8 de diciembre llegábamos allí bajo la lluvia. No la lluvia torrencial y violenta de las provincias, sino una variedad urbana especial, cuyas gotas eran tan finas y penetrantes como neutrinos, esos copiosos aguaceros de partículas subatómicas, de hecho, subsubatómicas, que nos

atraviesan al lector y a mí, y a todas las demás cosas, a cada instante. Esta lluvia no llegaba tanto a mojar las aceras como a dejarlas grasientas, por lo que había que tener cuidado al andar por ellas con las resbaladizas suelas de cuero de los zapatos.

Al salir de la estación girábamos a la izquierda hacia Westland Row y enseguida se cernía sobre nosotros la que me parece una de las iglesias más extrañamente ubicadas de la ciudad, St. Andrew, encajada, como con un martillo pilón celestial, en mitad de una hilera de casas adosadas del siglo XVIII, modestas y seculares a ultranza. El edificio siempre me pareció un poco demencial, y aún me lo parece, con sus dos desproporcionadas columnas de falso estilo corintio, su puerta enorme y nada acogedora, y su tejado un tanto inclinado en cuyo vértice se alza una estatua del propio san Andrés, el hermano mayor del más famoso Pedro, que gesticula con congelada frustración y mueve los brazos en lo que parece una advertencia fallida del inminente apocalipsis.[3]

Al fondo de la calle estaba, y está, el pub Kennedy, donde Samuel Beckett iba a beber cuando estudiaba en el cercano Trinity College. Girando a la izquierda y justo después a la derecha, llegábamos a Merrion Square, en cuyo número 1 —un bello ejemplo de casa adosada de estilo georgiano, al menos en su fachada— nació Oscar Wilde, el hijo de William Wilde, un «médico eminente» como se decía entonces. La madre de Oscar era la notable y fascinante Jane Francesca Wilde, de soltera Elgee, que, en los años cuarenta del siglo XIX, escribía poemas patrióticos para el periódico de la Joven Irlanda *The Nation* con el seudónimo «Speranza»; tan exaltados eran sus versos que en esos tiempos turbulentos estuvo a punto de ir a la cárcel acusada de sedición.

Ni que decir tiene que yo no sabía nada de esto en la época de la que escribo. Dudo que hubiese oído hablar siquiera del pobre Oscar, a quien hoy conmemora una espantosa estatua de colores chillones que lo representa indecorosamente despatarrado en una roca detrás de una reja en la esquina de la plaza que hay enfrente de su lugar de nacimiento. ¡Qué indignidades nos creemos con derecho a cometer con los muertos famosos! Hemos bautizado un barco de guerra con el nombre de Samuel Beckett, el más pacifista de los hombres, y

en las aceras de Dublín hay pequeñas placas de latón con fragmentos de la prosa del *Ulises* para que todo el mundo las pisotee.

Aquí hago una pausa para reflexionar con sorpresa sobre cómo resuenan las cosas entre sí, por muy levemente que sea, a través de los siglos. El padre de Jane «Speranza» Wilde era un abogado de Wexford, y no hace mucho me alojé en la habitación del hotel de París donde su hijo Oscar, agobiado por las deudas y lamentándose por la fealdad del empapelado, espiró su último aliento. Para ser un sitio tan grande, el mundo parece a veces sospechosamente pequeño.

En la época de mis primeras excursiones de cumpleaños, mi tía Nan, la hermana de mi madre, que pasó toda su vida adulta en Dublín, ocupaba un minúsculo piso en Percy Place. [4] Estaba en la planta baja de una casa que hace mucho que desapareció; el rasgo de la casa que recuerdo con más claridad era que, justo al cruzar la puerta principal, había que descender un escalón muy alto desde la acera para llegar al vestíbulo, maniobra que siempre me pareció alarmante, incluso cuando crecí lo suficiente para hacerlo con comodidad. La infancia está repleta de oscuros espantos y temores.

En el piso de arriba —en esos días siempre eran pisos, nunca apartamentos, por muy espaciosos o imponentes que fuesen— vivía una numerosa y estridente familia con el peculiar y fascinante, eso pensaba yo, nombre de Reck. Una de las hijas de los Reck, una niña un poco marimacho con tirabuzones y rodillas huesudas y sonrosadas, fue el primer amor no correspondido de mi vida. Pasaba el rato ilusionado en el lóbrego vestíbulo, con su olor a té hervido y la peste a agua sucia, con la esperanza de vislumbrar a la amada inviolable mientras bajaba dando saltos por las escaleras con sus gruesos zapatos escolares y los tirabuzones rebotando. Dudo que reparara siquiera en mí, acechando lívido, presa de un deseo inexpresable, una de las víctimas más precoces de Cupido.

Al otro lado de la calle había una media docena de casas adosadas, que debían de haberse construido en esa época; eran viviendas de clase media, con ventanales en voladizo y relucientes aldabones de bronce. En su gargantuesca biografía

de Graham Greene, Norman Sherry cuenta una curiosa anécdota sobre esas casas, por lo demás correctas y respetables. A principios de los años cincuenta del siglo XX, la amante estadounidense de Greene —la bella y atrevida Catherine Walston, casada con lord Harry Walston, un hombre de negocios inglés inmensamente rico— se alojó por una temporada en una de esas casas, y mientras estuvo allí se puso un cojín debajo del vestido para dar la impresión de que estaba embarazada. Al parecer, la razón fue que una de las amigas de su marido estaba en Irlanda esperando un hijo, y Catherine, que era buena persona, aceptó fingir que el bebé no deseado era suyo. Fue a Dublín con su prominente barriga falsa, para asistir al parto en secreto y llevarse al niño a Inglaterra como si fuese de ella. *Autres temps, autres moeurs.*

Creo que también fue por esa época cuando lady Walston, que según uno de sus amantes «tenía debilidad por los curas», conoció al padre Donal O'Sullivan, un atractivo jesuita que llegaría a ser director del Consejo de las Artes, y a quien Greene, verde de celos,[5] apodó «Skunkburgh». Catherine y el reverendo padre tuvieron una aventura, o algo muy parecido —es difícil especular sobre los detalles sexuales de aquellos tiempos, en los que los anticonceptivos estaban prohibidos por ley en Irlanda—. Desde luego, la pareja veraneaba en Venecia una vez al año, y se cuenta que se veían a menudo en el piso que ella tenía en Dublín… ¿en Percy Place? Espero que sí.

Vete si a saber si, en la época que pasó aquí, lady Walston no conocería también a otro cura casquivano, el padre Con Lee, coadjutor de St. Andrew, la iglesia de Westland Row que no tenía campanario pero sí muchas aspiraciones. Era un tipo apuesto que llevaba sotanas de un corte excelente —su nombre completo era Cornelius Frawley Lee y su familia era la propietaria de Frawley's, unos grandes almacenes muy populares y exitosos en Thomas Street—, fumaba cigarrillos con boquilla de marfil y llevaba un bastón con perlas en la empuñadura. Mi hermana lo conoció, y me cuenta que los niños de la calle en Westland Row lo habían apodado Bat Masterson,[6] es de presumir que por su dandismo sombrío y elegante. Se tenía por un tipo literario, tiene una fugaz aparición en las memorias del poeta John Montague, que

recuerda que el irreverente reverendo se presentó una noche a visitarlos a él y a su mujer en su piso de Herbert Place. Fue el primer capellán católico en el Trinity College de Dublín. El arzobispo John Charles McQuaid, de infausta memoria, lo llamó al palacio arzobispal, le informó del nombramiento y añadió en tono amenazador que era un puesto no oficial y que si había algún problema, no especificó de qué tipo, el padre Lee estaría «solo». Con Lee era la clase de tipo que a Catherine Walston le habría encantado añadir a su colección de clérigos de mala reputación.

Qué raro se me hace pensar que pude tener la ocasión de vislumbrar sin saberlo a la Walston, con su cojín debajo del vestido, cuando me disponía a bajar el alto escalón que llevaba al vestíbulo del piso de mi tía Nan en Percy Place.

Mi madre, mi hermana y yo —no creo que mi padre nos acompañara en esas excursiones de cumpleaños— llegábamos a Percy Place a media mañana, desaliñados después del viaje, empapados por la lluvia y oliendo como ovejas. La tía Nan nos había preparado un desayuno-banquete de cumpleaños —la palabra «brunch» aún no se había impuesto en el idioma— a base de salchichas, lonchas de tocino, huevos fritos y pan frito, regado con tazas de té de color teca, lo bastante fuerte, como decía mi madre, como para cortarlo con un cuchillo. También había un pastel de chocolate y nata de la panadería Kylemore, con mi nombre escrito con un cordón de azúcar glaseado.

Mi tía era una solterona, una palabra todavía corriente por entonces —yo siempre preferí la expresión más amable de «señorita célibe»—, y aún hoy ni quiero ni oso demorarme demasiado en lo que debió de ser la tristeza de su vida solitaria, que yo no hice nada por aliviar cuando más tarde, a principios de los años sesenta, compartí otro piso con ella, a la vuelta de la esquina, en Upper Mount Street. Entiéndaseme bien, la actitud de la tía Nan era todo menos triste: tenía un sentido del humor subversivo, y veía con regocijada irreverencia a todos los que desempeñaban la autoridad sobre nosotros, las masas. Que yo recuerde, sentía un desprecio latente por nuestro *taoiseach* o primer ministro de entonces, Éamon de Valera —«Dev»—, antiguo dirigente del partido dominante Fianna Fáil y veterano del Levantamiento de 1916,

cuya ciudadanía estadounidense le había librado, por desgracia, según no pocos de sus oponentes políticos, del pelotón de fusilamiento. Ignoro qué había hecho exactamente Dev para atraerse la contumelia de mi tía, pero recuerdo con claridad el modo en que se curvaba su labio cuando pronunciaba el nombre de «esa larga sucesión de desdichas».

Pistolas de juguete. Yo tenía pasión por las pistolas de juguete. Muy pronto hice un inventario de mi arsenal y resultó que poseía veinticuatro revólveres surtidos, automáticas, «pistolas de rayos», falsos Smith & Wesson de tres al cuarto, derringers, pistolas de chispa y, mi favorito, una versión en miniatura pero muy detallada del famoso rifle Winchester 73, con el que, en la película de vaqueros del mismo título de 1950, Lin McAdam (James Stewart) liquidaba por fin a «Dutch Henry» Brown (Stephen McNally) antes de irse con su verdadero amor, Lola, la chica del salón (Shelley Winters, otro de mis primeros amores no correspondidos). Con el estómago revuelto después de demasiados trozos de pastel de Kylemore, pero al mismo tiempo muy entusiasmado, rasgaba el papel del regalo de la tía Nan, que invariablemente era una pistola de juguete, aunque un año me regaló un submarino de plástico que se podía meter en la bañera y que fue un gran éxito a pesar de no ser la esperada pistola.

Después del opíparo desayuno venía la excursión «a la ciudad». Supongo que debíamos de coger el autobús número 10 desde Baggot Street hasta el centro.

Sorprendido, detengo un momento la memoria en el puente de Baggot Street y miro hacia el norte —¿es el norte?— a lo largo del Gran Canal hasta el puente Huband y más allá. Imagino que todos tenemos un sitio en particular que es una especie de paraíso privado, el cielo al que nos gustaría ir después de muertos, si es que debemos ir a algún sitio. Para mí, esa extensión de aguas plácidas, juncos susurrantes y el camino de sirga ocre oscuro que iba desde Baggot Street hasta Lower Mount Street es el paisaje acuático más encantador que conozco, por encima incluso de ese otro Canale Grande donde hacen gorgoritos los gondoleros. Considero que una de las más felices bendiciones de mi vida fue poder conocer desde mi edad más temprana ese barrio, «Baggotonia», como lo llamaban con actitud cariñosa y protectora sus habitantes, y

que con el tiempo tuviese la incomparable buena suerte de vivir allí, varios de los que supongo que debo considerar mis «años de formación».

Sí, lo sé, Patrick Kavanagh reclamó el canal antes que yo, y lo admito de buen grado ante su sombra. Pensaba citar aquí un fragmento del inicio de su famoso poema sobre el asunto, pero al releerlo me pareció tan delicioso que he decidido que debía transcribirlo entero.

Versos escritos en un banco en el Gran Canal, Dublín
«Erigido en recuerdo de la señora Dermot O'Brien»

Celebradme donde haya agua,
un canal, si es posible, tranquilo
y verde en pleno verano. Hermano,
celébrame de ese modo tan hermoso
en la esclusa donde retumbe como el Niágara
la cascada para quienes la contemplan en el tremendo silencio
de mediados de julio. Nadie que hable en prosa
encontrará su camino hasta estas islas parnasianas.
Un cisne pasa con la cabeza gacha entre disculpas,
una luz fantástica asoma por los ojos de los puentes…
¡Y mira!, llega una barcaza cargada de mitologías
de Athy y otras ciudades lejanas.
¡Ay!, no me celebréis con una heroica
tumba…, me basta con un banco a la orilla del canal para el paseante.

El poeta consiguió su muy insinuado deseo: de hecho, se le concedió dos veces, pues en el canal hay no uno sino dos bancos consagrados a su recuerdo, lo cual sin duda habría causado una sonrisa agradecida en el malhumorado vejete.

La idea de erigir un banco en su memoria se le ocurrió por primera vez en 1967 al difunto John Ryan, artista, director de revistas, crítico e improbable tabernero —era el dueño de The Bailey, un pub y casa de comidas «artístico» y elegante en Duke Street, todavía próspero—, que en su época fue una figura de cierta relevancia. Como cuenta en sus recuerdos de Dublín *Remembering How We Stood* —algún bromista ha

observado que, en vista de la afición a la bebida de aquellos sobre quienes escribe, habría sido más exacto titularlos *Forgetting How We Staggered*—,[7] Ryan y su amigo Denis Dwyer fundaron un comité con el objetivo de erigir un banco conmemorativo. El comité se reunía, extrañamente, los domingos por la mañana en el Ormond, «ese hotel de relucientes y fugaces recuerdos joyceanos», como escribió Ryan. Temiéndose la inevitable «escisión», que como dijo Brendan Behan era siempre el primer punto en la agenda de cualquier movimiento político o social irlandés, Ryan y sus colegas se pusieron la fecha límite del 17 de marzo de 1968. «Los irlandeses solo saben trabajar con fechas límite —observó Ryan—. Sus esperanzas y aspiraciones se disuelven como las nieblas matutinas en la insipidez del tiempo ilimitado».

El banco lo diseñó el artista Michael Farrell, «basándose en un tosco boceto que hice en un posavasos en la barra de The Bailey», según Ryan. Lo construyeron con madera de roble del condado de Meath y granito de las montañas de Dublín, y el escultor funerario John Cullen inscribió en la piedra varios versos del poema de Kavanagh. Los materiales y la manufactura los pagaron por suscripción, entre otros, el poeta inglés John Heath-Stubbs, el futuro presidente de Irlanda Cearbhall Ó Dálaigh, y el doctor George Otto Simms, el arzobispo protestante de Dublín. La obra de Kavanagh, como vemos, era apreciada por gente muy diversa.

Sorprendentemente, la fecha límite se cumplió, y el 17 de marzo de 1968, el día de San Patricio, un pequeño grupo se reunió para celebrar la instalación del banco en el camino de sirga al pie del puente de Baggot Street.[8] Unos actores del Abbey Theatre leyeron algunas piezas del poeta y, según Ryan, no quedó un ojo seco entre todos los presentes. Asistieron no menos de tres curas —esto fue mucho antes de que se conocieran los espantosos abusos de niños por parte del clero, que empujarían a los hombres santos a la clandestinidad, o al menos a llevar ropa de paisano— y el banco recibió la bendición del Señor, que hizo lo que le pedían y lo preservó a lo largo de los años, pues allí sigue hoy, agradablemente curtido por el tiempo y más acomodadizo que nunca. En las bonitas palabras de John

Ryan:

> En pleno verano, cuando los álamos y las hayas pueblan el aire de turbulento follaje, el cielo, los árboles y el agua parecen fundirse en una unidad temblorosa. Desde este banco, se ven las aguas del canal precipitándose «como un Niágara» en la esclusa, y la vista, al alzar la cabeza, llega media milla canal arriba hasta que se topa con el ojo guiñado del puente Eustace. Luego, la inmensa belleza de todo conmueve el corazón. En ese momento se siente uno dispuesto a conceder que alguna deidad parnasiana (amiga ahora del poeta) preside la escena.

El otro banco —en el que holgazanea con aire disoluto y muy inquietante una estatua de bronce de tamaño real del poeta con sus gafas, obra del escultor John Coll— lo inauguró, si es que un banco puede inaugurarse, la presidenta Mary Robinson en el verano de 1991. No sé por qué, pero es posible adivinar cuál habría preferido Kavanagh.

«El genio —observa Baudelaire— no es otra cosa que la infancia formulada con precisión». Creo que el gran *décadent* francés, que escribía aquí sobre el asimismo decadente ensayista inglés Thomas De Quincey, autor de *Confesiones de un inglés comedor de opio*, quería que la palabra «genio» se entendiera en este contexto como el «daimon» que los antiguos griegos creían que hay en todo hombre: su carácter, de hecho su esencia. Si Baudelaire no se equivoca, en cierto sentido la infancia no se acaba nunca, sino que existe en nosotros, no solo como un recuerdo o un complejo de recuerdos, sino como una parte esencial de lo que somos intrínsecamente. Todos los artistas conocen esta verdad puesto que, para el artista, la infancia y la concepción infantil de las cosas son una profunda fuente de eso que antes se llamaba inspiración, aunque solo sea porque fue de niños como percibimos por primera vez el mundo como misterio. El proceso de crecer es, por desgracia, un proceso de convertir lo misterioso en lo mundano. Dejan de sorprendernos las cosas —el cielo, el paso de las estaciones, el amor, los demás— solo

porque nos acostumbramos a ellas.

Imagine el lector a un ser de un planeta inmensamente distante y diferente en todo del nuestro, al que enviasen aquí a hacer un estudio minucioso de la Tierra y sus habitantes para informar a su gobierno, que está considerando la posibilidad de una toma hostil del poder a larga distancia. Hace un reconocimiento rápido —tiene poderes fabulosos de observación y asimilación— y está dando los últimos retoques a su informe, cuando empieza a llover: agua ¡que cae del cielo! O alguien estornuda, ¿qué ataque repentino es este?, o bosteza: ¿qué significa este grito silencioso, y por qué nadie se espanta ni asombra de ese espectáculo? Nuestro extraterrestre comprende en el acto que tiene que romper el informe y empezar de nuevo, pues este sitio es mucho mucho más raro de lo que había pensado al principio.

El niño, como ese recolector de datos extraterrestre, existe en un estado de sorpresa constante y recurrente —a cada paso encuentra algo nuevo y extraordinario—, pero al final su conciencia se vuelve borrosa. Llega un instante en el que, como decimos tristemente, ya lo ha visto todo. Pero nadie lo ha visto todo: todo es nuevo siempre y cada vez es la primera vez. No crecemos, solo nos embotamos.

Así el septuagenario que está aquí sentado con este tiempo húmedo de primavera escribiendo esta especie de libro de memorias es también ese niño que, repleto de salchichas, tocino y pastel de Kylemore, partió ese lejano día de diciembre a bordo del autobús número 10 rumbo al centro de la ciudad, o An Lár, como decía el cartel de delante del autobús. Vuelvo la vista atrás y veo a un desconocido de siete años que aun así soy yo. Pero ¿cómo es posible que yo sea ese niño, y que ese niño sea yo? La pregunta preocupó al filósofo Wittgenstein, que la planteó junto con muchos otros enigmas similares —¿es roja una rosa en la oscuridad?; si un león pudiera hablar, ¿le entenderíamos?— y que intentó y no consiguió, por más que su fracaso fuese fascinante, resolver. [9]

¿Puede el anciano ser el mismo ser que el niño que fue? Tengo una pequeña cicatriz blanca e irregular en el hueco entre las cejas, recuerdo de un accidente cuando tenía cuatro o cinco años. Un día corría por Faythe —por una especie de

plaza con forma de cuña— en mi Wexford natal, y choqué con un poste de madera de bordes afilados que sostenía un arbolillo recién plantado. Hace un par de años volví a Faythe para echarle un vistazo, y me sorprendió encontrar un bosque de árboles maduros creciendo allí. Me sorprendió, porque me dio la impresión de que llevasen allí cientos de años.

—Ah, no —me dijo con dulzura mi hermana—, tienen más o menos tu edad.

Espantado, me llevé un dedo a la cicatriz del entrecejo y pensé: «¡Yo estaba aquí, vivo, cuando plantaron estos árboles!».

¿Es el niño el padre del hombre, como afirma Wordsworth? De ser así, ¿no es una idea grotesca pensar en la vejez que uno ha sido engendrado por el niño que empezó siendo?

Y ¿cuándo se convierte el pasado en pasado?

O'Connell Street tuvo su esplendor en los años cincuenta del siglo XX, antes de convertirse en una réplica de las calles periféricas llenas de neones de Las Vegas. Entonces crecían en ella árboles de verdad, plátanos de sombra londinenses, algunos de ellos del siglo XIX; hace una década los talaron todos y los reemplazaron por unos árboles escuálidos y anodinos que parecen hechos de plástico. La Columna de Nelson aún estaba en pie, tan bella como incongruente. Los autobuses que retumbaban a lo largo de ambos lados de la calle, barritando como elefantes, iban pintados de color verde musgo, y tenían una plataforma descubierta en la parte de atrás donde, ignorando las reiteradas y fatigosas advertencias del revisor, uno podía subir o apearse emocionado, agarrándose a una bruñida barra plateada, cuando el vehículo arrancaba o se detenía con brusquedad. Un día presencié cómo un joven andrógino, que no podía ser más amanerado, se apeaba con un paso de ballet cuando uno de esos autobuses llegó a la parada. Cuando se detuvo, el revisor, un tipo muy bajito, apareció blandiendo un paraguas plegado. «¡Eh, hada madrina! —gritó, riéndose al ver marcharse al dandi—. ¡Te olvidas la varita!». El joven se detuvo, dio media vuelta, retrocedió unos pasos, cogió el paraguas, le dio un golpecito en el hombro a quien acababa de burlarse de él y

dijo: «¡Conviértete en mierda, enano maldito!». Qué fuente de ingenio eran los gais en aquella época nada alegre, y cómo nos hacían reír.

En Grafton Street se ubicaban Switzers y Brown Thomas, pero estos elegantes emporios estaban reservados a los pudientes; nosotros, las órdenes más bien inferiores, teníamos que contentarnos con Clery's en O'Connell Street. Los de Clery's debieron de ser uno de los mayores grandes almacenes de estas islas, con muchas plantas, con kilómetros de mostradores, alegre e irremediablemente mugrientos; recuerdo las tablas de madera del suelo sin barnizar, pero en eso debo de estar equivocado, pues sin duda sería al menos de linóleo. Los empleados varones de la tienda eran sobre todo hombres de mediana edad y los había de dos tipos: los graciosos, maestros de las frases atrevidas —«¡Ese elástico está hecho para durar, señora!»—, o los distraídos de aspecto levemente desesperado que a mí me parecían amables presidiarios esperando la libertad anticipada por buena conducta. Sus colegas femeninas iban de negro —falda negra, conjunto de jersey y rebeca negros, sobrios zapatos negros— y eran competentes y enérgicas en cierto sentido martirizado, como una orden de monjas seculares.

Nuestra primera parada era en la sección de joyería, donde cada año me compraban un reloj de pulsera de dieciséis peniques por mi cumpleaños. Esos pequeños relojes me hechizaban y fascinaban: sus correas de cuero olían a riqueza, y se decía que tenían rubíes en el engranaje, ¡rubíes de verdad! Los que nos podíamos permitir estaban en el rango más bajo de la escala, y con suerte seguían en hora hasta principios de Año Nuevo, luego perdían el tino y, o bien se retrasaban con aparente extenuación, o se adelantaban varias horas con el tictac febril y acelerado. Cuando por fin expiraban, normalmente hacia mediados de febrero, yo volvía a tomar prestado a escondidas el pequeño y elegante Omega de mi madre de su mesilla de noche, pues era impensable que fuese con mis compañeros sin nada en la muñeca, como un pobretón.

Una vez completada la Ceremonia de la Compra del Reloj, había que soportar una hora tediosa, detrás de mi madre, mi tía y mi hermana, mientras se consagraban al principal asunto

del día: la compra de lo que para mí eran aburridos regalos navideños. Los percheros de unos grandes almacenes ofrecen pocas emociones para un niño pequeño, incluso para uno con un reloj nuevo reluciente con el que presumir. Cierto, podía comerse con los ojos los maniquíes de la sección de lencería, y rozar con el dorso de la mano, como por accidente, el perchero de unas bragas de nailon de tacto excitantemente frágil y frío. También podía soñar con que lo secuestrara la señora de Kayser Bondor —«¡Lencería! ¡Batines! ¡Sujetadores!»— y se lo llevara, sin ofrecer resistencia, a su tocador. Esta deliciosa criatura, retratada en un cartel de cartón que se sostenía de pie, era alta, con cintura de avispa y labios rojos y encantadores, mostraba con descaro la parte alta de las medias, y se paseaba con aire lascivo por muchas de mis fantasías infantiles, y podría, incluso ahora, al conjurarla a través del palpitante pasado, mover provocadora una pierna bien torneada en mi beneficio.[10]

Banquetes, banquetes y más banquetes. Había al menos dos heladerías en O'Connell Street: Broadway y Palm Beach —me cuentan que la familia del crítico gastronómico Paolo Tullio era dueña de una de ellas, o tal vez de las dos—, locales vulgares y chabacanos para algunos, sin duda, pero para nosotros tan luminosos como California. Yo prefería Palm Beach, por sus gloriosos knickerbocker glories —aún puedo ver el goteo del brillante sirope rojo serpenteando o más bien deslizándose como un caracol por el lado interno del cristal —, sus melancholy babies, y sus banana Ssplits, de nombre todavía más indecoroso. Es raro, pero solo recuerdo que me llevase allí mi hermano, que era un adolescente, cuando yo aún usaba pantalones cortos. ¿Son imaginaciones mías o la heladería Palm Beach tenía en cada mesa una gramola con una especie de ranura en la que insertabas una moneda y elegías tu canción favorita? Mi hermano era un entendido en los cantantes más populares y sofisticados de la época: Frank Sinatra, Doris Day, Perry Como, Nat «King» Cole, Rosemary Clooney, The Ink Spots, Teresa Brewer…

¡Música! ¡Música! ¡Música!

En esos largos cumpleaños debía de comer algo aparte del desayuno en el piso de mi tía Nan y de la copa de helado a media tarde en la lluviosa O'Connell Street. Tal vez

comiéramos —aunque lo habríamos llamado cena— en el hotel Wynns, en Abbey Street, el sitio favorito de ruidosos curas bebedores de whiskey y de tipos de aspecto dudoso con sombreros de ala estrecha, así como de esperanzadas pero ya no tan jóvenes señoritas con medias con costura y blusas floreadas, encaramadas a la barra con un gin and tonic delante, y un cigarrillo con la boquilla manchada de rojo, sujeto en un coqueto ángulo entre los dedos de la mano izquierda que dejaban claro que no había anillo.

En el comedor, bajo un techo manchado de color amarillo madreselva por el humo del tabaco, la «cena» sería una sopa beis, seguida de un gran plato amarillento sobre el que habían puesto dos o tres gruesas lonchas de ternera marrón grisácea, acompañada de verduras hervidas hasta el borde de la supervivencia, luego algo con natillas por encima, y todo rematado —o «recalcado», como diría George Orwell— con más tazas de té del color del tronco de esos árboles que llevan siglos sumergidos en agua pantanosa.

A medida que se acerca la Navidad, los días de diciembre se acortan y terminan con una sensación de leve colapso. Me encantaba la melancolía de esas noches dublinesas, a pesar del peso que depositaban sobre mi joven corazón. Las estaciones de ferrocarril de noche son siempre incurablemente tristes, y, cuando el tren partía de Westland Row al principio del viaje de regreso a Wexford, tenía que apartar la cara y apretarla contra la ventanilla para ocultarles mis lágrimas a mi madre y a mi hermana. Lo que veía entonces reflejado en el cristal no era un apuesto espía dándose a la fuga, sino solo un niño pequeño lloriqueando con el corazón henchido de dolor. No habría podido decir por qué o para qué lloraba exactamente, en silencio, angustiado, con los puños apretados y la boca bien cerrada, no fuese a escaparse algún sollozo, pero ahora que lo pienso, supongo que era porque algo llegaba a su fin, se estaba plegando, como la carpa de un circo; se estaba convirtiendo, en suma, en pasado.

2. Cicero, Vico y el Abbey

Mi amigo Cicero conoce un Dublín del que poca gente es consciente o cuya existencia se ha olvidado para siempre. A lo largo de una vida de promover, construir y coleccionar ha amasado una ingente cantidad de conocimientos arcanos sobre una ciudad escondida; escondida, quiero decir, a plena vista. Es capaz de decirte a qué pub ir en el North Strand en cuya pared encontrarás un mapa de todos los faros y buques-faro de la bahía de Dublín, además de sus secuencias de señalización. Puede decirte dónde encontrar los trozos de la demolida Columna de Nelson, y el paradero de la cabeza del mismísimo almirante. Te enseñará, si se lo pides por favor, las tristemente desmoronadas ruinas de lo que insiste en que es, o fue, la más hermosa casa de estilo georgiano de la ciudad, que pasados sus días de gloria acomodó, si es que puede usarse esa palabra, a docenas de familias pobres, hacinadas en inimaginable miseria, en sus preciosos e impecables salones de techo alto. Es uno de los promotores de la remodelación de los muelles de Dublín, el creador de centros musicales y teatros, un hombre de buen gusto y sutil discernimiento y, a la hora de detectar antigüedades auténticas, un genio del lugar.[11] En el pub Grave-diggers se quitan la gorra al verlo. Sabe quién era Blood Stoney, y por qué Misery Hill se llama Misery Hill. Qué afortunado soy de tenerlo como amigo y, ahora, como guía por la ciudad oculta.

Hace una mañana de mayo de una belleza luminosa. El sol brilla a través de una delicada gasa de niebla, el aire fragante está cargado del olor de las lilas y, sobre las extensiones leonadas de la playa de Sandymount, donde Stephen Dedalus pisó una vez las huevas y las algas marinas mientras intentaba descifrar miopemente la firma de todas las cosas que le habían enviado a leer allí, el cielo pálido brilla y

resplandece como la parte interior de una enorme pompa de jabón. Cicero y yo, un par de perros viejos y temerarios, vamos hacia el sur en su pequeño deportivo rojo[12] para ver la fachada, desmontada pero conservada con esmero, y la pared lateral del Abbey Theatre original.

El Abbey lo fundaron el poeta W. B. Yeats y su amiga Augusta, lady Gregory, con la ayuda del inefable Edward Martyn —memorablemente caracterizado por Roy Foster, el biógrafo de Yeats, como «un católico frenético, andrógino, obeso y con cara de luna»— del castillo Tillyra, en el condado de Galway. El apoyo financiero para establecer el teatro llegó de la señorita Annie Horniman, una estadounidense acaudalada que admiraba a Yeats y se interesaba al igual que él por el ocultismo. Fue ella quien aportó el dinero para comprar el Instituto de Mecánica, en la esquina de Abbey Street y Marlborough Street, en el centro de Dublín. En vidas anteriores el edificio había sido una vez un teatro —el Prince — y otra una caja de ahorros. La propiedad también albergó en una ocasión la morgue municipal, lo cual sirvió de jugosa inspiración a los mordaces y siempre vengativos ingeniosos de Dublín.

De todos ellos, Oliver St. John Gogarty era uno de los más agudos y perversos. Encantado por el apellido de la señorita Horniman,[13] lo enalteció en una inteligente y calumniosa coplilla:

Lástima que la señorita Horniman
a la hora de atrapar o sobornar a un hombre
eligiera a Willie Yeats
que todavía se masturba
y en cualquier caso no es un hombre muy cachondo.

Antes de que se estableciera el Abbey, estaba la Irish National Dramatic Society, dirigida por Frank y Willie Fay, de cuyo legado Yeats y lady Gregory hicieron caso omiso, un ejemplo de desprecio aristocrático que hirió amargamente a sus hermanos trabajadores. A pesar de sus instintos patricios, no obstante, Yeats tenía la ambición de implicar a las órdenes inferiores en el nuevo teatro. Escribió: «“Vayamos a ver a los chupatintas y las dependientas”, dijo uno de nosotros [muy

probablemente él], "y enseñémosles a actuar después de su jornada de trabajo. Intentémoslo". Descubrimos que era más fácil de lo que esperábamos. Fue un ejemplo más del espíritu de interés intelectual que impregna a todas las clases sociales». Esto equivalía a ignorar que los hermanos Fay ya habían juntado a un grupo de actores aficionados de talento, cuyos servicios Yeats podía requerir, como así hizo. En la década de 1890, la *troupe* de Willie Fay realizó una gira por todo el Reino Unido, mientras su hermano se dedicaba al teatro amateur en Dublín: fueron los Fay quienes, en 1902, montaron la primera representación de *Cathleen Ní Houlihan*, de Yeats, con Maud Gonne, la musa de Yeats, en el papel principal; la producción, que se representó sobre todo ante un público de obreros, fue un éxito inesperado. ¿Qué pensarían esos tarugos[14] de gallinero de los exaltados raptos de Yeats entonados por la egregia Maud?

El Abbey Theatre se inauguró el 27 de diciembre de 1904, apenas seis meses después de la crucial primera cita de James Joyce el 16 de junio con su futura esposa Nora Barnacle[15] —al enterarse del apellido de la joven, el padre de Joyce le comentó irónico a su hijo: «Bueno, no te dejará nunca»—, con montajes de *On Baile's Strand* y *Cathleen Ní Houlihan*, de Yeats, y *Spreading the News*, de Gregory, y el aforo completo. La velada fue un triunfo, sobre todo para Yeats. Lady Gregory había contraído la gripe y estaba en cuarentena en su casa de Coole Park, cerca de Gort, en el condado de Galway, así que el poeta pudo disfrutar él solo del calor de los focos. Y no había nadie que amara más esa luz acariciadora que Willie Yeats. Como escribe Roy Foster: «WBY se veía a sí mismo como un dictador de la causa del arte, dispuesto a dominar, dividir y gobernar». Otros, no obstante, entre ellos los todavía dolidos Fay,

> intentarían en años posteriores subrayar en vano que el movimiento teatral que conoció su apoteosis en el recién inaugurado Abbey […] era el producto del genio de más de un hombre. Pero, en lo que a la posteridad se refiere, fueron relegados irremediablemente a papeles subordinados por el cada vez más marcado sentido que tenía WBY de su propia historia.[16]

El teatro parecía más pequeño por fuera de lo que era en realidad. Tenía dos paredes exteriores, una fachada en Abbey Street y una pared lateral en Marlborough Street. Aun así, faltaban ciertas comodidades básicas, como el acceso al escenario desde los camerinos, por lo que los actores, con el vestuario completo, tenían que salir corriendo por la puerta lateral de Marlborough Street y entrar en el teatro por el vestíbulo. O al menos eso cuenta la leyenda…

La bahía de Killiney, al sur de la ciudad de Dublín, se ha comparado, por su majestuosidad y belleza, con la bahía de Nápoles, y con razón. La afinidad se celebra en los nombres de los sitios de la zona. Están Sorrento Terrace —una hilera de bonitas casas adosadas que se alza en el extremo norte de la bahía— y Nerano Road y Torca Road, que tienen nombres de pueblos de la costa de Amalfi. George Bernard Shaw vivió en Torca Cottage entre 1866 y 1874. Y luego está la deliciosa Vico Road, que recuerda al filósofo napolitano Giambattista Vico, muy admirado por James Joyce, que conmemora astutamente a ese sabio en las primeras líneas de *Finnegans Wake*: «[…] un cómodio vícolo de recirculación […]».

Cicero y yo vamos por Vico Road, subiendo por la empinada y tortuosa pendiente de Killiney Hill hacia la casa de Joan Hanly, la viuda de Daithí Hanly, antiguo arquitecto de la ciudad de Dublín, que murió en 2003 a los ochenta y seis años de edad.

Hanly fue una de las pocas figuras públicas verdaderamente ilustradas de su época. Desde el inicio de su carrera a principios de los años cuarenta del siglo XX procuró fomentar la conservación de la textura y el espíritu de la herencia arquitectónica de Dublín. En la década de los sesenta criticó en especial supuestos «proyectos» como la construcción de las oficinas de la Junta de Suministro Eléctrico en Fitzwilliam Street, que requirió la destrucción de buena parte de una hilera de casas adosadas de estilo georgiano —«modestas en sí mismas», en opinión de Maurice Craig en su fascinante *Dublin 1660-1860*, publicado por primera vez en 1952, pero «una parte importante del entonces intacto paisaje urbano»—

y la construcción, al pie del ciertamente poco agraciado Eden Quay, de la decididamente espantosa Liberty Hall, una torre truncada de acero y cristal rematada por un reborde metálico que parece un gofre gigante. También se opuso a la construcción del cubo de hormigón de la sede del Banco Central, que se alza rechoncho en un sitio sin gracia en medio de Dame Street, y alrededor del cual, en todas las estaciones, incluso los días más magníficos de verano —y alguna pero que muy rara vez tenemos un día magnífico en Dublín—, sopla un vendaval misterioso e incesante.

El Abbey Theatre se destruyó en un incendio en 1951, y la compañía se trasladó al antiguo Queen's Theatre en Pearse Street. En 1961 se demolió el edificio de Abbey Street. El propio Hanly se ocupó de rescatar los bloques de granito de la fachada y la pared lateral, y de almacenarlos, cada fragmento cuidadosamente numerado, en los terrenos de su casa en Vico Road. Su intención era volverlos a montar como fachada de un museo del teatro nacional, pero sus esperanzas se quedaron en nada. Luego, cuando se construyó el nuevo Abbey Theatre en el sitio original en la esquina de Abbey Street, propuso incorporar la fachada de granito en el vestíbulo del nuevo vestíbulo; una vez más, le hicieron caso omiso.

La tenacidad de Hanly ante la indiferencia y el oscurantismo oficiales es admirable, y también la devoción de su viuda, Joan, que insiste en conservar los bloques numerados, que se alinean a lo largo de los senderos de su coqueto jardín y lo convierten en una Pompeya moderna en miniatura. Joan Hanly y su hija Helen nos guían a Cicero y a mí en el recorrido; nos emociona la tristeza de las piedras caídas, pero nos encanta la belleza del jardín en la ladera de la colina y la vista amalfitana del vasto cuenco de la bahía de Killiney.

En un cobertizo en un rincón del jardín se conservan las ventanas del teatro, con sus cristales originales, y, lo más conmovedor de todo, la diminuta taquilla del Peacock, el teatrillo experimental establecido en los años veinte en la planta baja del teatro principal. En una mesa hay una preciosa maqueta a escala del teatro, exacta en todos sus detalles.

De pie en el delicioso jardín de Joan Hanly, me pregunto qué será de estos restos tenazmente conservados de un pasado perdido, esta parte de una época pretérita que aún sigue aquí hoy. Pero resulta que Cicero tiene un plan, del que promete hablarme, algún día…

3. Baggotonia

No está claro —lo que equivale a decir que lo desconozco— a quién se le ocurrió el nombre. Es evidente que él o ella estaba pensando en Fitzrovia, el barrio londinense supuestamente artístico que hay al norte del Soho. Igual que Charlotte Street y Fitzroy Square están en el corazón de Fitzrovia, Baggot[17] Street y Merrion Square forman el núcleo de Baggotonia. La calle se llama así por sir Robert Bagod (fallecido *c.* 1298), el primer presidente de un tribunal de justicia irlandés, que construyó el castillo de Baggotrath, del que se decía que era la fortaleza más sólida de la Irlanda de su tiempo. Después, el castillo pasó a ser propiedad de la familia Fitzwilliam, y luego quedó en ruinas, aunque sus restos aún seguían en pie a principios del siglo XIX. Se lo conmemora en Baggotrath Place, que va de Fitzwilliam Lane a Baggot Street Upper, donde estaba, y tal vez siga estando, el mejor puesto de flores de Dublín.

Los límites de Baggotonia son misteriosamente fluidos. Para ser breve, seguiré el ejemplo de Nancy Mitford y utilizaré las denominaciones «B» y «No-B» para referirme a aquellas cosas que son auténticamente baggotonianas y las que no lo son. Así, ambos extremos de Lower Mount Street son B, pero la propia calle es sin la menor duda No-B, y no lo era ya en mi juventud, cuando muchas de sus casas georgianas seguían aún en pie. En el extremo oriental de la vía están el canal y la parte más frondosa de Percy Place, mientras que por el lado occidental da a Merrion Square; ambos extremos son triunfalmente B; de hecho, son ejemplos típicos de la mejor Baggotonia. ¿Y qué tiene la calle en sí para ser No-B? Ni siquiera los pocos, si es que queda alguno, nativos de Baggotonia sabrían decirlo; uno lo sabe y punto.

He aquí otro ejemplo del misterio, que me indicó Cicero: nada más dejar atrás el cruce de la humilde Lower Mount Street con la señorial Merrion Square está Holles Street, al

lado del hospital materno, enfrente del cual me acurruqué resacoso muchas mañanas neblinosas a esperar el autobús número 7. Pues bien, Holles Street, que es muy corta, es B en un extremo, pero terriblemente No-B en el otro, donde se cruza con Grand Canal Street Lower y entra en el inframundo de Erne Street Upper, región esta última en la que ningún baggotoniano que se precie se aventuraría jamás, como no fuese, tal vez, en busca de accesorios de baño, o a cambiarle el tubo de escape al coche.

Y luego está Harcourt Street, un tramo en curva tan bonito y bien conservado como Upper Mount Street o la propia Baggot Street. Pero ¿es B? No mucho, o al menos no lo bastante. Sin embargo, Harcourt Terrace, que está incluso más allá de los límites B de su prima Harcourt Street, es una zona B honoraria, aunque solo sea porque es bien sabido que dos de los especímenes más exóticos de la fauna dublinesa de mediados del siglo XX, el actor —el *acctorr*— Micheál Mac Liammóir y su pareja, el productor teatral Hilton Edwards, vivieron allí.

Tales son los enigmas de la vida urbana, una vida tan primitiva, intrincada y ritualizada a su modo como la que florece en las islas Trobriand o se estremece de frío en las inmensidades de la tundra ártica.

Hablando de Mac Liammóir y Edwards: en aquellos tiempos eran los más prominentes, por no decir flagrantes abanderados de la vida homosexual dublinesa. En la época, los «maricas» eran objeto de muchas burlas desdeñosas y de incontables bromas obscenas, detrás de las cuales asomaba, como ocurre siempre, cierta incomodidad, incluso cierto temor. No obstante, y a su manera peculiar, Dublín era mucho más tolerante con los homosexuales, o al menos con algunos homosexuales, que Londres o incluso Nueva York, y a Edwards y Mac Liammóir se les consideraba, de hecho se les apreciaba, como «personajes» de Dublín. Regentaban con gracia y lo que podría llamarse una cauta osadía el Gate Theatre —donde Orson Welles empezó su carrera de actor a los dieciséis años— y eso añadía mucho glamour y riqueza a la escasa vida cultural de la ciudad. Cuando Mac Liammóir

murió en 1978, el *taoiseach* Jack Lynch estuvo entre la multitud de asistentes al funeral, y luego se aseguró de ofrecer sus condolencias a Edwards y de estrecharle la mano, como habría hecho con cualquier marido o mujer afligido por la pérdida de su pareja.

Mac Liammóir, que nunca aparecía en público sin maquillaje y una peluca negra que brillaba como carbón mojado, se hizo pasar toda su vida por irlandés —hablaba y escribía el idioma con fluidez y estilo—, pero en realidad se llamaba Alfred Willmore y había nacido en Kensal Green, en Londres, y por sus venas no corría una gota de sangre irlandesa. Además de actuar y escribir en Irlanda, también tuvo una carrera internacional, sobre todo en el cine. Interpretó a Yago en la versión cinematográfica de *Otelo* de Orson Welles, tuvo un papel en *La carta del Kremlin*, de John Huston, y fue el delicioso y lascivo narrador de *Tom Jones*, de Tony Richardson. Como escribí una vez, si él era histriónico, también lo eran Laurence Olivier, Richard Burton y Peter O'Toole.

Mi anécdota favorita de Mac Liammóir me la contó un colega periodista de los viejos tiempos, Seamus McGonagle, que tampoco andaba falto de ingenio o vistosidad. Cuando Seamus era novato, le encargaron entrevistar al actor. Al llegar a la famosa casa de Harcourt Terrace, fue obsequiado con una de las entradas más teatrales de Mac Liammóir, que apareció haciendo aspavientos por las escaleras con un pijama de seda, un batín chino y unas zapatillas de terciopelo rojas. Saludó afectuosamente a Seamus, y se retiraron —con Mac Liammóir, uno nunca «iba» sin más— al salón, donde les sirvieron el té, y el gran hombre inició, con la pesada elegancia de un transatlántico de la Cunard Line, el relato de su vida y su carrera. Mientras hablaba, apareció el gato de la casa, saltó sobre el regazo de Seamus y empezó a clavarle las garras en la bragueta, como acostumbran a hacer los gatos. Mac Liammóir hizo caso omiso del animal, hasta que los arañazos y la vergüenza de mi pobre colega se volvieron demasiado intensos para pasarlos por alto, momento en que interrumpió su soliloquio para decirle a Seamus: «Bah, no se preocupe por él, pobrecillo, está castrado».[18]

A principios de la década de los sesenta, abandoné mi ciudad natal y me mudé a Dublín. Y «abandoné» es la palabra adecuada. En los dieciocho primeros años de mi vida que pasé en Wexford, traté esa ciudad como una escala en mi camino hacia otra parte. Me interesaba tan poco que ni siquiera me tomé la molestia de aprender los nombres de la mayoría de las calles. Desde el punto de vista de la imaginación, esta indiferencia respecto a mi lugar de nacimiento, a su historia y a la compleja y sutil vida de sus moradores no solo fue arrogante, sino estúpida y despilfarradora. Que a mi alrededor había un mundo lo bastante interesante para llamar la atención de un artista —y desde el principio no me cupo la menor duda de que iba a ser un artista de uno u otro tipo— lo demuestra sobradamente la obra de escritores nacidos en Wexford como Colm Tóibín, Eoin Colfer y Billy Roche; los tres, y Roche en particular, han visto un tesoro en lo que a mí me parecía un metal vulgar, y eso cuando me dignaba apenas a mirarlo.

Podría alegar en mi defensa —de hecho incluso podría negar la necesidad de defenderme— que jamás en mi vida he prestado mucha atención a mi entorno dondequiera que me encontrase, al menos atención artística. Para bien o para mal, como escritor me interesa y siempre me ha interesado no lo que hace la gente —eso, como podría decir Joyce, con típico desdén joyceano, es cosa de periodistas—, sino lo que es. El arte es un esfuerzo constante por ir más allá del simple quehacer diario de la humanidad para llegar, o al menos acercarse lo más posible, a la esencia de lo que es, sencillamente, ser. Tan legítimo es para el artista abordar la cuestión del ser como para el filósofo, como reconoció el propio Heidegger cuando observó que con su filosofía solo intentaba conseguir lo que Rilke había hecho ya en la poesía. Sin duda, estaba pensando en versos como estos, tomados de la novena de las *Elegías de Duino* de Rilke, que empieza preguntando por qué deberíamos molestarnos en ser humanos y vivir, y luego ofrece esta magnífica respuesta:

[…] porque estar aquí es mucho, y porque aparentemente
todo lo de aquí nos necesita, esto tan fugitivo,

que extrañamente nos concierne. A nosotros, los más
fugitivos. Una vez
cada cosa, solo una vez. Una vez y nada más. Y nosotros
también
una vez. Nunca más. Pero ese
haber sido una vez, aunque solo una vez:
haber sido terrenales, no parece revocable.[19]

Sin embargo, cuando considero todo lo que rechacé en esos primeros años y pienso en el modo despreocupado y cruel en que lo rechacé, me desgarra algo que si no es pena se le parece mucho. Dejé un sitio que me parecía áspero y poco generoso, pero que en realidad era tierno, y estaba demasiado absorbido por sus propios pesares y esperanzas para preocuparse mucho por mí.

Mis padres figuran en primer lugar entre todo lo que dejé detrás. Ahí están, lejos entre los espejismos de la memoria, como un par de estatuas caídas contra las que se ha amontonado la arena de los años, y cuyos rasgos han desdibujado los vientos del tiempo.

Nunca vi correr a mi padre. A medida que envejezco reparo en este hecho tan notable con más fuerza e intensidad. Debió de correr, claro, en algún momento, en alguna ocasión necesaria, pero si lo hizo, y si yo lo presencié, no lo recuerdo. Las circunstancias de su época, su clase social y el tiempo que le tocó vivir limitaron su vida —que se movía a un paso constante e imperturbable— por los cuatro costados. En realidad, no había ningún sitio a donde tuviese que apresurarse en llegar.

Volver la vista atrás[20] hacia la vida de nuestros padres y compararla con la nuestra es un ejercicio que da vértigo. Me sorprende comprobar que, cuando mi padre tenía la edad que tengo yo ahora mismo —recién embarcado en la peligrosa setentena—, hacía mucho que estaba jubilado y que había entrado de modo más o menos ecuánime en la senilidad. Mi madre fue más resistente a los embates de la edad y sus correspondientes debilitamientos: tenía casi sesenta años cuando, con mucho temple y no poca osadía, compró su primer par de pantalones. A mi padre le divirtió de lo lindo y sospecho que también le alarmó un tanto aquel gesto tan

poco habitual en pos de la liberación. Pero, claro, él siempre tuvo tendencia a dejarse atrapar en el fango de la vida provinciana del que mi madre nunca dejó de intentar sacarlo.

Hace un par de años encontré el informe de una encuesta del Departamento Británico de Trabajo y Pensiones —ese día no debía de haber muchas noticias en los periódicos— que decía que, de entre las personas entrevistadas, las mujeres consideraban que la vejez empezaba a los sesenta años, mientras que los hombres, pobres diablos, creían que empezaba a los cincuenta y ocho. Esas cifras me sorprendieron, dado el aumento de la esperanza de vida al que la mayoría podemos aspirar; pero estoy seguro de que no habrían sorprendido a mi padre, o siquiera a mi madre.

En sus momentos de mayor exasperación, mi madre decía de su marido que había nacido viejo. Era una afirmación poco amable y no del todo justa. Lo que lo hacía parecer prematuramente envejecido era, creo, el limitado rango de sus expectativas. Trabajó toda su vida en un cargo administrativo en un enorme garaje que vendía piezas de repuesto a casi todo el condado de Wexford, y llevaba un delantal marrón encima del traje, la camisa y la corbata. Irónicamente, nunca aprendió a conducir. No obstante, andaba deprisa y, si me concentro, puedo volver a oír el peculiar repiqueteo acompasado de sus zapatos con tacos en la acera de casa.

Por la mañana iba andando al trabajo, y tardaba unos veinte minutos en llegar. A la hora de comer volvía andando a casa, comía, leía el periódico un cuarto de hora y luego regresaba andando al trabajo. Al acabar a las seis, cruzaba la calle hasta el pub de su hermano a beber una pinta de Guinness antes de salir hacia casa y su «té». Durante casi cuarenta años, este horario solo cambió los meses de verano cuando el resto de la familia nos mudábamos a la costa y mi padre iba y venía en tren por las mañanas y por las noches. En la época, yo también acepté todo esto como la forma y el programa necesario de su vida, pero hoy quisiera saber hasta qué punto le irritaba la ronda diaria, y cuánto contribuía su monotonía a inspirarle una sensación de oportunidades desperdiciadas y felicidad perdida.

Pero tal vez esté siendo paternalista al pensar que su vida

era monótona. Lo que para mí habría sido un aburrimiento atroz para él puede que fuera un consuelo, y quizá le pareciera preferible a los vanos esfuerzos que atormentaban a tantos otros a su alrededor, entre ellos a mi madre. Hay un precioso poema de Philip Larkin, el bardo de la senectud, titulado «El siguiente, por favor», que empieza lamentándose de nuestras ideas infantiles acerca de lo que sin duda nos reserva la vida:

Siempre demasiado impacientes por el futuro, adquirimos
la mala costumbre de la esperanza.[21]

Para mi madre, igual que para mí, la vida siempre estaba en otra parte. También ella me recuerda, como en mis días de Wexford me recordaba yo mismo, a la Irina de Chéjov, enclaustrada en la provincia y anhelando la magia de Moscú. Pero también ella, como mi padre, se vio obligada a vivir siguiendo un horario. Era ama de casa. Cuidar de la casa era un trabajo —aunque ella nunca lo habría considerado como tal— que llevaba a cabo con diligencia y eficacia. Acudía al «centro» a hacer la compra cada mañana, menos los domingos, cuando no había tiendas abiertas. Entre semana iba al colmado, y al verdulero, el carnicero, el panadero… Vete a saber cuántas bolsas gastaría en su vida de ir a «hacer recados».

No necesito dudar del nivel de descontento de mi madre, como dudo del de mi padre. Aunque estoica por necesidad ante su general decepción, a veces tenía estallidos de queja y frustración. Sus lecturas eran más amplias que las de mi padre y supongo que tenía más idea que él de lo que podía ofrecer el mundo, y de todo lo que se estaba perdiendo.

Era una fiel lectora de *Woman* y de *Woman's Own*. No tengo ni idea de cómo son esas revistas hoy en día —espero que no hayan caído en la obsesión universal por las vidas imaginarias y los turbios amores de personajes de opereta—, pero en esa época de su existencia se dedicaban sobre todo a la familia real, los patrones de bordado y las recetas de exquisiteces como la empanada de riñón y carne, y ese elegantísimo clásico del momento, el cóctel de gambas. Eran publicaciones totalmente inocuas, aunque mi hermana sostiene que en una

ocasión, el día de los Inocentes, una de las dos publicó un artículo titulado «Téjase usted misma un bonito diafragma». Estoy convencido de que mi madre no habría pillado la broma. De hecho, dudo que nadie con menos años que yo lo entienda hoy.

Estas dos revistas, casi idénticas en tono y en contenido, eran para mi madre una pincelada de color en un tiempo gris. Luego, un día, en el confesionario, supongo que a falta de otros pecadillos que confesar, le contó al cura que las leía —probablemente él estuviera sondeándola para saber si le gustaban lo que habría llamado «libros verdes»— y enseguida le ordenó que dejara de comprarlas so pena de pecado mortal. Yo tenía unos quince años y objeté que el cura era idiota, no tenía ni idea de cómo eran *Woman* y *Woman's Own* y pensaba que eran publicaciones parecidas a las escandalosas *Titbits* o, Dios nos libre, *News of the World*. Mis argumentos no sirvieron de nada. Mi madre, como la hija obediente de la Iglesia que era, canceló la suscripción a ambas revistas y dejó de estar al día del estado de salud de los perros corgi de la reina o del último grito en decoración de pasteles de Navidad.

En aquella época mi madre debía de rondar los cuarenta. ¿Es posible imaginar ahora que una mujer de mediana edad ceda ante una orden tan absurda y mezquina, incluso en Irlanda, donde la Iglesia aún no ha conseguido desacreditarse del todo para muchos católicos, por más que se haya esforzado? El mundo hace cincuenta años era un lugar muy distinto del nuestro.

Mientras cavilaba sobre la vida vulgar de mi padre, se me ha ocurrido calcular que en los últimos años he viajado tanto a Norteamérica como a Sudamérica, y, en Europa, a España, Francia, Alemania, Italia, Portugal y Grecia, además de Polonia y Estonia —seguro que olvido algún otro destino—, recorrido quién sabe cuántas millas aéreas, y sufrido en consecuencia sucesivos ataques de fatiga por el desfase horario. Esos viajes habrían sido inimaginables no solo para mi padre, sino también para mi madre: no habría dado crédito y habría criticado amargamente mi empacho y falta de entusiasmo ante la posibilidad de hacer más viajes a lugares remotos el año que viene.

De joven no pensaba que mis padres fuesen viejos ni

jóvenes. Hasta sus últimos años, siempre me pareció que tenían una edad indeterminada, que eran en esencia criaturas de una especie diferente, permanente e inmutable, que simplemente estaban allí. No recuerdo haber reparado en síntomas de envejecimiento, ni siquiera cuando me mudé a Dublín y mis visitas a «casa» se fueron espaciando. Estaban, a mi entender, varados en una zona atemporal, conservados en el permafrost de lo que ya había empezado a ser, para mí, el pasado. ¿Pensó mi madre, como las mujeres de aquella encuesta británica, que era vieja al cumplir los sesenta? ¿Oyó mi padre el sombrío y lejano tañido de las campanas fúnebres cuando pasó los cincuenta y ocho?

Ahora cada vez me pregunto más a menudo qué pensaban de mí. De pequeño no era, creo, desagradable —al menos, mi madre me adoraba—, pero en mi adolescencia sospecho que debí de ser odioso: egoísta, protestón, al mismo tiempo distante y exigente y con una arrogancia basada solo en mi cálculo exagerado de lo que conseguiría algún día. Debí de ser una cruz, sobre todo para mi madre, que en mi infancia y adolescencia me vio y soportó mucho más que mi padre.

Me fui de casa con una cruel despreocupación, me sacudí el polvo de Wexford de los zapatos y puse rumbo hacia lo que pensé que serían las luces brillantes y cegadoras de Dublín. Para mis padres tuvo que ser desgarrador verme marchar así, como si tal cosa y sin apenas mirar atrás. Yo era el último de sus hijos, y la familia, que había tenido cinco miembros, quedaba reducida a los dos originales. Qué sola debió de sentirse mi madre las tardes de entre semana sabiendo que yo no volvería de la escuela, por muy hosca y poco comunicativa que fuese mi presencia. La imagino viendo aproximarse la oscuridad invernal por los campos que había enfrente de casa y sabiendo en el fondo de su corazón que nunca vería los lugares de sus sueños. Acabó mudándose a Dublín, ella y mi padre, al final de su vida, donde compartieron casa con mi siempre acomodaticio y paciente hermano. Pero creo que para ellos fue demasiado tarde; Dublín no era Moscú, y desde luego no era el Dublín con el que mi madre había soñado, puesto que ese Dublín era solo eso: un sueño.

Mis padres murieron antes de que yo cumpliera los treinta y cinco. Los lloré a los dos, claro, pero ¿qué parte de mi dolor

fue por ellos y qué parte fue en realidad un primer presentimiento de mi propia y de pronto demasiado creíble mortalidad? Se fueron con la misma consideración y timidez de las que habían hecho gala en vida. Mi madre murió de un ataque cardiaco mientras daba de comer a los pájaros en su jardín una preciosa y dorada tarde de septiembre; unos años después mi padre falleció discretamente en una residencia de ancianos. Cuando me enteré de su muerte recuerdo haber pensado de pronto: «Ahora soy un huérfano». Para entonces yo estaba casado y con hijos, y la idea de haberme quedado huérfano, aunque un poco ridícula, también resultaba atractiva. Algo, que no soy tan despiadado para llamar una carga, se había desplomado, como un acantilado en el mar, y me sentía más liviano.

Mi hija pequeña, que tiene diecinueve años y es la última hija, como lo fui yo, bebe incontables tazas de té, como hacía mi madre; también prefiere ir andando a todas partes antes que subir en ascensor o viajar en autobús. Un día no hace mucho la vi marcharse bajo la luz lechosa de la mañana y pensé que había algo familiar en sus andares: camina deprisa, un poco inclinada hacia la izquierda y con el pie izquierdo ligeramente vuelto hacia fuera en cada paso. No caí en quién andaba así. Solo al darme la vuelta y oír el ritmo rápido y sincopado de sus tacones en la acera distinguí de pronto el ruido de los pasos de mi padre en la memoria. La forma más convincente en que se nos aparecen los muertos es encarnándose en los vivos.

En Dublín me instalé enseguida en el centro mismo de Baggotonia. En esa época mi tía Nan se había mudado de sus lúgubres y abarrotadas habitaciones en Percy Place al desaliñado esplendor de un piso en Upper Mount Street, que compartió sucesivamente con mi hermana y luego conmigo. El piso ocupaba toda la segunda planta de una casa adosada georgiana de cuatro alturas, y tenía dos enormes habitaciones de techo alto, grandes ventanas de guillotina y suelos dieciochescos de madera tan peligrosamente gastados que vibraban como trampolines solo con pisarlos.

Habían dividido en dos el salón principal para instalar una

cocina improvisada, lo cual había dado al traste con las elegantes proporciones originales; alzar la mirada y ver cómo se interrumpía la moldura de escayola del techo al llegar a la pared de separación siempre me producía un lúgubre estremecimiento. La habitación de atrás, mi dormitorio, no la habían tocado —al parecer, desde el siglo XVIII— y era tan grande que resultaba imposible calentarla: muchas mañanas de invierno, al despertar encontraba hielo en la parte interior de la ventana de dos metros y medio de altura, al lado de la cama.

El piso tenía dos puertas de entrada, la principal y otra que iba desde mi dormitorio directamente al descansillo. Eso significaba que cuando me iba por la mañana o volvía por la noche no necesitaba atravesar el salón, donde mi tía tenía su cama, que de día se convertía en un sofá con tantos bultos que, en años posteriores, ninguna de las chicas a las que llevé al piso aceptó sentarse, y mucho menos reclinarse en él. En el cuarto de estar había una gran mesa circular de comedor, en cuya superficie el barniz francés original había degenerado en una especie de goma viscosa y negruzca, y cuatro sillas desvencijadas de madera curva que chillaban llevadas por el pánico cada vez que alguien se sentaba en ellas. Un aparador del tamaño de un hipopótamo ocupaba toda la pared de enfrente de la ventana; tenía una tapa de mármol de un gris fúnebre, y estaba respaldado por un espejo de estilo *belle époque* con marco de madera en cuyas lúgubres y agujereadas profundidades acechaba mi reflejo con un aspecto curiosamente malvado a lo Jack el Destripador.

Vete a saber qué usaríamos como leña en la chimenea del salón. Carbón o turba, sin duda, o ambas cosas, pero ¿dónde guardábamos el combustible y, más desconcertante todavía, cómo nos deshacíamos de las cenizas? Cuántos detalles se caen de la memoria, como los peniques que se me resbalaban de los bolsillos de los pantalones cuando los dejaba en mi juventud en el respaldo de la silla de al lado de la cama al final de otra noche desdibujada por la bebida. Nunca he entendido el atractivo de la *vie de bohème*. La miseria es la miseria, en cualquier *époque*, y tenga uno la edad que tenga, joven o viejo. Cuando en mis novelas policiacas de Benjamin Black le di el piso de Mount Street a mi protagonista, Quirke,

lo adecenté bastante.

En primavera y en otoño dejábamos de usar la chimenea, y nos apañábamos con un radiador eléctrico de una sola barra. ¿Utiliza la gente radiadores eléctricos hoy en día? ¿Se siguen fabricando siquiera? Aquel objeto le parecía a mi fantasiosa imaginación una de esas llamativas plantas carnívoras que crecen en los claros de la selva y exponen una tentadora lengua roja. Aunque hacía buenas tostadas, eso lo recuerdo. Recuerdo también el tenedor extensible de metal en el que empalábamos las rebanadas de pan, un antiguo utensilio de procedencia incierta, negro y pulido por el uso.

Es raro: recuerdo muchas cosas triviales y olvido muchas de capital importancia.

Nuestros vecinos de la planta baja eran una pareja anciana y misteriosa, él era un tipo bajo y nervudo con un bigote hirsuto que Hitler no habría despreciado, y ella una criatura huidiza que llevaba vestidos de flores todo el año y, a menos que mi memoria me esté gastando una de sus jugarretas, un tocado dorado y con joyas, parecido a una tiara con diamantes de imitación engarzados. Si al entrar en el edificio uno olvidaba cerrar la puerta de la calle con la suavidad de una pluma, su marido asomaba como un perro terrier a quejarse del ruido que, según decía, molestaba mucho a su «señora». Era curioso porque también afirmaba que su señora era «sorda como una tapia». Ignoro si era cierto o solo una de sus imaginaciones —sospecho que el hombre estaba un poco mal de la cabeza—, pues en todos los años que viví allí la pobre mujer no me dijo una palabra, ni me dio ocasión de hablarle.

El último piso de la casa, es decir, el que había encima del nuestro, estaba invadido —es la única palabra que se me ocurre— por una familia de gente del campo, granjeros, a juzgar por su acento y su actitud. Cómo o por qué habían acabado viviendo en la ciudad era otro de los misterios de esa casa misteriosa. Resultaba imposible calcular cuánta gente había, porque el número variaba cada semana; sospecho que el piso era una especie de isla de Ellis en miniatura, la primera etapa para los inmigrantes que se mudaban del campo para instalarse en la ciudad. La «huida del campo» estaba en auge en aquellos años, cada vez más y más jóvenes

abandonaban las granjas en las que sus familias habían trabajado desde hacía generaciones y se mudaban a la ciudad, agitada por lo que llamaban el amanecer de la era de Acuario, atraídos por el reclamo de los anuncios de televisión: el canal RTÉ empezó a emitir la Nochevieja de 1961. Unos años después, un político famoso por sus puntos de vista reaccionarios y no por casualidad antisemitas, Oliver J. Flanagan, proclamó en el Parlamento que antes de la llegada de la televisión no había habido sexo en Irlanda. Uno alcanzaba a ver más o menos a qué se refería, aunque la mayor parte de nosotros, sobre todo los hombres jóvenes como yo, seguíamos aguardando con impaciencia la llegada de esa promiscuidad que por lo visto el señor Flanagan veía aflorar en insultante abundancia a su alrededor.[22]

El cabeza de familia del piso de arriba era un tipo mayor, enjuto y dinámico, nunca llegué a saber si era un padre de edad avanzada o un abuelo joven, que se sentaba en las escaleras por la tarde e interpretaba jigas, danzas y tonadas lentas y quejosas al violín. Era dulce y afable, y saltaba a la vista que echaba de menos su «hogar» perdido o abandonado. Tenía una mujer joven siempre angustiada —o eso o era su hija— y varios retoños, o primos, tipos enormes y taciturnos que pasaban a mi lado rozándome el hombro con brusca timidez. No obstante, la más memorable era una chica en plena adolescencia, una criatura de una belleza etérea e irreal, rubia, de ojos azules y miembros bronceados —a quien la descarada señorita Reck de Percy Place no le llegaba ni a la altura del zapato—, una Lolita voluptuosa solo un poco envejecida, con esos modales hoscos y enfurruñados que Nabokov consideraba los requisitos de partida de una verdadera nínfula. Ignoro cómo una criatura de una belleza tan arrebatadora podía haber brotado de esa familia por lo demás perfectamente decente pero nada agraciada, aunque mi dentista afirma que cierta conformación de mis encías es una prueba incontrovertible de que tengo sangre inca en las venas. ¡Sangre inca!

Creo que durante un tiempo esta pos-Lolita estuvo enamoriscada de mí: encontraba mi nombre escrito con tiza en la parte interior de la puerta principal, con un corazón y una flecha…, ¿y quién sabe qué habría ocurrido entre

nosotros si ella hubiese sido unos años mayor? Con el correr del tiempo llegó a ser una famosa modelo, y de vez en cuando me topaba con su fotografía en los periódicos o en la portada de una o dos de las revistas más o menos de moda de las que podía jactarse el país en la época; de adulta siguió siendo muy guapa, pero, para mis ojos pesarosos, un aspecto esencial de su belleza se había evaporado con el rocío de su juventud.

Siempre iba acompañada de una compinche, una personilla alegre y rolliza que soltaba una risita contenida cada vez que me echaba la vista encima. Un día, unos años después, mis vagabundeos me llevaron a la librería Parsons en el puente de Baggot Street y ahí estaba, más mayor pero aún entrada en carnes, atendiendo detrás del mostrador; noté por su mirada que seguía pensando que yo era desternillante.

Pero un momento. Ahora que lo pienso, se me ocurre la posibilidad: ¿era la beldad del piso de arriba quien estaba enamoriscada de mí o la amiga regordeta? Ya sé que a estas alturas da igual, pero aun así…

La inquilina más ilustre de la casa de Mount Street —de aquí en adelante dejaré de lado lo de Upper, excepto cuando sea necesario especificar— fue Anne Yeats, la hija de W. B. Yeats. Ocupó el piso de debajo del nuestro. Era una persona de mediana edad, corpulenta, tímida y corta de vista, una pintora correcta aunque poco audaz, con una fama que no era para echar cohetes y que por desgracia no ha perdurado. Era cordial y modesta, y ella y yo nos deteníamos a veces en el rellano para charlar del tiempo, del deplorable estado de las cañerías del edificio o del testigo de Jehová que nos visitaba cada semana con un fervor y una insistencia a prueba de bombas: llevaba una gabardina con cinturón y un sombrero de ala estrecha y hablaba con un marcado acento *cockney* que a la «señorita Yeats» —como la llamamos siempre mi madre y yo— le recordaba a un timador sacado directamente de una comedia de la Ealing.

Lo más extraño que cabía observar respecto a la señorita Yeats era que cada semana se hacía enviar dos onzas de levadura fresca directamente de la Compañía Dublinesa de Levaduras de College Green. Yo veía el pulcro paquetito de papel de estraza donde lo dejaba el cartero en la mesita de recibidor y me preguntaba qué uso podía darle la señorita

Yeats a una cantidad tan constante y considerable de esa sustancia. No hacía pan —habríamos olido las hogazas en el horno— y no se me ocurría cómo podría utilizarla en su pintura. Tampoco podía imaginar que la hija de William Butler Yeats, premio nobel y controvertido miembro del Senado de Irlanda, pudiera tener una microdestilería en el cuarto de atrás. Otro enigma sin resolver para los anales del número treinta y tantos de Upper Mount Street.

Una tarde me encontré a la señorita Yeats a la puerta de su piso en compañía de una anciana diminuta que llevaba un gorro de lana parecido a una maceta puesta del revés, un abrigo grueso y gafas muy grandes. Pasé de largo tras murmurar un saludo, y la anciana se dio la vuelta y me miró, solo me miró, con calma, sin curiosidad y sin decir una palabra. Tuve la impresión de que tenía unos ojos tan oscuros que casi eran negros, y con una intensidad peculiar que a duras penas podía justificar aquel encuentro casual en las escaleras con un joven imberbe. Muchas décadas después me encargaron escribir una reseña de *Becoming George: The Life of Mrs. W. B. Yeats*, la correcta biografía de Ann Saddlemyer, y, al hojear las fotografías del volumen, me vi transportado al instante a esa tarde frente a la puerta del piso de la señorita Yeats, y comprendí con una extraña y vibrante sorpresa quién era la mujer que se había dado la vuelta y me había dedicado una mirada que tendría que haber sido inexpresiva, pero no lo había sido en absoluto.

Georgie Yeats, la «señora W. B.», como la llamaba todo el mundo en los largos años de su viudedad, tenía fama de brindar su hospitalidad, consejo y ánimo a la generación de escritores dublineses que floreció, si puede decirse así, justo antes de que llegara la mía e intentara quitarlos de en medio a codazos. Mientras miraba las fotografías de la señora W. B. en el libro de la profesora Saddlemyer, lo que más me impresionó e hizo que me dieran escalofríos fue la vivacidad con que recordé, con que volví a ver, la mirada que me había echado la anciana en el rellano aquel día hacía tantos años. Yo siempre había visto con escepticismo la «escritura automática» de Georgie Yeats, que su marido la animó a desarrollar y a la que concedía mucha importancia, pero el mero hecho de haber vivido bajo esa mirada extraordinaria

—algunos decían que sus ojos eran azules, otros, entre los que me encuentro, insistían en que eran negros— habría bastado para inspirar a cualquier poeta, incluso a uno tan grande como Yeats. Aún siento un escalofrío en la columna vertebral cuando recuerdo cómo, al hojear aquellas fotografías, me atravesó aquella mirada penetrante, salida directamente del pasado.

Pasé dos años en la a veces amistosa pero más a menudo difícil compañía de mi tía, hasta que, con espantosa brusquedad, murió. Había sufrido muchos años una angina de pecho, y una noche, mientras estaba sentada en un sofá en la casa de una agradable pareja judía de cuyos niños cuidaba a veces, falleció sin el menor alboroto y tan discretamente que los niños que jugaban a sus pies no notaron que había muerto, hasta que el padre entró y la encontró reclinada allí sin vida y, eso espero, al fin en paz.

Yo estaba en las islas griegas en aquel momento, y mis familiares —considerados como son todos ellos— intentaron contactar conmigo en Mikonos, pero no lo consiguieron, así que llegué a casa bronceado y con la sal del Egeo todavía en el pelo —¡menudas guedejas nos gastábamos en aquellos tiempos hirsutos!— y recibí la mala noticia con una especie de incredulidad despistada. Estaba tan llena de vida, ¿cómo podía haber muerto de pronto? Recuerdo ahora su irreverencia, su lúgubre alegría, sus carcajadas, su desprecio por los santurrones de pega y los zotes sin sentido del humor que nos gobernaban. Recuerdo las chuletas de cordero que cocinaba amorosamente para mí. Recuerdo los botines de piel que llevaba en invierno y en verano. Recuerdo que conocía al padre de Audrey Hepburn, que vivía en Fitzwilliam Square, y que había sido —estoy seguro de que mi tía se habría sorprendido al saberlo— un acérrimo partidario de los nazis. Recuerdo las tardes, tan escasas, en las que ella y yo nos sentábamos delante del radiador de una sola barra, tostando pan y hablando… ¿de qué? Desaparecido, todo ha desaparecido. Esa noche, cuando llegué del aeropuerto a la casa de mi hermana y me enteré de que la tía Nan había muerto, yo era joven y despiadado, y la liberación del espíritu

que había encontrado en Grecia era más real para mí que la muerte de una pariente anciana.

Perdóname, querida y anciana tía; perdona al animal que era entonces, y que lamento decir que no he dejado de ser nunca: ahora soy viejo, o al menos estoy envejeciendo, pero el monstruo interior se mantiene siempre joven.

Me libré de muchas cosas. Volví al piso de Mount Street con parte de mi imaginación todavía en esa isla rocosa en mitad del Egeo de color índigo oscuro: en esa época, Mikonos aún era un paraíso virgen, que no solo no tenía aeropuerto, sino tampoco carreteras pavimentadas. Mi dulce y, en lo que a mí se refiere, sufrida hermana llegó y recogió las cosas de la tía Nan. Tendría que haber sido yo quien llevase a cabo esa dolorosa tarea; tendría que haber sido yo quien afrontara esa labor emocionalmente turbulenta. Pero no, yo era el bebé de la familia, el elegido, y debían protegerme de las imposiciones más atroces de la vida.

4. En la calle

No podría haber vivido en un sitio más bonito. La vista desde el Museo de Historia Natural a lo largo de Merrion Square y Mount Street hasta la iglesia de St. Stephen —el Pimentero, como se la llama con cariño— es una de las más dignas y bellas de cualquier ciudad del mundo que yo conozca o haya visitado. La actual sede del Gobierno, Leinster House —antes Kildare House—,[23] la construyó en 1740 el conde de Kildare, James FitzGerald, en una zona pantanosa y desfavorecida al sur del río Liffey. Por muy pobre que fuese aquel lugar, el astuto conde predijo que la moda no tardaría en seguir sus pasos, y acertó: antes de que concluyera el siglo, la mayor parte de la aristocracia de la ciudad se había mudado al sur, al otro lado del río. El resultado fue que, el siglo siguiente, reductos acaudalados como Henrietta Street y Rutland Square cayeron en decadencia y acabaron vendiéndose a terratenientes que cobraban alquileres exorbitados, de modo que gran parte del norte de la ciudad terminó convirtiéndose en una de las peores barriadas de Europa. Entretanto, al sur del río y en torno a Leinster House se levantó una cuadrícula de calles y bulevares elegantes, muchos de los cuales continúan intactos y en uso hoy en día, aunque la mayoría de las casas antiguas están destinadas a oficinas.

Buena parte de la ciudad georgiana aún seguía en pie cuando me mudé allí, pero también había desaparecido gran parte de ella. Es un hecho, como señaló Maurice Craig no hace tanto, en 1992, que «es mucho más el Dublín que ha sobrevivido, y en un estado razonable, de lo que podría deducirse al oír los lamentos de quienes deploran su destrucción», pero de todos modos, en la posguerra y hasta finales de la década de 1960, la ciudad estuvo sometida a vergonzosas oleadas destructivas con autorización oficial. Los ideólogos ultranacionalistas que gobernaban el país tenían

poca consideración por los encantos de la arquitectura georgiana, y de hecho muchos de ellos debían de ver el Dublín georgiano como un despreciable monumento a nuestros conquistadores británicos, que habían sido expulsados en la guerra de la Independencia a principios de la década de 1920.[24] Así que se concedieron licencias a manos llenas para el expolio a gran escala de, en palabras de Yeats, «muchas cosas encantadoras e ingeniosas». Un ejemplo particularmente deplorable de mutilación urbana fue el arrasamiento de una gran superficie en la parte sur de Fitzwilliam Street, para hacer sitio al edificio de las oficinas de la Junta de Suministro Eléctrico, uno de los proyectos a los que Daithí Hanly se opuso de firme. Si las arcas estatales hubiesen estado más saneadas, es probable que muchas otras calles hubiesen acabado arrasadas para dejar sitio al Nuevo Brutalismo. Incluso hubo un plan de tapar el Gran Canal y el Canal Real y construir encima unas supercarreteras, con desagües debajo. Y el verde y umbrío corazón de la deliciosa Merrion Square, que era entonces propiedad de la Iglesia católica, se libró por los pelos de que construyeran en ella una catedral monstruosa a petición del inefable arzobispo McQuaid.[25]

En 1969, Green Property, una promotora inmobiliaria que mantenía estrechos vínculos con el partido gobernante Fianna Fáil —y que da la casualidad de que fueron mis caseros en Mount Street—, obtuvo autorización del entonces ministro de Gobierno Local para echar abajo un amplio trecho de Hume Street, otro notable ejemplo de arquitectura georgiana, que lleva de Ely Place a St. Stephen’s Green. Cuando el plan se hizo público, un grupo de estudiantes de arquitectura ocupó los edificios y a ellos se sumaron varias figuras públicas, entre ellas Garret FitzGerald, un miembro del Parlamento que luego sería *taoiseach*, y la futura presidenta de Irlanda, Mary Robinson. Aun así, Green Property envió un equipo de demolición en plena noche que destruyó los tejados y gran parte del interior de las casas. Al final, la compañía se vio obligada a erigir en su lugar edificios georgianos falsos —«paráfrasis nada convincentes disfrazadas de réplicas», según el juicio desdeñoso de Maurice Craig— y el resto de la calle se salvó.

Cosa extraña, tal vez, se diría que nada de esto hizo mella en mí. Lo cierto es que el pasado de Dublín me interesaba poco, y el presente no mucho, ya que estamos. ¿Qué me importaba a mí que en sus días de gloria Dublín hubiese sido la segunda ciudad del Imperio británico —«la más bella ciudad clásica de Europa», según el historiador de la arquitectura Mark Girouard—, o que fuese única por tener dos canales de importancia, o que el duque de Wellington hubiese nacido en Merrion Street, enfrente de lo que es hoy el gabinete del *taoiseach*? Para mí, escritor en ciernes, el hecho era que Joyce se había aprovechado de la ciudad en su propio interés literario, y al hacerlo la había exprimido, igual que hizo Kafka con la letra K, y en consecuencia no me servía como trasfondo para mi ficción. Es verdad que algunos de mis primeros relatos transcurren en un Dublín fácil de identificar, pero lo mismo podría haberlos ambientado en Londres, en París o incluso en Moscú. Hasta mucho tiempo después, cuando inventé a mi hermano siniestro Benjamin Black, no vi el potencial del Dublín de la década de 1950 como escenario para sus novelas negras.

Así que hice caso omiso de Dublín, como lo había hecho de Wexford. Una vez más, intento consolarme y tal vez exonerarme pensando que eso es lo que hacen los artistas, y que la imaginación es el único lugar donde de verdad pueden vivir una vida plena. Pero ¿estoy convencido? Hace unos años me pidieron que contribuyera en una colección de relatos de seis palabras, inspirados en la obra maestra de Hemingway, una de las mejores cosas que escribió: «Vendo zapatos de bebé, sin usar». Mi contribución al volumen puede parecer frívola, pero contiene una verdad seria y amarga: «Debería haber vivido más, escrito menos».

Sin embargo, en esos primeros años fui feliz, después de que mi tía muriera y me quedase con el arrendamiento por noventa y nueve años del piso de Mount Street; más feliz, de hecho, de lo que era consciente en la época. ¡Y cuánto amaba mi parcela particular de Dublín! Ahora admito que, pese a todas mis aspiraciones cosmopolitas, la mía era en esencia una sensibilidad provinciana, y que Baggotonia era mi vecindario ideal, del tamaño de Wexford y más allá de cuyos límites me aventuraba a regañadientes. Así seguí

vergonzosamente ignorante de, por ejemplo, los barrios medievales de la ciudad, alrededor de la catedral de St. Patrick donde fue deán Swift, y la destilería Guinness, o en la parte norte, del aún más antiguo pueblo de Howth y sus alrededores, aunque con el tiempo acabaría instalándome allí, en los días en que era un próspero pueblo de pescadores; recuerdo haber llevado a mis dos hijos de pequeños a pasear por el dique del oeste y ver a los pescadores con zuecos de madera llenando barriles de arenques salados para exportarlos a Gran Bretaña y a Escandinavia; esas escenas perduran en mi memoria, coloridas, ajetreadas y anticuadas, como lienzos costumbristas de uno de los maestros holandeses menores.

De las afueras no conocía nada en absoluto, y me encogía ante la idea de esas hectáreas de bloques de viviendas y fábricas ennegrecidas por el hollín, salpicadas aquí y allá de sucias manchas de verde donde niños nómadas galopaban a pelo en ponis blancos y negros, y donde en mi imaginación sobrecalentada unos jóvenes engominados de ojos desquiciados se dedicaban a la guerra entre pandillas, daban palizas a las mujeres y dejaban embarazadas a las chicas, de noche las tabernas del tamaño de un granero resonaban con un ebrio estruendo y la vida en general era de una miseria irremediable.

Qué joven tan mojigato y ciego era yo, un esnob, sin ningún motivo para serlo.

Incluso a principios de la década de los sesenta había pocos apartamentos particulares en Mount Street y a las seis en punto de la noche, cuando los oficinistas se habían vuelto a casa, un vasto y soñoliento silencio descendía sobre el barrio. Los fines de semana también eran maravillosamente tranquilos. Un domingo de luz alimonada de julio, en la hora desierta del amanecer, paseaba por Mount Street cuando a través de la ventana de una buhardilla oí en lo alto los gemidos de una mujer arrastrada por los éxtasis amorosos; sus gritos eran como una serie de minúsculas puntadas de aguja cada vez más rápidas, cada vez más tensas, un bordado nítido en el aire.

Y, ya que hablamos del amor y de sus raptos consternados, era en verano cuando salían las prostitutas —¡oh, bien llamada Mount Street!—[26] a ejercer su agitado oficio. En esas noches en vela los coches emitían a su paso un silbido continuo como un susurro, igual que el de los rápidos de un río, desde el crepúsculo hasta altas horas de la mañana, al pie de mi ventana en la fachada principal. Se rumoreaba que en una de las casas en Mount Street Crescent, cerca de la iglesia del Pimentero, había un burdel, pero nunca pude identificar qué casa era. En cualquier caso la mayoría de las «chicas» tenía por costumbre merodear por la calle, aunque debían de tener habitaciones en algún sitio; tal vez en las callejuelas y pasadizos como los de una conejera que había entre Upper y Lower Mount Street. Recuerdo con especial claridad a dos criaturas espectrales, hermanas probablemente, con exiguos vestidos negros como ala de cuervo, que operaban en pareja —sin duda para tener compañía, y tal vez también protección— y que siempre tenían una triste sonrisa para mí aunque sabían, solo con un vistazo, que no era un posible cliente. Me habría gustado preguntarles por su vida, y cómo habían acabado en la calle, pero siempre fui demasiado tímido para pararme a hablar con ellas. ¿Será posible que vivan aún, casadas tal vez y con hijos mayores? Es una especulación vertiginosa. Tal vez se las arreglaran de algún modo para dejar el negocio, y sobrevivir, e incluso prosperar.

Tal vez.

Había también una mujer mucho mayor —debía de estar en torno a la cincuentena, gorda y desaliñada—, que cojeaba y hacía su ronda con la ayuda de un recio bastón de ratán. No obstante, a pesar de su edad y de su cojera, el negocio le iba sorprendentemente bien. Una cálida tarde de verano, cuando salía de casa se me acercó al pie de las escaleras con la excusa de pedirme fuego. Musité que no tenía cerillas y me alejé, más asustado que repelido. Cuando volví a casa, a medianoche, seguía allí con aire frustrado y malhumorado: debía de ser una mala noche. Una vez más me enseñó el cigarrillo apagado y me pidió una cerilla, pero, cuando volví a pasar de largo, me gritó cansada: «¡Ay, Jesús, hijo, de verdad que solo quería fuego para el cigarro!». Intento recordar sus rasgos, y únicamente veo unas mejillas hundidas

con colorete y una boca muy pintada. Ella, sin duda, debe de llevar muerta mucho tiempo. Me pregunto dónde y en qué circunstancias acabaría sus días, y me estremezco.

Solo una vez, una sola, reuní valor —y me vino de la botella, pues volvía a casa de una fiesta— para hablarle a una de esas tristes criaturas de la noche. Y la verdad es que, como pude comprobar, era poco más que una niña, acurrucada en la oscuridad al lado de la verja de Merrion Square; de no ser por la luciérnaga palpitante de la punta de su cigarrillo habría pasado sin verla. Tenía una belleza conmovedora, con una carita redonda y un flequillo que casi le tapaba los ojos. Cuando me detuve vi que estaba haciendo acopio de fuerzas para afrontar el negocio de «hacer negocios». No obstante, enseguida le dejé claro que lo que me interesaba no era el negocio. Eso nos desconcertó a ambos, y nos sumimos un momento en un silencio impotente mientras el follaje de detrás de la verja seguía con su soñoliento murmullo nocturno. Entonces me oí preguntándole, como si yo mismo fuese un padre, si su padre sabía que estaba allí, así, a esas horas de la noche. Al principio se sorprendió, pero luego apareció un brillo amargo y burlón en su mirada. «¡Oh, sí —dijo con una risa seca—, vaya si lo sabe!». Las palabras no significaron nada, pero en su tono oí con claridad años de abandono, abuso y crueldad. Fue demasiado para mí, di media vuelta y me escabullí con aire culpable hacia la noche.

Cómo nos obsesiona el misterio insondable de otras vidas, de otras desdichas.

Esas febriles tardes veraniegas me fascinaba sentarme en un viejo banco delante de la ventana y observar, mientras aún quedaba luz, el ajetreo del oficio en la calle. Era asombroso lo presentables y «normales» que parecían los hombres que pululaban por allí. Me daba la impresión de que la mayoría eran hombres casados, aunque, por favor, que nadie me pregunte en qué se diferencia a simple vista un casado de un soltero. Si eran maridos, supongo que iban en busca de «algo especial», como la tercera botellita de champán que una azafata (que es como se llamaban entonces) de Aer Lingus me ofreció con un guiño, una sonrisa lasciva y las palabras susurradas: «¡Vamos, hombre, es como una mamada: pocas veces la consigues en casa».

Había clientes de toda índole y, por lo que pude ver, también de todas las clases sociales. En la época se contaba la anécdota de un prominente ministro del Gobierno que iba en coche buscando una chica y, en su ansia de encontrar una que le gustara, no reparó en una señal de obras y metió la rueda de su Jaguar en una zanja que habían cavado ese día unos obreros de Correos y Telégrafos que estaban instalando líneas telefónicas. Presa del pánico, el pez gordo abandonó el coche y huyó. Lo encubrieron, ni que decir tiene; en mitad de la noche, llegó una patrulla de *gardaí* de paisano, sacaron el vehículo de la zanja y lo remolcaron con discreción. A las chicas de la calle les divirtió mucho el incidente, pues el político era un cliente habitual, famoso entre ellas por su voracidad sexual; desde esa noche lo apodaron «Tapagujeros Joe»…

Y ahora, de pronto, pensar en esos obreros y en la zanja me trae a la memoria, salido de tiempos no del todo olvidados, el recuerdo de un encuentro que tuve una mañana en Mount Street con un hombre en una alcantarilla, vete a saber si no sería de la misma cuadrilla de obreros de Correos y Telégrafos cuyo trabajo hizo que Tapagujeros Joe se diese aquel trastazo. Yo estaba cruzando la calle cuando la tapa de la alcantarilla se abrió justo cuando iba a pisarla. Una cabeza con un casco asomó y el tipo me miró a los ojos. Sin desconcertarse, puso cara de susto y preguntó azorado: «¿Ha acabado ya la guerra?». Todos los oficios tienen sus chistosos.

Georgian Dublin: The Forces that Shaped the City, de Diarmuid Ó Gráda, es un estudio escrito con elegancia, escrupulosamente documentado y muy bien editado, que hierve de indignación y se concentra tanto en la pobreza y la miseria del Dublín dieciochesco como en el esplendor arquitectónico y cultural de la ciudad.[27] Es este esplendor, subraya Ó Gráda, el que ha atraído la atención de los anteriores estudiosos de la materia. No obstante, sería incorrecto, (infra)valora, deducir de las glorias que han sobrevivido

que Dublín estaba entre las capitales europeas mejor

reguladas en la segunda mitad del siglo XVIII. Al contrario, en Dublín el hacinamiento y la suciedad alcanzaron proporciones épicas, y hubo épocas en las que la ciudad estuvo fuera de control. Este caos se debió sobre todo al descontento de las masas anónimas.

En un espeluznante capítulo sobre la prostitución, el autor retrata la escala de la constante catástrofe en la que se vieron atrapadas tantas mujeres. Jóvenes recién llegadas del campo, la mayor parte, que no hablaban una palabra de inglés, entraban en el servicio doméstico donde a menudo sufrían abusos que no les permitían otra alternativa que hacer la calle. Además, los hombres cada vez desempeñaban más trabajos que antes dejaban a las mujeres como «peluquero, fabricante de corsés, zapatero y hasta partero y profesor de música, baile, escritura y lenguas extranjeras». Cualquier cálculo del número de mujeres dedicadas a la prostitución debe ser pura conjetura, escribe, aunque:

> El número de mujeres detenidas por la policía podría […] sugerir la escala del negocio. Por ejemplo, en una sola redada en Copper Alley en septiembre de 1788 detuvieron a diecisiete mujeres dedicadas a la prostitución. Unas noches después, los serenos detuvieron a treinta y dos mujeres en los alrededores de St. Stephen's Green. Aún más llamativo es que se detuviera a unas ciento cincuenta prostitutas en cuarenta y ocho horas en julio de 1799 en la zona del hospital Rotunda y St. Stephen's Green.

Los ingresos económicos también son reveladores. La alcahueta Margaret O'Brien dejó la ciudad con seiscientas libras de beneficio; Margaret Leeson, «la decana de las madamas dublinesas», se jubiló en 1792 y compró una casa en Blackrock por otras seiscientas libras. «Elizabeth McClean, una de las madamas más exitosas de la ciudad, tenía una dote de cuatro mil libras cuando se casó en 1798». Estas son sumas considerables, pues, como nos dice Ó Gráda, «en muchos casos los precios de hoy serían cien veces mayores que los de la era georgiana».

El amor, oh, siempre tan despreocupado…

Estoy convencido, y ningún experto podrá convencerme de lo contrario, de que los ladrillos con los que está construido gran parte del Dublín georgiano tienen una cualidad única y especial. La gente habla de casas de «ladrillo rojo», pero de rojo nada: los colores varían del rosa pálido, pasando por el amarillo cadmio y el amarillo ocre, a un rosa intenso con textura como de tiza, y siena tostado, con manchas, minúsculas manchas, de un azul purpúreo oscuro extrañamente acuático y brillante, que parecen distinguirse tan solo bajo la luz de ciertas tardes de finales del estío. Los matices cambian sutilmente a cada hora del día, desde una palidez acuosa a primera hora de la mañana hasta la negrura encendida del crepúsculo. Y cuando llueve, ¡ay!, cuando llueve los ladrillos relucen y brillan como los costados de un caballo de carreras al galope. Incluso de noche exudan un leve resplandor céreo, que les da a las casas un aspecto hermético y misterioso, como si estuviesen meditando y digiriendo los acontecimientos del día en la calle de abajo, de los que fueron testigos mudos y atentos. Y los grandes ventanales, cómo relumbran y centellean, igual que un horno, cuando les da la luz, sobre todo en la salida y la puesta del sol, cuando parecen ser ellos mismos la fuente de su propio resplandor.

La ciudad respira, tiene su propia vida, al margen de nosotros, que somos sus parásitos, sus termitas, sus virus numerosísimos y despiadados.

Mucho se ha escrito y mucho, muchísimo más, se ha hablado del Dublín literario en el periodo comprendido más o menos desde el principio de la Segunda Guerra Mundial —célebremente conocida en la Irlanda neutral como la Emergencia— hasta mediados de los años sesenta, cuando más o menos todo se redujo a nada con la muerte, en rápida sucesión, de tres de los más notables «personajes» de la ciudad: Brendan Behan, Flann O’Brien y Patrick Kavanagh. Muchos de los jóvenes siguieron adelante, claro está, y prosperaron: Thomas Kinsella, el poeta laureado de Baggotonia (véase su encantador poema «Baggot Street Deserta», tan evocador de la época);[28] John Montague,

nacido en Brooklyn, que abandonó los rudos campos de su infancia, en el condado de Tyrone, por los rancios esplendores de Dublín; el poeta y crítico Anthony Cronin, que escribió *Dead as Doornails*, uno de los mejores y más perspicaces libros sobre ese periodo; la maravillosa y vergonzosamente minusvalorada escritora de relatos Mary Lavin,[29] que vivió en Lad Lane, esquina con Upper Baggot Street; y el legendario —una palabra manida, pero en este caso es la más adecuada— J. P. «Mike» Donleavy, autor de *El hombre de mazapán*.

Y, a propósito, el pintor Francis Bacon nació en Baggot Street, aunque no tardó en marcharse, no solo de la calle sino también del país.

Sin duda me vilipendiarán por decir esto, pero las leyendas más ruidosas produjeron bien poco, aunque lo poco que produjesen fuera muy valioso. El centro de su estridente mundo era el pub McDaids, en Grafton Street, donde muchas obras maestras se convirtieron en humo raptadas por los vapores del alcohol. Supongo que en sus buenos tiempos los McDaidianos aprovecharon lo mejor posible un mal momento y lugar, y se las arreglaron para divertirse e incluso trabajar un poco. Pero vivieron una época indisciplinada, y les faltaban ejemplos vivos. Sus héroes, o al menos los más importantes a los que admiraban de boquilla, ya no estaban: Yeats había muerto en 1939 en el sur de Francia; Joyce, en 1941 en Zúrich, y la actitud de este último con su tierra natal se resume con pulcritud en una frase del cómico episodio autobiográfico «Shem el plumífero», de *Finnegans Wake*: «Incluso huyó con la partienta y se convirtió en un antespreferita, y dijo que prefería ir tirando con el plato de lentejas en Europa que toquetear la desavenida sopa de guisantes de Loquirlanda».

Yo llegué a Dublín hacia el final de la Era McDaid, cuando los borrachines y parlanchines literarios estaban ya en las últimas. Vi a Kavanagh y a Behan por allí. A pesar de su vida disoluta,[30] Behan vivía en una bonita casa en la frondosa Anglesey Road en Ballsbridge, a salvo, fuera de los límites meridionales de Baggotonia. Kavanagh, que en aquel entonces era evidente que se estaba muriendo, se pasaba horas sentado en los escalones de la casa donde estaba mi piso, mirando furioso las oficinas de la Dolmen Press al otro

lado de la calle;[31] Dolmen era la principal editorial de poesía de la época, dirigida por Liam Miller, uno de los héroes olvidados, o al menos no lo bastante recordados, de aquellos tiempos.[32] A Flann O'Brien-Myles na Gopaleen-Brian O'Nolan me lo encontré solo una vez, cuando una tarde de otoño, al caer el sol, lo vi tambalearse por una desierta Grafton Street con el sombrero torcido y los faldones de la chaqueta aleteando bajo el viento de octubre, una figura triste y alcoholizada.

La ciudad estaba bien servida de impostores, farsantes y poetastros. Pero había personas de verdadero talento, no solo artistas, sino también eruditos, aunque fuesen excéntricos como el historiador y genealogista Eoin «el Papa» O'Mahony y el folclorista Seamus Ennis. Y había auténticos ingeniosos. De ellos, mi favorito, supongo que en parte porque tuve la suerte de conocerlo un poco, era el diplomático y periodista Seán Mac Réamoinn. Aún recuerdo sus soberbios reportajes desde Roma para la televisión irlandesa sobre el Concilio Vaticano II, celebrado entre 1962 y 1965 —«por supuesto, yo ni siquiera estaba en Roma», fingía confesarme años después con los ojos vidriosos y desbordados de diversión contenida, «todo se hizo en secreto en un solar abandonado en Hollywood»—. Como católico liberal, Mac Réamoinn creía que el concilio de Juan XXIII transformaría la Iglesia de arriba abajo, como así fue, aunque no necesariamente para bien.

Almorcé con él hará unos diez años —murió en 2007— en uno de sus restaurantes favoritos, el Unicorn, en Merrion Row. Tenía un enfisema grave y le costaba respirar. «¡No me hagas reír!», jadeaba, llevándose la mano al pecho y poniendo los ojos en blanco, con el bigote erizado de cómico malestar. La probabilidad de que yo le hiciera reír a él era remota, pero al final de la tarde acabé desternillándome.

Cuando se ponen por escrito, los *bons mots* tienden a perder su gracia, pero no me resisto a dar al menos unos cuantos ejemplos del Mac Réamoinn más brillante e inspirado. Al empezar la comida ese día le pregunté cómo estaba —lo hice por educación, pues era evidente que no le quedaba mucho tiempo— y él movió la cabeza apesadumbrado. «Estoy como el Censo —respondió—: quebrantado por la edad, el sexo y la

religión». Recuerdo también que un colega suyo me contó que, al final de una larga velada en un pub de Donnybrook, Seán se levantó con pesar para marcharse cuando aún quedaban bebidas sobre la mesa y dijo: «Bueno, me voy a casa a poner los pies en alto delante de una esposa furiosa». Pero sin duda su mejor réplica fue una respuesta instantánea cuando oyó que alguien repetía la famosa frase de Cyril Connolly de que «en el interior de cada hombre gordo hay uno delgado que pugna por salir». «Sí —dijo Seán—, y fuera de cada hombre delgado hay uno gordo que pugna por entrar».

¿Habrían hecho mejor los McDaidianos en seguir el ejemplo de tantos de sus predecesores artísticos y partir al exilio? Conviene subrayar, dicho sea de paso, que los escritores irlandeses nunca emigraban sin más, siempre «iban al exilio».

La ciudad, como todas las ciudades, tenía su dosis de excéntricos, pero Dublín era tan pequeña que parecían numerosísimos. La mayoría eran pobres desgraciados, mutilados de cuerpo, espíritu o ambas cosas, pero había unos pocos que contribuían a la alegría de la ciudad. El honorable Garech Browne, de la familia Oranmore y Browne, cuya madre era una Guinness, llevaba ropa de tweed tan áspera como si la hubiese tejido él mismo, y llegaba al hotel Shelbourne con chistera y capa, conduciendo un coche de dos caballos con mucho estilo y desenvoltura. Sentado en el pescante, tenía un aspecto tan imponente que cada vez que lo veía me daban ganas de vitorearlo. Sigue disfrutando de buena salud y vive en un castillo encantado al pie de uno de esos lagos de acero martillado en el condado de Wicklow.

Más colorido aún que Garech era un montañés que a mí me parecía un caudillo celta. Con el cuello rodeado de cuentas, barbudo y con la barba temiblemente descuidada, se paseaba por la ciudad envuelto en una alfombra, con una manta de cuadros escoceses sobre los hombros y un impresionante báculo en la mano derecha, treinta centímetros más alto que él y grueso como el antebrazo de un hombre. Tenía, según Cicero, una pandilla de doncellas vestidas con un atuendo parecido al suyo, que lo seguían allí donde iba, mudas de adoración, aunque yo nunca llegué a verlas. Era un tipo

astuto y cobraba cinco libras a los turistas por fotografiarse con él. Vete a saber dónde pasaría las noches. ¿Habría una sala en alguna gruta musgosa, en uno de los parques municipales, donde él y sus ménades se tumbaban alrededor del fuego a soñar con días pasados?

La Irlanda de la Era McDaid era un lugar mezquino y adverso para cualquiera que tuviese ambiciones artísticas. La primera vez que visité la Europa del Este a principios de los años ochenta, en una época en que la Guerra Fría estaba muy caldeada, enseguida me sentí espantosamente en casa: ellos tenían al Partido Comunista controlando su vida de la cuna a la tumba, mientras que nosotros teníamos a la Iglesia católica haciendo exactamente lo mismo. Como el historiador inglés Hugh Trevor-Roper no se cansó de señalar, el comunismo y el catolicismo no son más que dos caras de la misma moneda devaluada.

Igual que en Budapest, en Praga o en Varsovia, en Dublín la *intelligentsia* también se las ingeniaba para ir tirando mediante una astuta combinación de circunspección y humor desesperado. Mi difunto amigo, el novelista John McGahern, contaba la anécdota divertida y mordaz de cómo lo despidieron de su trabajo de profesor en el colegio Belgrove, en Clontarf, después de que la Junta Censora prohibiese su novela *La oscuridad*. Lo llamaron al despacho del director, un cura borrachín, que le dijo:

—Lo peor no es el libro, ¿sabe?, sino que haya tenido usted que ir a casarse con una puñetera divorciada, y encima extranjera —la primera mujer de McGahern era finlandesa, Annikki Laaksi—, cuando aquí las mujeres van con la lengua fuera buscando marido.

—Bueno —respondió con sequedad McGahern—, ¡no iban con la lengua fuera en mi dirección!

Sí, es gracioso, pero el resultado no lo fue: John tuvo que emigrar a Inglaterra y dedicarse a trabajos varios, entre ellos, la construcción. Lo increíble es que apenas les guardara rencor; incluso volvió a Irlanda con su segunda mujer, Madeline, a vivir no muy lejos de donde nació y se educó. Tal vez el recuerdo más dulce que tengo de él sea del día en que

nos llevó a mi mujer y a mí a visitar su prado favorito, cerca de su casa en un lago en Foxfield, en el condado de Leitrim. «Mira —dijo, contemplando el campo cubierto de hierba y flores silvestres—, ¿no es para levantarle el ánimo a cualquiera?». Después llenó la gorra de setas y las llevó a casa para que las cocinara Madeline.

A menudo quise saber —aunque no me atrevía a preguntárselo sin más— si cuando vivía junto al lago no echaba de menos los días pasados en Dublín, pero siempre recordaba la conversación entre el poeta Philip Larkin y un entrevistador que le preguntó por qué vivía en Hull, en el norte de Inglaterra, «tan lejos del centro». A lo cual Larkin respondió con una de sus torvas e intensas miradas de búho y preguntó: «Del centro ¿de qué?».

Ni siquiera yo, a pesar de mi juventud, imaginaba que Baggotonia, pese a todo su deprimente glamour, fuese el centro de gran cosa. Veía al grupo del McDaid con leve desprecio y cierta dosis de compasión arrogante; de hecho, nunca, ni siquiera una vez, crucé el umbral de ese pub y siempre preferí el Neary's, una calle más arriba, una casa civilizada que tenía y aún tiene —lo comprobé el otro día— cuatro bonitos faroles de gas en funcionamiento con pantalla esférica blanca colocados a intervalos a lo largo de la barra.

Los pubes eran casi lo único que teníamos: a Dublín no «le iban» los restaurantes. Estaba Jammet's en Nassau Street, pero nadie podía permitirse cenar allí excepto algún gerifalte que estuviera de paso, o una estrella de cine y, por supuesto, Micheál y Hilton, si lord y lady Longford, sus antiguos mecenas en el Gate Theatre —ella delgada como un zorzal y él corpulento como un elefante pequeño— pagaban la cuenta. Los demás nos las apañábamos con una comilona ocasional en el Paradiso en Westmoreland Street —diez chelines y seis peniques el turnedó Rossini— o con un bocadillo de jamón y una cerveza con limonada en el hotel Gresham o en el Shelbourne's Horseshoe Bar, tan poco iluminado y con la misma mala reputación ahora que entonces.

A principios de los setenta, el difunto David Farrer, mi editor en la editorial londinense Secker & Warburg, hizo una visita a Dublín —no fue a verme a mí sino a Christy Brown, cuya novela *El hombre que miraba pasar los días* ganó una

fortuna para el autor y para Secker— y nos llevó a mi mujer y a mí a cenar al antiguo hotel Russell, hoy desaparecido, en la esquina de Harcourt Street y St. Stephen's Green. Fue una cena muy buena, tan buena que todavía hoy recuerdo, después de tantos años, lo que comí: sopa de pescado para empezar, luego osobuco, seguido de mousse de chocolate. El precio de los vinos que bebimos —primero, creo, una botella de Montrachet, y luego un aterciopelado Saint-Estèphe— probablemente se quedó cerca del anticipo que Secker me había pagado por mi primer libro. David era una leyenda en el negocio: en aquella época aún había leyendas en el mundo editorial. En la guerra había sido secretario personal de lord Beaverbrook, y después escribió unas memorias sobre el viejo monstruo, *G—for God Almighty*.[33]

En su primer trabajo, o eso nos contó, iba a trabajar en elefante.

—Sí —afirmó, regodeándose en nuestra mirada perpleja—. Fui tutor de un príncipe indio, y cada mañana a las nueve en punto llegaban un elefante y su *mahout* a mi bungalow, y yo trepaba a lomos del animal y echábamos a andar a paso lento hacia palacio. Sorprendentes criaturas, los elefantes…

Luego pidió un brandi para él, pero nada para nosotros. Al fin y al cabo, yo ocupaba un lugar muy bajo en la lista.[34]

Los banquetes como el de esa noche en el Russell eran raros, pese a que hubo alguno más, aunque, ahora que lo pienso, hubo también un almuerzo memorable en el hotel Hibernian en Dawson Street para celebrar la publicación de una de las primeras novelas de Jennifer Johnston. ¡Un almuerzo para celebrar una publicación! Eso sí que es algo del pasado, como las ligas de calcetín y los puros posprandiales. En el del Hibernian, las burbujas del champán se me metieron en la nariz y sufrí un ataque de estornudos. También recuerdo a una joven muy distinguida, la mujer del editor, creo, que, al oírme hacer un comentario sardónico sobre el esplendor que nos rodeaba —la verdad es que el Hibernian era muy lujoso—, preguntó incrédula si por casualidad no sería yo, en fin, si no sería yo *socialista*. Y, antes de que tuviese tiempo de responderle —vete a saber qué le habría dicho—, estalló a reír complacida. ¿Son imaginaciones mías o acierto al pensar que los ingleses nunca nos toman en

serio a los irlandeses? Siempre que estoy allí tengo la impresión de que todo el mundo con el que hablo se las ve y se las desea para contener la risa.

En el otro platillo de la balanza del Jammet's, el Russell y el Hibernian estaba el restaurante Gaj's en Baggot Street. Margaret Gaj, de soltera Dunlop, era una mujer adelantada a su época. Había sido enfermera de la Cruz Roja en la guerra, había conocido y se había casado con un soldado polaco, Bolesław Gaj, y se había mudado con él a Dublín, donde, como la mujer emprendedora que era, abrió un restaurante, primero en Molesworth Street, a un tiro de piedra del Hibernian, aunque luego se mudó al corazón de Baggotonia. La señora Gaj, como la llamaba todo el mundo, habría sabido qué responder a la pregunta tan chistosa que me hizo la mujer del editor, y nadie se habría atrevido a soltar una risa burlona. Era una vigorosa activista de izquierdas, miembro y agitadora de muchos de los grupos de protesta social que surgieron en la década de 1960. Formaba parte del Comité de Acción por la Vivienda de Dublín, que organizaba protestas callejeras para exigir viviendas mejores para los pobres, y fue una de las fundadoras del Movimiento por la Liberación de la Mujer en Irlanda. Su restaurante era un santuario de cordura, libertad y alegría, y, por media corona, las salchichas con patatas eran no solo una ganga, sino, como decía un amigo, «un gran refrigerio».

El mejor pub fuera de Baggotonia, de hecho el mejor pub de la ciudad, era Ryan's, en Parkgate Street, justo ante el acceso principal a Phoenix Park, un local cómodo y bonito, regentado por el propio señor Ryan, alto, sobrio y rubio, con una cojera que hacía que pareciese ir impulsándose a sí mismo a bordo de una góndola invisible.[35] Llevaba una camisa blanca y un chaleco negro, y uno de esos largos delantales tubulares que todavía hoy usan los camareros parisinos. Hasta muy avanzada la década de 1970, las mujeres tuvieron prohibida la entrada al bar principal de Ryan's. Cuando llegabas con tu chica, el señor Ryan fruncía los labios y hacía un gesto casi imperceptible con la cabeza, daba un tirón con el dedo índice de un cordel que recorría toda la barra y estaba unido por un extremo al muelle del pestillo de la puerta del saloncito de atrás: la puerta se abría

con una especie de movimiento confidencial, te colabas dentro, el cordel se soltaba y, ¡clic!, la puerta se cerraba y ahí estábamos, apartados como solo se puede estar en un reservado.

¿Qué bebidas consumíamos? Guinness, desde luego, océanos —aunque nunca conseguí que me gustara—, y whiskey, John Jameson & Son, y Powers, que se decía que era más suave al paladar que JJ&S; pero nunca whisky escocés. Por un tiempo se puso de moda el ron de Jamaica con zumo de arándanos, que depositaba una gruesa capa dulzona de posos en el paladar, y la ardua tarea de librarse de ella dejaba dolorida la base de la lengua. También cerveza, la jabonosa Smithwick's, la insípida Carlsberg, y Bass, que tenía mala reputación, pues en la década de 1930 esta bebida de obreros de clase baja había sido el principal objetivo de una campaña republicana para boicotear los productos ingleses en Irlanda.

En los pubs donde se permitía la entrada a las mujeres no podían pedir pintas. Acabo de recordarlo y me llena de perplejidad. Una mujer podía pedir dos medias pintas en vasos separados, pero no una pinta en un solo vaso. ¿De dónde procedía esa norma absurda, y por qué la obedecíamos tan sumisos? Bajo un régimen tiránico —y la Irlanda de aquellos tiempos era una tiranía espiritual—, el populacho se vuelve tan temeroso que hace voluntariamente la labor del Estado. Y, como bien saben todos los tiranos, la mejor censura es la que ejerce el pueblo sobre sí mismo. En los años noventa, cuando las revelaciones de los abusos sexuales de los curas y los intentos de la Iglesia católica por encubrirlos pusieron fin a su hegemonía casi de la noche a la mañana, mi generación se rascó la cabeza y preguntó con la voz temblando de incredulidad: «¿Cómo dejamos que se salieran con la suya durante tanto tiempo?». Pero la pregunta, claro, incluía su propia respuesta: «Dejamos que se salieran con la suya». El poder se entrega más a menudo que se conquista.

Reprimidos como estábamos, buscábamos nuestros pequeños placeres profanos allí donde podíamos encontrarlos. Por ejemplo, todo el mundo fumaba y además se lo tomaba muy en serio, como si fuese una obligación. Las marcas favoritas eran Player's, Gold Flake, Sweet Afton en su precioso paquete de color madreselva, y los propios

Woodbines,[36] aunque estos últimos se consideraban de clase obrera y todos, excepto los más pobres, los evitábamos. Por un tiempo yo fumé Churchman’s, que eran muy elegantes, y a veces, cuando atravesaba una de mis fases más despreocupadas de irlandés anglófilo, cambié a Senior Service. En todos los pubs, y en todas las fiestas, un denso cubo de humo de tabaco flotaba en el aire y llenaba la sala, inmóvil, espeso y del color de una tela de araña. A la hora del cierre salíamos a trompicones a la oscuridad pegajosa, tosiendo resollantes, con la palma de la mano apoyada en el esternón agitado. Después del aire viciado de dentro, la noche siempre era una sorpresa, limpia, fría y en cierto modo desaprobadora de nuestro achispado alboroto. Periódicos rasgados y bolsas de patatas fritas daban vueltas por la calle como plantas rodadoras, y las gaviotas carroñeras, surrealmente gigantescas vistas de cerca, se apartaban con desdeñosa delicadeza graznando en voz baja.

Hace poco una amiga italiana que vive y trabaja en Estados Unidos vino a Dublín a escribir un artículo sobre Irlanda para una revista de viajes. Quedé con ella un día de verano en el restaurante Winding Stair, junto a una ventana que daba a una escena invernal de nubes pasajeras y un Liffey de color de plomo. Ella llevaba un par de días paseando por la ciudad, observando a la gente y dejándose caer por los pubs y los salones de los hoteles.

—He hecho un descubrimiento —dijo—, me he dado cuenta de que el alcohol es para los irlandeses lo que el sol para los pueblos latinos meridionales.

Me reí, pues era una idea graciosa, pero también cierta y profunda, a su manera. Incluso aquellos de nosotros a los que nos gusta el clima de Irlanda, que celebramos su falta de extremos y su luz exquisita, plateada y siempre cambiante, necesitamos algo que nos caliente y nos levante el ánimo.

La alternativa a los pubs, aunque tal vez fuesen más bien su complemento, eran los cinemas, o las salas de cine, como las llamábamos cuando olvidábamos por unos instantes nuestras pretensiones de ascenso social. Se concentraban en O’Connell Street y sus alrededores. Sus nombres tenían una especie de grandeza antigua y majestuosa: estaban el Carlton, el Metropole, el Ambassador, el Adelphi y, la reina madre de

todos ellos, el Savoy, que podía acomodar casi a tres mil espectadores. Qué espectáculo era, cuando se encendían las luces, contemplar el gran anfiteatro de la platea y ver a tantos soñadores aturdidos intentando despertar de la fantasía de dos horas que los había hipnotizado mientras flotaba y parpadeaba en la enorme y envolvente pantalla del cinemascope. Las películas son la poesía del pueblo, y es en las salas de cine donde encontramos, breve y fugazmente, a los dioses del Olimpo de nuestro tiempo: ¡las estrellas, las estrellas de cine!, de una belleza y una seguridad imposibles, inmaculados y totalmente falsos, como los dioses de antaño.

Aunque en los años sesenta estaba sucia y destartalada, mi sala de cine favorita era el Capitol, en Princes Street, cuyo vestíbulo formaba un ángulo recto con el viejo Princes Bar, uno de los mejores pubs de Dublín, desaparecido hace mucho tiempo. El Capitol, construido en el solar del *Freeman's Journal*, abrió en 1920 y, además de cine, se jactaba de tener un restaurante, un bar y una sala de baile. Entre los artistas que aparecieron en directo en su escenario están Sophie Tucker —¡sí, Sophie Tucker!—, John McCormack, W. C. Fields, Beniamino Gigli y Paul Robeson. El último espectáculo en directo se representó en 1953. El Capitol, como el Princes Bar, se demolió hace mucho, y la calle hoy no es más que un muelle de descarga para las tiendas de ocasión de los alrededores.

El único cine que yo conocía en las inmediaciones de Baggotonia era el Grafton Picture House —diseñado por Richard Orpen, el hermano del pintor William Orpen—, en Grafton Street, calle B por partida triple. A partir de finales de los años cincuenta solo proyectaba dibujos animados y documentales de actualidad, pero tenía un café en la primera planta, que era un sitio elegante para invitar a tu chica a tomar el té por la tarde. Fue allí donde llevé a mi primera cita de verdad, el primer amor de mi vida, fantasías platónicas aparte. Se llamaba Stephanie Delahaye. ¡Ay, Stephanie!, me basta con cerrar los ojos —no, ni siquiera tengo que cerrarlos — para ver tu nuca pálida y frágil, con un minúsculo lunar de color chocolate abajo a la izquierda, mientras te inclinabas sobre la taza de té, en una mesita al lado de la barandilla; imagino que incluso puedo oír todavía el barullo de Grafton

Street, donde la luz del sol hace rodar sus aros dorados entre las atareadas piernas de los viandantes.

En esos días anteriores a las multisalas, los cines eran enormes palacios, con neones, asientos de terciopelo, kitsch sobre kitsch, patrullados por porteros con el pelo engominado que no les pasaban una a los gamberros o a sus chicas, y atendidos por acomodadoras —¡maravillosa palabra!— de mediana edad siempre atentas a cualquier comportamiento lascivo en la última fila, azote de los que ensuciaban, e intrépidas a la hora de expulsar a los escandalosos o insolentes. En los intermedios, las cortinas rojas —¡sombras de los vaporosos y relucientes batines de las damas de Kayser Bondor!— se cerraban con un susurro, y delante del escenario, iluminada con luz fosforescente, surgía una visión como un hada descendida desde el empíreo, con una escueta falda y un alegre sombrerito ladeado, llevando una bandeja de tentadores dulces a la venta: barras de Mars, chocolate con leche Cadbury, minúsculos vasitos de helado HB con espátulas de madera en miniatura colocadas con mano experta dentro de la tapa, bolsas de palomitas, de caramelos Scots Clan y de Lemon's Pure Sweets… Azúcar en la boca y almíbar en la pantalla.

El potencial erótico de las salas de cine era un secreto a voces conocido por todos los hombres desde el final de la infancia. Las películas que nos dejaban ver estaban tan mutiladas por la oficina del censor que lo que quedaba apenas tenía sentido, así que éramos bastante libres de hacer caso omiso de lo que ocurría o dejaba de ocurrir en la pantalla y concentrarnos en lo que teníamos más a mano —o a manos— debajo de la ropa de nuestras novias. La más cotizada de las pocas zonas permitidas era la parte de la pierna desnuda por encima de la media. Esta almohada de carne —debería decir estas almohadas, puesto que, al fin y al cabo, había dos, aunque a una de ellas rara vez, por no decir nunca, se nos permitía acceder, y, desde luego, jamás entre ambas— suave, blanda y deliciosamente fría, me enseñó mi primera lección en la fascinante estética del cuerpo humano. Al volver la vista atrás, al final del otoño de mi vida —¿o es el principio del invierno?—, estoy convencido de que el arte y el erotismo están tan entrelazados como un par de amantes que yacen

uno en brazos del otro. No creo estar siendo fantasioso a este respecto. La chispa de la belleza no acostumbra a iluminar la vida de un joven. Creo que lo que mi ser adolescente —ese pobre presumido temblando en los zapatos baratos de sus emociones— quería y esperaba de las chicas tenía menos que ver con la lujuria que con un anhelo de lo exquisito. O quizá yo fuese demasiado sensiblero para expresarlo con palabras.

Y las chicas, ¿cuáles eran sus deseos? Si no presté a esa cuestión la consideración que habría debido, puedo consolarme, un poco, pensando que ni siquiera el viejo Freud pudo fingir que conocía la respuesta: ¿no preguntó él mismo «Qué desean las mujeres»? Pero ¿qué sentían las chicas, allí, en la parpadeante oscuridad de la última fila de platea, cuando las manoseábamos con esa combinación de zalamería y halagos típica de todos los jóvenes…, de todos los hombres? Sin duda, eran presa de una confusa mezcla de emociones: excitación y miedo, nostalgia y repulsión, deseo y… ¿qué? ¿Pura irritación, tal vez?

El primer cine de arte y ensayo de la ciudad era el Astor, en Eden Quay, que se inauguró a principios de los cincuenta con una proyección de *Ladrón de bicicletas*, de De Sica. Hacia el cambio de década, mi prima Mary B. y yo íbamos desde Wexford —¿cómo?, ¿en tren?, ¿en autobús?— a ver las proyecciones vespertinas de películas de la Nueva Ola, de Ingmar Bergman, Federico Fellini, François Truffaut, Luis Buñuel, Jean-Luc Godard, Alain Resnais… Mi favorito era Michelangelo Antonioni, que, además de por su nombre melifluo y multisilábico, me gustaba porque en sus películas aparecían las estrellas de cine más elegantes y atractivas del mundo. Aún recuerdo la impresión de desconcierto y placer que experimenté al enfrentarme a los enigmas no resueltos y probablemente irresolubles de *L’Avventura*, ¿recuerda el lector la tromba marina? Qué feliz coincidencia para un director, que se alzara mágica y amenazadora del mar mientras estaban rodando una escena.

La estrella de *L’Avventura*, la bella y escultural Monica Vitti, fue la más anhelada de todos mis oscuros objetos de deseo cinematográficos. Sabía, incluso en aquellos días de mi infancia en una ciudad de provincias, que se suponía que la obra de Antonioni era una mordaz crítica existencial del

Occidente capitalista del periodo de posguerra, pero, ¡ay! —pensaba yo, sentado en la felpa polvorienta con esa criatura de carbón y plata alzándose sobre mí en la pequeña pantalla cuadrada del Astor—, ¡ay, ser infeliz en los brazos de Monica Vitti!

Cupido es el dios que acecha en todos los rincones, siempre dispuesto a abalanzarse.

5. Vista de Palestina desde el Pisgah

En marzo de 1966, a altas horas de la noche, un golpe sordo y distante, aunque no tan distante como para que no temblaran los cristales de la ventana de mi dormitorio, me arrancó del sueño con un sobresalto. Nunca había oído un ruido semejante, abrupto y extrañamente acallado y de alguna manera hosco, y no se me ocurrió qué podía haberlo causado. «La isla está llena de ruidos», pensé soñoliento, y volví a quedarme dormido. Por la mañana, la radio y todos los periódicos daban la noticia. A la una y media de la madrugada, una explosión había demolido la Columna de Nelson en el centro de O'Connell Street, el monumento más conocido de la ciudad. Ese año era el quincuagésimo aniversario del Levantamiento de 1916, y el IRA, que llevaba inactivo desde que se apagó una desganada y a menudo ridícula campaña de atentados con bomba a lo largo de la frontera con Irlanda del Norte en los años cincuenta, había decidido subrayar la ocasión con algo «espectacular», una palabra que llegaríamos a conocer, y a temer, en las décadas siguientes.

La Columna, como la conocía todo el mundo, se había erigido en 1809 en lo que era entonces Sackville Street, el elegante bulevar georgiano del promotor Luke Gardiner, para celebrar la victoria del almirante Nelson en la batalla de Trafalgar cuatro años antes. La placa colocada con la primera piedra llevaba la siguiente leyenda:

> CON LA BENDICIÓN DE DIOS TODOPODEROSO, en conmemoración de los logros heroicos y trascendentes del muy honorable VIZCONDE LORD HORACIO NELSON, duque de Bronti en Sicilia, vicealmirante del Escuadrón Blanco de la flota de Su Majestad, que cayó gloriosamente en la batalla del CABO TRAFALGAR, el 21 de octubre de 1805, cuando obtuvo para su país una VICTORIA sobre las

> FLOTAS ALIADAS DE FRANCIA Y ESPAÑA, sin parangón en la Historia Naval. Esta primera PIEDRA de una COLUMNA triunfal la puso SU EXCELENCIA CHARLES DUQUE DE RICHMOND y LENNOX, teniente general y gobernador general de Irlanda, el 15 de febrero en el año de Nuestro Señor de 1808, y en el 48 año de reinado de SU GRACIOSA MAJESTAD JORGE III, en presencia del Comité nombrado por los Suscriptores para erigir este monumento.

Admiro las frases sonoras y tonantes, pero lo que más me gusta es el modo en que todo se desmorona en un anticlímax justo al final, cuando aparece «el Comité nombrado por los Suscriptores» con una súbita mundanidad a la que ni siquiera las mayúsculas pueden conferir la solemnidad esperada. Me recuerda a las magníficas y burlonas líneas finales del episodio del cíclope en *Ulises*, cuando Leopold Bloom tiene que huir del pub de Barney Kiernan en un coche destartalado para escapar de la cólera del «ciudadano» ultranacionalista y antisemita que le arroja una caja de galletas:

> Cuando he aquí que en torno a ellos se hizo una gran claridad y contemplaron cómo el carruaje en que iba Él ascendía a los cielos. Y le contemplaron en el carruaje, revestido con la gloria de la luz, cubierto de un manto como hecho de sol, hermoso como la luna, y tan aterrador que por temor no osaban mirarle. Y he aquí que salió una voz de los cielos que llamaba: *¡Elías! ¡Elías!* Y Él respondió con un gran grito: *¡Abba! ¡Adonai!* y le vieron, a Él, a Él en persona, Ben Bloom Elías, entre nubes de ángeles, ascender hacia la gloria de la claridad, con un ángulo de cuarenta y cinco grados, por encima de Donohoe, en la calle Little Green, como disparado de una paletada.[37]

El monumento a Nelson lo diseñó el arquitecto inglés William Wilkins, pero su plan lo modificó, para abaratar costes, Francis Johnston de Armagh, que también diseñó la Oficina de Correos… ¡Dios mío, cómo perduran las ampulosas amplitudes de la jerga de Joyce mientras escribo! ¡Pero sigamos, sigamos, pese a todo!

Los dublineses siempre tuvieron una actitud ambigua con la

Columna. Los republicanos la detestaban, claro, para los demás era solo un cómodo punto de encuentro en el centro, tan arraigado y tan familiar que apenas reparábamos en él sino como un objeto en sí mismo. Al volarlo, el IRA hizo un trabajo muy eficiente —probablemente resultado de una instrucción en el ejército británico, pues muchos miembros del IRA se habían alistado en las fuerzas enemigas para aprender las técnicas de la guerra— y la explosión causó daños mínimos en los edificios circundantes, más que nada hizo añicos los escaparates de las tiendas y las ventanas de los despachos, aunque un taxista que estaba aparcado cerca tuvo suerte de salvar la vida. «Los chicos» habían sido minuciosos, desde luego, pero solo cayó la mitad de la columna de granito, y unos días después enviaron a unos ingenieros del ejército irlandés a completar la demolición.

En 1969 el Gobierno presentó la ley de la Columna de Nelson, de cómico nombre, que liquidó la fundación que gestionaba el monumento como atracción turística —a cambio de un módico precio se podía acceder a una escalera en el interior de la columna, que conducía, después de una dura y vertiginosa subida, a un mirador en lo alto— y pagó a los accionistas una compensación por el lucro cesante. A lo largo de los años se hicieron varias sugerencias de sustituir la Columna, pero no ocurrió nada hasta 2003, cuando la Millennium Spire se clavó bien hondo justo en el sitio que había ocupado.

Las reacciones a la destrucción de la Columna fueron en general festivas. En aquella época nadie se tomaba en serio al IRA como una fuerza militar o política, pero al mismo tiempo a la gente le impresionó el aplomo y la pericia con que se había llevado a cabo la operación. La investigación policial del atentado parece haber sido poco entusiasta. Una noticia en un periódico ingles afirmó que habían detenido e interrogado a seis hombres en relación con el incidente, pero, de ser así, no llegaron a presentar cargos. También circularon rumores de que la ETA, el movimiento separatista vasco, había hecho el trabajo para ejercitarse. Hubo que esperar hasta el año 2000 para que un antiguo militante del IRA, Liam Sutcliffe, declarase en una entrevista en la televisión irlandesa que él y un grupo de lo que hoy se llamarían

republicanos disidentes, encabezados por un tal Joe Christle —cuya «temeridad» había llevado al IRA a expulsarlo de sus filas—, fueron quienes llevaron a cabo la «Operación Humpty Dumpty», y que fue él quien puso la bomba de relojería cerca de lo alto del monumento. Luego la Garda interrogó a Sutcliffe, pero no lo acusaron de nada.

Al considerar hoy los últimos treinta años de matanzas tribales en Irlanda del Norte,[38] entran sudores de pensar en las víctimas que podría haber causado el atentado contra la Columna. En aquel entonces nos limitamos a encogernos de hombros, o a reírnos; como a los niños incorregibles que somos, nos gusta un poco de destrucción inocente de vez en cuando, nos alegra ver cómo caen los trozos del mundo adulto. En la época, la canción cómica «Nelson salió volando», pergeñada a toda prisa por un grupo de maestros de escuela de Belfast, encabezó varias semanas la lista de éxitos al sur de la frontera.

La Columna aparece en uno de los episodios más intrincados y divertidos del *Ulises* de Joyce, cuando Stephen Dedalus relata a un grupo de sus colegas del periódico la historia de «dos vestales de Dublín» que vacían la hucha para sufragar una excursión para subir al monumento y contemplar la vista de la ciudad. Con un ligero desarrollo y un poco más de extensión, el cuento habría encajado perfectamente en *Dublineses*, la sublime colección de relatos de Joyce. Stephen titula su anécdota «Vista de Palestina desde el Pisgah o la parábola de las ciruelas». En ella, se refiere a Nelson como «el adúltero manco», un típico ejemplo de las numerosas formulaciones soberbias y deliberadamente sin gracia de Stephen. Pero ¿quién podría resistir el maravilloso cariño que siente Joyce por las dos aventureras y la calidez y exactitud de su invención? Como relata Stephen, las dos…

> … compran un chelín y cuatro peniques de carne en conserva y cuatro rebanadas de pan en el restaurante North City, calle Marlborough, propietaria señorita Kate Collins. Adquieren veinticuatro ciruelas maduras a una chica al pie de la Columna de Nelson para quitarse la sed de la carne en conserva. Dan dos monedas de tres peniques al caballero del torniquete y empiezan a subir balanceándose por la

escalera de caracol, gruñendo y animándose la una a la otra, con miedo a la oscuridad, jadeando, la una preguntando a la otra tienes tú la carne, alabando a Dios y a la Virgen bendita, amenazando bajar, atisbando por los respiraderos. Gloria a Dios. No tenían idea de que fuera tan alto.[39]

Cicero tiene un fragmento de la Columna en su casa. Vive en los muelles, en la desembocadura del Gran Canal —si es que los canales tienen desembocaduras—, en un antiguo almacén de grano del siglo XVIII que él y la señora Cicero han convertido en una de las viviendas más llamativas de la ciudad. Está pared con pared del estudio de U2, que él vendió al grupo; cuando la música está demasiado alta, me cuenta, golpea con un zapato para que bajen el volumen. Lleva coleccionando cosas desde que era adolescente. Encastrado en la pared de su comedor está el dintel de la puerta por la que las dos intrépidas vírgenes de Joyce tuvieron que pasar al inicio de su aventura aérea.[40] En el dintel está tallado el nombre de Nelson con bonitas letras doradas, o, como diría correctamente un cantero, me informa Cicero, el nombre está «labrado e inscrito en oro».

Hoy vamos a ver la cabeza del almirante. Una condición de nuestras incursiones al pasado de Dublín es que Cicero nunca me dice de antemano adónde vamos. «Si te lo dijese, tendría que matarte». Esto concede a cada ocasión un aire anticipatorio e infantil al que el niño de siete años que llevo dentro responde como cuando andaba por la oscuridad de aquellos 8 de diciembre camino del tren, de Percy Place, y de Clery’s y del Palm Beach y de… y de la felicidad, el más sencillo de los estados y en el que tan difícil resulta entrar.

Mientras nos acomodamos en el pequeño y nervioso biplaza de Cicero —brum, brum—, doy vueltas a la cuestión de dónde puede estar guardada la noble cabeza de Horacio. Como la Columna era muy alta —134 pies, o 40,8 metros, si el lector quiere saberlo—, imagino que la estatua de arriba debía de ser enorme, así que la cabeza estará instalada en, digamos, el salón de baile de una antaño imponente casa de la ciudad en una de las plazas georgianas más majestuosas. Acaricio la imagen feliz de mí mismo posando a su lado para

una fotografía, un objeto tan alto como yo, mientras apoyo con desenvoltura un codo en la pétrea oreja del héroe. Pero entonces ¿por qué estamos en el extremo más alejado de Pearse Street que es No-B? Cicero es un guía admirable que no tiene precio, pero a veces duda de la localización exacta de algunos sitios. Tenemos que hacer un mínimo de tres cambios de sentido, en mitad del tráfico y los bocinazos, antes de detenernos brusca y, en mi caso, inesperadamente, delante de… la biblioteca pública de Pearse Street.

Yo era muy joven cuando me enamoré por primera vez de las bibliotecas. A menudo vuelvo a visitar en sueños la biblioteca del condado de Wexford, que hoy en día se aloja en un gran y bonito edificio moderno en Mallin Street —nada más pasar la estación del Norte, el punto de partida de mis lejanos viajes decembrinos de cumpleaños—, pero que en mi época estaba en el interior del extravagante edificio neogótico del County Hall. Entrabas en esa mole almenada por un ancho y resonante pasillo con el suelo de linóleo, subías por una amplia escalinata de piedra, empujabas una sólida puerta de madera y ahí estaba: un acogedor paraíso que olía a abrillantador para el suelo, lomos de libros quemados por el sol y el intenso perfume de la señorita Annette Flushing.

La señorita Flushing, rubia, sonrosada y con gafas, era una de las tres ayudantes de la biblioteca. Permanecía detrás de su mostrador a una altura elevada, de modo que cuando me acercaba a que sellara mis préstamos de la semana me encontraba a la altura de sus magníficos pechos cónicos empujando contra un jersey de angora azul pálido; lo sé, lo sé, debía de llevar también otras cosas, blusas y demás, pero la veo de manera inevitable con ese jersey en concreto. Estoy seguro de que me habría enamorado de ella, otra de mis pasiones fantasmales, si hubiese tenido un busto menos intimidante.

La señorita Flushing era, como el resto del personal, siempre amable, servicial y, en mi caso, compasiva. No estoy seguro de por qué debía de parecer necesitado de compasión, pero incluso la bibliotecaria jefa, un encanto de mujer ligeramente senil de pelo gris, me trataba como si yo sufriese una enfermedad crónica y poco conocida, escuchaba con atención mis peticiones y contestaba despacio y en voz baja, y

a menudo bajaba de detrás del mostrador para llevarme a este o aquel estante donde se hallaba el libro que necesitaba; me da que incluso sellaban mis préstamos con especial dulzura y contención. Pero tal vez todos los que frecuentaban aquel lugar pensaran lo mismo. Tal vez todos pensaran que los miraban como si fuesen únicos, y todos padecieran la misma enfermedad que me afectaba a mí, todos aquejados de bibliomanía y tratados por su adicción, como en una clínica de metadona literaria, por la señorita Flushing y sus colegas.

Uno de esos colegas era un joven apuesto que llevaba un traje oscuro y a quien le gustaba charlar conmigo sin el menor paternalismo sobre libros y autores, y que un día incluso me prestó su propio ejemplar de *Dos mujeres*, de Alberto Moravia, que había sido víctima de la Junta Censora. Cuando lo pedí, la señorita Flushing soltó una risa como un resoplido —tenía los dientes grandes, muy blancos y bonitos, las dos paletas siempre ligeramente manchadas de lápiz de labios—, pero mi amigo me hizo un gesto a sus espaldas, y me llevó por la puerta que había al fondo de la sala y por la escalera de incendios hasta el aparcamiento y a su coche, y allí sacó el libro de la guantera y, mirando por encima de un hombro y luego del otro, me puso en la mano el libro de Penguin de tapas naranjas con un guiño cómplice.

La Junta Censora contaba con la ayuda de guardianes voluntarios de la pureza colectiva del país, vigilantes justicieros de mirada aguda que rastreaban con disimulo las bibliotecas públicas en busca de indecencias. En *El poder y la gloria*, de Graham Greene, uno de sus melodramas religiosos más mareantes, el protagonista es el «padre whisky», que tiene una hija con una antigua amante. En el ejemplar de la biblioteca del condado de Wexford habían borrado el nombre de la hija: no lo habían recortado, sino rascado de la superficie de la página mediante el uso muy cuidadoso de una cuchilla; pero, ojo, solo habían eliminado el nombre, dejando una mancha traslúcida en el papel, como si fuese una blasfemia que no pudiera permitirse leer a ningún lector honesto. Imagínese: alguien había sacado el libro en préstamo, se lo había llevado a casa y había dedicado horas a esa tarea demencial, después había devuelto el libro a la biblioteca, sin duda henchido de placer por haber

interpretado con diligencia otro papel, pequeño pero vital, en la obra inagotable y eterna del Señor.

Me avergüenza confesar que yo mismo pequé una vez en esa biblioteca: robé un libro. Eran los poemas completos de Dylan Thomas —como muchos otros adolescentes lánguidos y librescos, consideraba a Thomas uno de los poetas más importantes de la época— en una bonita edición de tapa dura, encuadernada en bocací negro y publicada por la gran y antigua casa editorial J. M. Dent & Sons. Hacía meses que codiciaba aquel volumen, y al final no pude resistir más: lo escondí al fondo de uno de los estantes de la sección de poesía, esperé seis largas semanas para ver si alguien lo tocaba, luego me lo metí debajo del abrigo y salí con las manos temblando de miedo por la osadía de aquel acto y el rostro encendido de vergüenza. Estoy seguro de que, cuando por fin repararon en la pérdida, el personal tuvo muy claro quién era el ladrón, pero si fue así nunca me acusaron. Para aliviar mi conciencia, he dejado un pequeño legado en mi testamento a modo de reparación a la biblioteca. Vete a saber qué libros comprarán con el dinero. Ninguno mío, espero.

La biblioteca de Pearse Street —o la Biblioteca y Archivo de la Ciudad de Dublín, para decirlo con toda su pompa— es una institución venerable, y poco habitual porque está ubicada en un bonito edificio decimonónico, que se diseñó ex profeso para el propósito al que sirve: como en todas las antiguas colonias, la mayoría de las instituciones públicas en Irlanda ocupan edificios que se han adaptado, a menudo de manera incongruente, a partir de su función original. Está bien surtida y dirigida con cariño: ¿fueron imaginaciones mías o vislumbré en la mirada de las dos bibliotecarias que estaban de servicio el día que fui a visitarla la misma expresión preocupada y compasiva que me dedicaban la señorita Flushing y sus colegas en el County Hall hace todos esos años? Supongo que el enamoramiento de los libros es una enfermedad que cualquier bibliotecario puede diagnosticar enseguida.

Cicero y yo cogimos el ascensor a la sala de lectura. ¡Qué bálsamo es la tranquilidad que reina en la sala de lectura de una biblioteca!

—¡Ah! —dijo Cicero—, ahí está el señor Nelson. Vayamos a

hablar con él.

Como un idiota, miré a mi alrededor en busca del bibliotecario jefe, o equivalente, pero en su lugar vi una cabeza de piedra. Y no era el enorme objeto de metro y medio de altura que había esperado, pues apenas es un poco más grande que si fuese de tamaño natural. Está sobre un modesto pedestal en un rincón de la sala de lectura, con la expresión desfigurada, como era de esperar, al fin y al cabo el valiente había salido volando por los aires. Estaba desgastada, y los ojos hundidos y la boca flácida le daban una expresión severa; un rasgo reseñable, o una carencia de rasgo, es la falta de nariz, que se dice que le arrancó una bala perdida en el Levantamiento de 1916. En conjunto parece un boxeador profesional muy machacado. Tiene pelo, lo cual resulta sorprendente, pues debe significar que el escultor, un tal Thomas Kirk de Cork, lo dejó allí arriba sin sombrero a merced de los elementos.

La incongruencia, como sabemos, es una de las condiciones perdurables de la vida. Que yo estuviera una tarde de verano en la Biblioteca de la Ciudad de Dublín observando la cabeza de piedra sin torso de una estatua del vencedor de Trafalgar, que cincuenta años antes había volado de su columna en mitad de la noche una pandilla de incontrolados del IRA, no podía contarse entre las conjunciones más insignemente improbables que he experimentado en mi vida, pero, aun así, me pareció de lo más extraña. Borges dice en alguna parte que de vez en cuando la superficie de la realidad revela aquí y allá una pequeña grieta a través de la cual vislumbramos, por un instante, la posibilidad de un orden de cosas del todo distinto. Mi encuentro con el almirante Nelson desde luego abrió una de esas fisuras.

Y aquí, ahora que lo pienso, hay otro ejemplo de cómo a veces el gato de la contingencia se escapa de la bolsa sin costuras aparentes del mundo. Como he contado antes, cuando escribí *El secreto de Christine*, el primero de mis libros de Benjamin Black, hice que el protagonista viviera en una versión remozada del piso de Mount Street donde yo iba a visitar a mi tía Nan en los años cincuenta y en el que luego viví. Los diseñadores de la edición inglesa del libro, que iba a publicar Picador, escogieron para la portada una fotografía

muy sugerente entre los ochenta millones —sí, ochenta millones— de fotografías disponibles en el inventario de la agencia estadounidense Getty Images. La fotografía, probablemente tomada en los años cincuenta, retrata a una mujer en una callejuela adoquinada y en leve pendiente; camina en solitario por un pasadizo abovedado, y se ve que al otro lado la calle continúa y en el extremo neblinoso se distingue la espalda de unas casas altas y estrechas. Me gustó la fotografía, pensé que era perfecta para la época y el «ambiente» del libro. Además, la escena me pareció un tanto familiar, aunque no supe decir por qué.

Poco después, en una visita a Nueva York, fui a ver a mi editor John Sterling, en Henry Holt, la editorial estadounidense de Benjamin Black, que tiene las oficinas en el edificio Flatiron, esa llamativa —y sorprendentemente moderna— cuña de hormigón y cristal en la Quinta Avenida. John sabía bien qué fotografía había escogido Picador para la portada de *El secreto de Christine*, y me enseñó otro libro que su propia editorial acababa de publicar, un diario anónimo de Berlín al final de la guerra, que, para mi sorpresa, tenía en la cubierta la misma fotografía de Getty Images de la mujer andando por la calle adoquinada. Era, John y yo estuvimos de acuerdo, una agradable coincidencia, peculiar y, como todas las coincidencias, también un poco inquietante, incluso un poco desconcertante.

Picador publicó *El secreto de Christine*, y tan atractiva y apropiada era la ilustración de la cubierta que otras editoriales europeas, entre ellas Kastaniotis de Atenas, decidieron utilizar la misma fotografía para sus ediciones del libro. Cuando el año siguiente se publicó la versión de Kastaniotis, mi editor griego y amigo, el difunto Anteos Chrysostomides, vino a Dublín a grabar un documental de televisión sobre mí y sobre mi obra. Tenía curiosidad por ver algunos de los sitios que aparecían en el libro y, por supuesto, lo llevé antes que nada a Mount Street, el territorio de Quirke, y también el mío en otros tiempos. Era domingo y no había nadie por la calle. A mitad de camino, Anteos se detuvo de pronto y señaló hacia la izquierda:

—¡Mira! —exclamó—. ¡Es la calle de la fotografía!

Y lo era, y allí estaba: Stephen’s Place, que, por debajo de

un pasadizo abovedado y sobre los adoquines, conduce desde Upper hasta Lower Mount Street. A lo largo de los años yo había pasado por allí en incontables ocasiones, pero, sorprendentemente, no lo había reconocido en la fotografía. Aún más sorprendente, no obstante, era el hecho de que los diseñadores de Picador se las hubiesen arreglado para escoger para la portada, llevados por el azar y de entre los millones de fotografías disponibles en Getty Images, una tomada en Upper Mount Street, donde el protagonista de ficción del libro tenía su piso, y que mostraba un escenario por el que Quirke, como yo, debía de haber pasado a diario.

Hace unos años, en una cena en Barcelona, cuatro expertos en estadística que estaban entre los comensales me aseguraron que no existen las coincidencias. Aquellos contadores con ábaco tenían razón, claro. Pero aun así…

Y hete aquí, aunque sea solo por diversión, otra de esas coincidencias que no pueden ser coincidencias. Me invitaron a Zúrich a un recital de lectura en el Centro James Joyce, dirigido por Fritz Senn, el más encantador y desde luego el más ingenioso especialista en Joyce que conozco, y créame el lector si le digo que conozco a bastantes. Di el recital y, a la mañana siguiente, cuando me dirigía al aeropuerto para coger un vuelo de vuelta a casa a mediodía, Fritz me regaló una fotocopia de un soneto de mi tocayo, el poeta decimonónico francés Théodore de Banville, en el que aparece el verso *Les lauriers sont coupés*, que es también el título de la novela de Edouard Dujardin, que Joyce decía que le había inspirado la técnica del «fluir de la conciencia» que usó en *Ulises*. Otra bonita serie de coincidencias y un apropiado recuerdo de mi visita al centro, y de su hospitalario director a quien tanto me había gustado conocer.

Volví a Dublín, y esa misma tarde, cuando cruzaba la calle en Sandymount, un viejo amigo a quien llevaba sin ver varios años pasó en su coche. Aminoró la marcha, bajó la ventanilla y me gritó: «¡He estado leyendo los *Journals* de los Goncourt y están llenos de alusiones a Théodore de Banville!». Pasó de largo, crucé hasta el otro lado de la calle, y al llegar a la acera una mujer me dio un golpecito en el hombro y me dijo: «¡Mi buen amigo Fritz Senn me ha contado que anoche dio usted un recital precioso en el Joyce Centre!».

Conque, sí, es cierto, no existen las coincidencias.

Mi *tête-à-tête* con la cabeza de Horacio es solo la primera de las aventuras que Cicero ha planeado para ese día. Para llegar a nuestro siguiente destino cruzaremos al extremo norte de la ciudad y nos sumergiremos en dos versiones muy diferentes del pasado, enterrado bajo diversas capas en la misma casa. Vadear el río Liffey es una experiencia traumática para cualquiera que viva en la parte sur. «¿Tienes el pasaporte en orden?», pregunta Cicero mientras nos encaminamos hacia el río, zumbando por Pearse Street, donde el biplaza despierta muchas envidias. Los coches de época nunca pierden su atractivo.

Luke Gardiner (1690-1755) fue un dueño del universo *avant la lettre*. Era el menor de cinco hermanos y se alzó de unos orígenes humildes, y ese «se alzó» no puede ser más adecuado, pues muy pronto estaba comprando fincas en la ciudad, entre ellas casi todos los terrenos de la abadía de St. Mary, en la zona de Jervis Street, lo que le convirtió en el mayor terrateniente al norte del río. También hizo lo que cualquier aspirante a caballero en aquellos tiempos y se casó bien. La mujer a quien tomó por esposa era Anne Stewart, hija del honorable Alexander Stewart, cuyo padre era William Stewart, vizconde de Mountjoy en el condado de Tyrone. El primer gran proyecto de Gardiner, iniciado en la década de 1720, fue Henrietta Street, que sale de Bolton Street y acaba en la puerta trasera de King's Inns.[41] En el segundo tercio del siglo XVIII, Henrietta era una de las calles más elegantes del Dublín georgiano,[42] y el número 3 era, según Cicero, una de las casas más bellas de Irlanda y, de hecho, de las islas británicas.

La casa se alza en lo que otrora fue un solar, probablemente un jardín, aledaño al número 4, propiedad de John Maxwell, miembro del Parlamento por el condado de Cavan, y luego lord Farnham. En 1754, la hija de Maxwell se casó con Owen Wynne de Sligo, miembro del Parlamento como su suegro y, al igual que él, «descendiente de oportunistas», que, según el espléndido e indispensable sitio web Irish Aesthete —cuyo ingenioso y desafiante lema es: «Esto no es un oxímoron»—,

compró o tal vez recibió como regalo de bodas el solar de al lado y construyó en él lo que se convertiría en el número 3 de Henrietta Street.

La casa está muy deteriorada. Los ladrillos de la fachada están descantillados —otra de las muchas palabras nuevas que Cicero me ha enseñado en estas excursiones nuestras— y en el interior todos los salones se hallan en un estado lamentable, aunque en algunos casos se conserva, más o menos intacta, una porción sorprendente de las molduras del techo. La decadencia de Henrietta Street empezó cuando se construyó King's Inns y muchas de las casas se vendieron y transformaron en bufetes de abogados.[43] La primera piedra de King's Inns se puso en 1800, el año del Acta de Unión —hablando estrictamente, las Actas de Unión, pues se promulgaron dos leyes combinadas en una— que amalgamaba el Reino de Gran Bretaña y el Reino de Irlanda en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, y que fue, y en muchos sitios continúa siendo, la causa de mucha rabia, pesar y dolor en esta a menudo desdichada isla.

A mediados del siglo anterior, los aristócratas del lado norte empezaron a trasladarse a la parte sur, al otro lado del río, tras la estela del conde de Kildare; se fue creando así un nuevo Dublín georgiano en la zona de los alrededores de Leinster House —sí, señor: Baggotonia— y, con la disolución *de facto* del Parlamento irlandés —solo los protestantes anglicanos podían ser miembros—, muchos terratenientes ingleses en Irlanda vendieron sus tierras y volvieron a «tierra firme», es decir, a Inglaterra. A finales del siglo XIX, el abogado liberal Tristram Kennedy —un administrador de fincas reformista durante las hambrunas de la década de 1840, que construyó escuelas nacionales y fundó la industria del encaje Carrickmacross— había comprado tres cuartas partes de la calle para alquilárselas a sus colegas leguleyos. Así, gracias a Kennedy, a todas luces un tipo decente y un casero cuidadoso, el tejido de la calle se conservó en buena medida hasta la década de 1880. Sin embargo, después de la muerte de Kennedy en 1885, gran parte de su propiedad la adquirió un antiguo lord alcalde de Dublín, Joseph M. Meade. Fue este execrable cobrador de alquileres abusivos —o propietario de «viviendas sociales», como le gustaría que lo

llamásemos hoy— quien ordenó dividir las casas que poseía en Henrietta Street en una conejera de habitaciones separadas para acomodar a todos los pobres posibles. Así la calle se convirtió en un suburbio.

A Cicero y a mí nos recibe en el número 3 un amable agente inmobiliario que ha aceptado dejarnos hacer una rápida visita de la casa. Nos dan unos cascos de obrero y unos chalecos amarillo chillón. Las estructuras originales, entre ellas las escaleras y las chimeneas, me cuenta Cicero, se arrancaron y vendieron en Londres —otro ejemplo de la labor del concejal Meade—, pero, a medida que vamos subiendo de un piso a otro, se hace evidente la magnificencia de la casa. Están los paneles originales de las puertas.

—Pasa la mano por esa madera —me insiste Cicero—. ¿No notas la calidad, la factura del artesano?

Al poco rato me duele el cuello de contemplar la bien conservada belleza de los techos de escayola. Pero lo que más me impresiona son las majestuosas proporciones de la casa. Cada salón tiene su propio carácter, su propia distinción. Este es un edificio que se construyó para vivir en él refinadamente…, incluso podría decirse que estéticamente.

En uno de los dormitorios vemos un minúsculo fragmento del empapelado original todavía pegado en su sitio. Es de color gris pálido con un dibujo de frondas plumosas y delicadas de alguna planta que soy incapaz de identificar. De pronto, como en el jardín de la señora Hanly en Vico Road, me veo transportado a la bahía de Nápoles y a Herculano, otra de las ciudades que sucumbieron ante la erupción del monte Vesubio en el 79 d. C., además de Pompeya. A diferencia de esta, a la que engulló la lava, Herculano quedó enterrada en ceniza volcánica, que preservó muchas de las elegantes casas de la ciudad y gran parte de los interiores, incluyendo suelos cubiertos de teselas, paredes forradas de mármol de vivos colores, murales de exquisitos detalles…

Herculano pereció hace mucho, pero gran parte de su gloria perdura. ¿Por qué iba a sorprenderme que este fragmento de empapelado haya sobrevivido apenas tres siglos? Y, no obstante, me sorprende. ¿Cuántos estratos de tiempo estoy abarcando aquí, sobre cuántas capas imbricadas del pasado me encuentro? La Italia de los antiguos, el Dublín georgiano,

las trágicas casas de vecinos de Sean O’Casey…

—¿No es increíble? —murmura Cicero, rozando un fragmento del empapelado con la yema de los dedos—. ¿No es increíble?

6. La chica en los jardines

La primera vez que vi París tenía dieciocho años. Era una buena edad para celebrar tan trascendental epifanía. A los dieciocho uno ya es lo bastante adulto para no alarmarse demasiado por las grandes maravillas del mundo y al mismo tiempo es lo bastante joven para contemplarlas con frescura y franqueza. Cuando digo que *vi* París lo digo literalmente, pues pasé la mayor parte del tiempo en la calle. El hotelucho de la rue Molière donde había alquilado una *chambre de bonne* en el quinto piso no invitaba a los huéspedes a quedarse de día, y no podía permitirme largas comilonas en restaurantes ni pasar horas en los cafés de la orilla izquierda. Así que anduve y miré, y anduve y miré.

Lo que me impresionó antes que nada y con más fuerza fueron las estatuas. En Irlanda tendemos a erigir inmensos pedestales y a colocar encima figuritas minúsculas, como si nuestras aspiraciones a la *gloire* vacilaran a medida que ascienden. En París, en cambio, esas enormes figuras de piedra nos miran imperiosas, abrumadoras en su escala, su *grandeur* y su vivacidad. De aquella lejana visita recuerdo en particular cuando me aventuré por primera vez en el jardín de Luxemburgo. Era una tarde de septiembre, los grandes árboles estaban moteados de sol de color pajizo y una bruma de fino polvo amarillento flotaba en el aire. Al ver a la burguesía en sus tímidos paseos, el soñoliento deambular de los enamorados, a los niños jugando, sentí que me había colado en un cuadro de Renoir o Raoul Dufy, o incluso en una de las *fêtes galantes* de Watteau.

Años después, me alojé a veces en el apartamento de un amigo cerca del jardín de Luxemburgo, y llevaba allí a mi hija por la tarde. En aquel entonces acababa de empezar a andar y le encantaba aquel sitio, con sus grandes árboles y los céspedes acicalados, sus balaustradas de mármol, sus estanques y fuentes. De vez en cuando, se detenía delante de

una de esas nobles y descomunales estatuas y la miraba con una mezcla de respeto y curiosidad, como si la figura hubiese llamado su atención, igual que llamó la mía hacía tantas décadas. Ahora mi hija es adulta y vive en París, y el Luxemburgo es uno de sus sitios preferidos.

Nos hemos acostumbrado a ellos hasta tal punto que olvidamos qué notable invento son los parques y los jardines. Aunque son tan viejos como la Antigüedad —pensemos en los Jardines Colgantes de Babilonia—, los parques son la manifestación pública quintaesenciada de la Ilustración y sus valores. Si Andrew Marvell escribió no solo «The Garden» sino también «The Mower against Gardens», Alexander Pope vio en el cultivo educado de céspedes y setos una ocupación adecuada para una especie destinada a lograr su apoteosis mediante el control y la elegancia contenida. La naturaleza debía ser domada en nombre de la causa de los buenos modales. El objetivo de quien proyecta un jardín es suavizar y civilizar. Central Park en Manhattan, Hyde Park en Londres y el Bois de Boulogne en París deben estar sin duda entre los terrenos más caros jamás dedicados al ocio.

En todo caso, la *grandeur* está muy bien, pero sospecho que cada uno de nosotros tiene algún lugar secreto más modesto por el que deambular y en el que deleitarse. La primera vez que viví en Dublín, descubrí que en vez de admirar la arquitectura gravitaba con más frecuencia hacia los parques de la ciudad, supongo que por una nostalgia muda e incluso inconsciente de mis raíces rurales. Estaba, antes que ningún otro, Phoenix Park, una franja de naturaleza semisalvaje —aunque, como advierte Maurice Craig, no es tan «natural» como parece— que se extiende a lo largo de la orilla norte del Liffey. Con un total de setecientas nueve hectáreas, es mayor que Hyde Park, Regent's Park, Kensington Gardens, St. James's Park, Green Park, Greenwich Park y Battersea Park ¡juntos! Tanto Craig como Casey nos aseguran que el nombre no tiene nada que ver con la mítica ave que resurge de sus propias cenizas, sino que se deriva del nombre irlandés de un manantial, *fionn uisce*, que brotaba en las inmediaciones.

La fundación del parque fue obra de ese notable irlandés, James, duque de Ormonde, o, por citar su título completo, James FitzThomas Butler, primer duque de Ormonde,

duodécimo conde de Ormond, quinto de Ossory, primero de Brecknock, primer marqués de Ormond, caballero de la Orden de la Jarretera. Los Butler eran una de las grandes familias de Irlanda y habían sido señores del sudeste del país desde la época de la invasión normanda de Irlanda en el siglo XII. El padre de James, el vizconde Thurles, era católico, y su hijo, nacido en 1610, se educó en esa fe hasta que una serie de muertes lo colocó en la línea directa de sucesión. En ese momento Jacobo I de Inglaterra decidió que el heredero Butler debía ser protestante, y ordenó que lo enviaran a vivir a casa de George Abbot, arzobispo de Canterbury. Luego, cuando fue lord lugarteniente de Irlanda, la religión del duque levantó suspicacias en el clan Ormonde, la mayoría de cuyos integrantes seguían los dictados de la fe de Roma. Aun así, sus primeros años de católico lo dejaron con buena disposición, o al menos sin una mala disposición, por la población católica de Irlanda. Se tomaba muy en serio sus orígenes y de joven en Londres dio el paso nada frecuente, cuando menos en alguien de su cuna y su posición, de aprender siquiera unos rudimentos de irlandés, que más adelante le serían de utilidad cuando se convirtiera en uno de los puntales del gobierno británico en su país.

Se diría que a Ormonde no le gustaba mucho la residencia oficial del virrey, Phoenix House, construida a inicios del siglo XVII, y no parece haber vivido en ella. Christine Casey la describe como «un edificio relativamente modesto» y como un «pabellón de caza ampliado». Una vez ampliada, la casa es hoy Áras an Uachtaráin, la residencia de nuestro presidente mientras ocupa el cargo. Se cuenta la anécdota —¡ay, esta ciudad de anécdotas!— de que uno de sus últimos moradores, a quien la compasión patriótica me impide identificar, combatía el tedio de su oficio recurriendo con frecuencia a la botella. Una noche, después de una cena bien regada con vino, el señor presidente, que tenía pavor a la arpía de la señora presidenta, se quedó bebiendo hasta tarde y, cuando sintió necesidad de orinar, no quiso que su mujer reparara en su estado de ebriedad, así que se escabulló fuera y se alivió contra el tronco de un roble. La noche era oscura y uno de los

centinelas, que era nuevo en el puesto, vio la figura entre las sombras y gritó un nervioso «¿Quién va?» al que su excelencia respondió con un juramento. El centinela repitió sus palabras, esta vez en voz más alta, y volvió a recibir como respuesta un improperio no menos ruidoso. El soldado levantaba ya el fusil, dispuesto a abrir fuego, cuando llegó su oficial al mando y por suerte reconoció al presidente. Todas las muertes son trágicas, claro, pero es imposible no pensar con nostalgia en qué habrían dicho los titulares de los periódicos si al presidente le hubiese pegado un tiro *in flagrante* uno de los guardias nombrados por él mismo.[44]

Mucho más elegante que la Áras, en mi desinformada opinión, es el edificio de enfrente, llamado Deerfield, que en los días de dominación británica era el pabellón del secretario jefe y que desde 1927 ha sido la residencia del embajador estadounidense. Solo he estado allí una vez, a finales de los años setenta, durante el ilustrado mandato del embajador William Shannon y su mujer Elizabeth. No recuerdo cuál fue la ocasión, pero sí que había muchos escritores —el propio Bill Shannon era escritor y periodista—, tantos, de hecho, que el dramaturgo y novelista Tom Kilroy miró a su alrededor y observó pensativo que, si estallara una bomba en ese momento, casi todo el mundillo literario contemporáneo irlandés quedaría borrado del mapa. Imagine el lector *esos* titulares…

Deerfield lo mandó construir en 1776 sir John Blaquiere, de quien se decía «tiene una buena cocinera y buenos vinos y sabe de su influencia». Lo mismo cabía afirmar de Bill Shannon, mas solo en parte. Esa noche nos sirvieron una cena exquisita, pero en lo que se refiere a los vinos el embajador no parecía ser muy consciente de su influencia, con el resultado inevitable; creo que todos nos emborrachamos, excepto Bill y Elizabeth. Jimmy Carter estaba llegando al final de una presidencia salpicada de incidentes, y recuerdo que al final de la fiesta mi mujer se dirigió a la señora Shannon con una ingenuidad muy poco diplomática y le preguntó: «Y dime, Elizabeth, ¿qué vais a hacer Bill y tú después de las elecciones?».

Es raro pensar que Carter sigue con buena salud y haciendo buenas obras por el mundo, mientras que el pobre Bill

Shannon lleva muerto treinta años.

Puede decirse que el duque de Ormonde fue uno de los fundadores de la Irlanda moderna. Como observa Maurice Craig, cuando el duque volvió aquí en 1662 después de la Restauración de Carlos II, «el Renacimiento, en una palabra, llegó a Irlanda». Esa llegada fue particularmente significativa para Dublín. Según Catherine Casey, «los mandatos de Ormond [*sic*] como virrey (1662-1669, 1677-1685) coincidieron con un episodio notablemente sofisticado en la evolución física de la ciudad». Maurice Craig lo describe como «una figura única en la historia moderna de Irlanda», con pocos rivales «en cuanto a desenvoltura aristocrática, esplendor, tolerancia, flexibilidad y sentido común».[45]

En todo caso, por si caemos en el fácil error de sobrestimar la buena disposición de Ormonde hacia sus antiguos correligionarios, y hacia Irlanda en general —como dijo Oliver Cromwell: «Quien deja de ser mejor deja de ser bueno»—, debemos recordar que apoyó a su mentor el lord diputado, Thomas Wentworth, conde de Strafford, en su política de confiscar grandes extensiones de tierra a los católicos con el doble objeto de llenar las arcas de la corona y destruir el ya exiguo poder de la nobleza católica. Obvia decir que esto enfureció al clan Ormonde, y fue uno de los rencores que lo llevaron a alzarse en armas contra el dominio inglés.

Al final Strafford cayó en desgracia de un modo desastroso —fatal, de hecho, pues lo ejecutaron en la Torre de Londres en 1641—, y Ormonde se vio al frente de las fuerzas de la corona en Irlanda: combatió primero contra los rebeldes irlandeses, entre ellos los Ormonde, y luego, después de pactar con los confederados irlandeses, contra los invasores parlamentarios. Las bajas entre los *cavaliers* no fueron culpa suya, pero en 1647 tuvo que entregar Dublín a los *roundheads*, bajo unas condiciones que se suponía que debían proteger a los protestantes y a los católicos monárquicos que no habían tomado parte en la rebelión.[46]

Al final, Ormonde tuvo que exiliarse a Francia, donde sufrió una pobreza extrema: incapaz de permitirse un carruaje o siquiera un caballo, tenía que ir a pie a todas partes. Esta

época de su vida parece un capítulo sacado de Henry Fielding o de Alexandre Dumas… o incluso de Laurence Sterne. En 1658 volvió de Francia a Inglaterra —acompañado por un tal Daniel O'Neill, de quien me gustaría saber algo más, pues solo conozco su nombre—, con el encargo de sondear la posibilidad de una restauración monárquica. Ormonde viajó disfrazado y bajo el nombre de Pickering, pero, como le resultaba irritante llevar la peluca todo el tiempo, se la quitó e intentó teñirse de negro el pelo castaño, a raíz de lo cual acabó siendo de «una variedad de colores».

En 1670 tuvo lugar otro episodio que supera la ficción en la carrera de este hombre extraordinario. En esa época había un aventurero y rufián con el maravilloso y hollywoodiense nombre de coronel Blood («coronel Sangre»). Nacido en el condado de Clare, Thomas Blood era hijo de un herrero y había ascendido en sociedad. En la guerra civil el joven Blood combatió primero en el bando del rey, aunque luego cambió de chaqueta y se unió al bando de los *roundheads*. A cambio de esta pequeña traición, se le otorgaron grandes fincas en Irlanda, pero las perdió después de la Restauración. Necesitado de dinero, se le ocurrió el plan descabellado de asaltar el castillo de Dublín y secuestrar a Ormonde, que entonces era lord lugarteniente, y pedir un rescate. Sea como fuere, el astuto Ormonde se enteró de sus planes y tendió una trampa a Blood y sus secuaces en la entrada al castillo por Sheep Street. Blood a su vez se olió la estratagema de Ormonde y huyó a Irlanda del Norte, donde primero le protegieron los presbiterianos y luego los católicos, entre quienes se hizo pasar por cura. Más adelante huyó a Holanda, participó en una rebelión en Escocia y volvió brevemente a Dublín, desde donde se trasladó a Londres. Allí urdió un plan para asesinar a Ormonde, su viejo enemigo, aunque puede que el encargo de acabar con el duque se lo hiciera en secreto el rival de Ormonde en la corte, George Villiers, duque de Buckingham.

Depuesto como virrey en Irlanda, Ormonde había regresado a Londres. Una noche en que iba en su carruaje por St. James Street después de cenar con el príncipe de Orange, Blood puso en marcha su ataque absurdo y desesperado. He aquí el relato que hace Maurice Craig del incidente:

> Blood y su hijo sacaron al duque del carruaje, lo obligaron a montar en uno de sus propios caballos y huyeron por Piccadilly. Por suerte para Ormonde, el coronel quiso ahorcarlo en el árbol de Tyburn.[47] Así que dejó a su prisionero bajo la vigilancia de uno de sus hombres, mientras él se adelantaba a asegurar la soga. Al volver a buscar a su víctima, encontró a Ormonde y al guardia forcejeando a lomos del caballo, que iba en dirección a Knightsbridge. Cuando llegó la ayuda, se habían caído en el barro, donde seguían debatiéndose. Al ver que los vecinos se habían despertado, el coronel disparó dos veces al duque (pero falló) y se perdió galopando en la noche.

Blood siguió con su vida desenfrenada, y es famoso por su intento de robar las joyas de la corona de la Torre de Londres. En el robo frustrado contó con la ayuda de su cuñado, un tal Hunt, y de un granuja con el shakespeariano nombre de Parrot, cuya misión era ocultar el orbe real metiéndoselo en la entrepierna. El complot acabó, como de costumbre, en desastre, y capturaron al trío en posesión de la corona y el orbe, es de presumir que oculto. No obstante y para sorpresa de todos, probablemente incluso del malhechor, el rey Carlos no solo perdonó a Blood, sino que le devolvió sus tierras en Irlanda, que suponían unas rentas de quinientas libras. Se puede imaginar lo que sintió Ormonde al enterarse de la noticia.[48]

En 1662, a su regreso a Irlanda después de la Restauración, Ormonde, ayudado por sir Maurice Eustace, el lord canciller, emprendió de inmediato la tarea de crear Phoenix Park. Christine Casey escribe: «El legado más impresionante del patronazgo del virreinato en Dublín es el vasto y variado paisaje de Phoenix Park, el mayor parque urbano de Europa». Ya en diciembre de 1662, Ormonde había convencido a Carlos II de que autorizase a Eustace la compra de ciento sesenta hectáreas de caros terrenos al norte del Liffey; como observa Maurice Craig: «Es evidente que los motivos de Eustace no eran tan puros como los de Ormonde. En 1669, cuando concluyó el virreinato de Ormonde, el parque había

costado 31.000 libras, y llegaría a costar 15.000 más».

Ormonde pretendía que el parque fuese un coto de caza y no solo una enorme heredad que rodeara el pabellón del virrey. Se enviaron emisarios a Inglaterra para comprar un rebaño de ciervos y también se trajeron aves de caza, mientras lord Ossory, el hijo de Ormonde, capturaba faisanes en las fincas familiares. En todo caso, el parque también debía ser un lugar de ocio y esparcimiento público, y lo fue. Los primeros años, el parque corrió peligro varias veces, el más grave cuando Carlos II tuvo el capricho de regalárselo a su amante, la famosa Barbara Palmer, duquesa de Cleveland, miembro de la misma familia Villiers a la que pertenecía el enemigo de Ormonde, el duque de Buckingham. No obstante, entre Ormonde y Eustace consiguieron revocar los certificados de propiedad.[49]

Por más que Phoenix Park pueda ser el orgullo de la ciudad, en su interior nunca me sentí como en casa; o tal vez, por el contrario, me sentía demasiado como en casa, pues veía en él un parecido exagerado con los campos y las colinas boscosas que rodeaban la ciudad que acababa de abandonar. En cambio, St. Stephen's Green, en el corazón georgiano y superplus-B de la ciudad de Dublín, era más de mi gusto, con unos finos encantos que Pope habría aprobado, aunque al mismo tiempo me parecía que su esmerada y formal majestuosidad merecía la queja del jardinero de Marvell de que:

Todo es forzado, la fuente y la gruta,
y los dulces campos nadie los disfruta

Los Iveagh Gardens, no muy lejos de St. Stephens Green, son modestos, no muy exuberantes y tienen un aire de vaga tristeza; no obstante, encajan bien conmigo y de todos los parques de Dublín es el que más me gusta. Aun así, no estoy seguro de que hubiese sabido encontrarlos solo, pues están discretamente ocultos detrás del gran acantilado gris que antes era el University College de Dublín y hoy es el National Concert Hall.[50] Me los enseñó una chica de la que en aquel

tiempo yo me estaba enamoriscando en vano, como se vería después. Aunque entonces yo no lo sabía, Stephanie —sí, la misma Stephanie a quien antes vislumbramos de manera fugaz en el salón de té del Grafton Picture House— ya estaba comprometida, y nuestras citas, escasas, melancólicas y dulces, tenían que ser en lugares apartados de la mirada pública de Dublín, una de las ciudades más lascivamente vigilantes del mundo.

Había un sitio secreto, me dijo, que muy poca gente parecía conocer y donde casi nunca iba nadie. Visitamos los jardines por primera vez en una apresurada pero inolvidable cita para comer; ella llevó sándwiches y yo, esperanzado, una botella de vino que al final no tuvo los efectos deseados: era malo y barato, y además Stephanie era una chica demasiado astuta para dejarse emborrachar por un joven cafre de ojos brillantes sin otra cosa en la cabeza que lo de costumbre.

Fue un día a principios del otoño, bajo un cielo de Poussin los árboles tenían ese color de aceituna seca que adquieren antes de que se les caiga la hoja y susurraban nostálgicos y soñolientos en el aire azul huevo de pájaro. Antes de que nos sentásemos a disfrutar nuestro pícnic, Stephanie insistió en enseñarme lo que en la práctica consideraba sus dominios particulares.

Nos veo allí, con tanta claridad como la de aquel día de septiembre, recorriendo los senderos de grava al lado del césped agradablemente descuidado, bajo aquellos árboles inquietos, en busca de un lugar apartado en el que instalarnos. Aquí están las fuentes, aquí el campo de tiro con arco y, ¡ay!, ¡huele el perfume que llega de los últimos capullos de aquella rosaleda! Me dijo que se suponía que también había un laberinto, pero que nunca había podido encontrarlo. La cogí de la mano. Yo estaba perdiendo el tiempo, me dijo, perdiendo el tiempo; pero sonrió y no apartó la mano. De momentos así, normales aunque quejosos, se forma el pasado, el pasado de nuestros anhelos.

Los Iveagh Gardens, como es lógico, tienen su propio pasado. La primera alusión en un documento público es de mediados del siglo XVIII con el nombre de Leeson’s Fields. Los terrenos se arrendaron a un promotor, John Hatch, que los donó como jardín de una casa en Harcourt Street construida

para el presidente del Supremo John Scott, lord Clonmell, un borracho entusiasta conocido con el pintoresco y sin duda preciso nombre de Jack «el Cobrizo».[51] En 1810 Clonmell House se vendió y el espacio que había detrás se abrió al público con el nombre de Coburg Gardens. A principios de la década de 1860 el lugar lo compró Benjamin Guinness, vástago de la familia de cerveceros. Benjamin, como tantos de los Guinness, era de carácter filantrópico y parece haber prestado o al menos arrendado las tierras a la Compañía de Jardines de Invierno para la Exposición de Dublín, de espléndido nombre, para que fuesen los terrenos de esparcimiento de la Exposición de Dublín de 1865.

El edificio de la exposición, que luego se convertiría en el University College de Dublín y después en el National Concert Hall, se consideró en la época, según Christine Casey, una magnífica construcción. Tenía un Jardín de Invierno colindante y un salón abovedado de cristal y acero, cuya estabilidad estructural se comprobó, según Casey, «con las carreras de cientos de obreros, el desfile de seiscientos hombres del 78.º de Highlanders y haciendo rodar varios miles de bolas de cañón».

Entretanto Benjamin Guinness había comprado los números 78-81 de St. Stephen's Green y los combinó en una bonita mansión, Iveagh House —hoy el Departamento Irlandés de Asuntos Exteriores—, y, cuando terminó la Exposición, reclamó los jardines y encargó al arquitecto paisajista Ninian Niven —¡qué sonoros eran los nombres en aquellos tiempos pasados!— que los rediseñara combinando los estilos francés e inglés. En 1908 el hijo de Benjamin Guinness, Edward, primer conde de Iveagh, donó los jardines al University College, que, en honor a Edward, los rebautizó Iveagh Gardens.

Cuando volví a visitarlos, los jardines, ahora detrás del National Concert Hall y el Departamento de Asuntos Exteriores, habían vuelto a caer en un feliz abandono.

Los jardines no son grandes, calculo que tendrán el tamaño de un campo de fútbol. Sus elementos incluyen, o eso dicen las guías, sus rústicas grutas, una cascada, dos fuentes, una zona boscosa, una rosaleda, un jardín norteamericano, un campo de tiro con arco, rocallas y cepellones —confieso que

no tengo muy claro qué puede ser esto último— y un laberinto. La posibilidad de este misterioso laberinto me complace en particular, pues en todas las ocasiones que he visitado los jardines, al igual que le pasó a Stephanie hace tantos años, nunca he podido encontrarlo. Una cosa es perderse en un laberinto, pero que haya un laberinto que no se pueda encontrar me parece ciertamente maravilloso, una idea sacada directamente de un cuento de Borges. Ahora que lo pienso, se me ocurre que, si en verdad hubiese una vida después de la muerte —espantosa posibilidad—, habría formas peores de soportarla que en una incesante búsqueda borgiana y circular de este siempre esquivo elemento de un jardín dentro de un jardín.

A mediados de los años noventa, la Oficina de Obras Públicas puso en marcha una renovación de los Iveagh Gardens. Supongo que hicieron una buena labor, pero yo los prefería en el estado de abandono previo a la Caída, cuando iba allí a cortejar tristemente a una chica que no era mi chica. Los parques —y concedamos que esta pequeña parcela aspira con éxito a la condición de parque— son lugares ambiguos y en ocasiones de hecho siniestros. ¿Recuerda el lector *Blow-Up*, de Antonioni? ¿Quién que haya visto esa película podrá olvidar el agitado susurro de los árboles en la banda sonora mientras el fotógrafo de moda interpretado por David Hemmings revela un carrete de instantáneas tomadas en un parque londinense y descubre que ha fotografiado lo que parece ser un asesinato? Además, ciertos habituales de los parques parecen traerse siempre algo entre manos. Uno puede encontrarse una figura tirada en la hierba, con los ojos muy cerrados, la mano en la mejilla y la ropa desaliñada, y pasar de largo dándole vueltas a una inquietante pregunta: «¿Estaba dormido o…?». Esta leve insinuación de una constante amenaza es parte del placer de los parques, igual que las fuentes, los lechos de flores y el olor de las rosas en otoño.

Y luego están las estatuas. Lamento decir que escasean mucho en Iveagh Gardens. Un par de musculosos ángeles totalmente idénticos y con las manos grandes y desproporcionadas —¿para arrancar a los justos de las garras de las fuerzas del mal?— dominan las dos fuentes gemelas, y sobre unos pedestales de cemento se alzan un par de figuras

femeninas imprecisas y pequeñas, ambas sin nariz y con el rostro deformado por los líquenes, que miran hacia abajo con aparente fatiga y una decepción inconsolable. «Quedan algunos dioses y náyades de escayola», observa con tristeza Christine Casey. No siempre fue así: «Un informe de 1872 describe varias figuras de espíritus de la tierra, una figura de Erin sentada entre los tréboles, figuras de las Cuatro Provincias y de san Patricio». Por algún motivo, no me siento inclinado a llorar la desaparición de estos modelos. Una figura moderna, en un bronce que al mismo tiempo parece brillante y embarrado, del tenor John McCormack se alza en una enramada de acebos, con la boca muy abierta, igual que un pajarillo pidiendo comida. Parece muy triste, allí enclavado cantando en silencio a las plantas que lo rodean sin prestarle atención. Aunque sospecho que tampoco sería muy feliz en el jardín de Luxemburgo, empequeñecido por las figuras de tantos de sus heroicos *confrères*.

Mi última visita a los Iveagh Gardens fue en compañía de mi hija pequeña. En aquel momento tenía dieciséis años. La llevé allí para enseñarle un lugar precioso para mí, donde una vez estuve dulce y desdichadamente enamorado. No obstante, descubrí, con gran sorpresa, que conocía bien aquel lugar. Resultó que su novio vivía cerca, y era aquí donde, los días laborables después del colegio, iban a pasear y a estar juntos, a hablar de los grandes asuntos del día, a descubrir cosas el uno del otro y a aprender a hacerse adultos. Cuando me lo dijo, sin aspereza pero con desinterés —los jóvenes son totalmente sordos a las agitadas palpitaciones de un corazón envejecido—, sentí la mágica intemporalidad de esos sitios, y de los usos que les damos. Cambiamos, envejecemos, nos quedamos o nos mudamos, y con el tiempo morimos. Sin embargo, el parque perdura. Es una idea, creo, capaz de consolar, aunque sea un poco, al corazón más desolado.

Los Delahaye, la familia de mi Stephanie, eran protestantes. Se decía que eran de raigambre hugonote, y me parecían tan exóticos y arcaicos que, si hubiesen aparecido ante mí con pelucas, calzas y jubones, no me habría sorprendido lo más mínimo. Antes de que me presentase a la familia, yo había

entrado en contacto con muy pocos protestantes vivos y auténticos, y ciertamente nunca había conversado con un grupo de nuestros hermanos separados como hice con los Delahaye, en lo que era, o al menos fingía ser, igualdad de condiciones. Vivían en Fitzwilliam Square, que en la época era, y puede que aún hoy lo sea, la versión dublinesa de Harley Street,[52] la reserva casi exclusiva de médicos con traje de raya diplomática, los «tipos de a cinco guineas», como los llamaba con desprecio mi tía Nan. Uno de estos doctores elegantes tenía su consulta en la planta baja de la casa de los Delahaye, mientras que ellos ocupaban los pisos superiores y el sótano.

Eran una familia numerosa. Stephanie era la única chica, pero había cinco hermanos, desde un niño en pañales llamado Gervaise —me parecía absurdo que una criatura tan baja, torpe y mocosa ostentara un nombre tan heráldico— hasta un corpulento bigardo de unos veinte años de edad, con una dentadura ciertamente intimidante que brillaba con blancura cada vez que sonreía, y que parecía, o eso pensaba yo, una especie de utensilio primitivo de los esquimales para capturar peces o espantar a las focas. Se llamaba Thomas, pero el apodo familiar era «Tiddler», debido, claro, a su enorme tamaño.[53]

Los Delahaye, en general, se llamaban unos a otros por nombres vagamente desdeñosos de mascotas. La señora Delahaye, de aspecto pajaril, un poco encorvada de hombros y con el pelo teñido tan negro, brillante y en apariencia frágil como la goma laca, tenía el encantador nombre de Lavinia, aunque los niños por alguna razón la llamaban Mags, y jamás oí a su marido referirse a ella de otro modo que «la parienta». Mags encadenaba un Gitanes con otro —sus «pitillos», como los llamaba lúgubre ella—, por lo que toda la casa olía como un *bistrot* francés. Resultó que también bebía en secreto, o en secreto para mí, al menos, al principio. Con el tiempo descubrí que su bebida favorita era la ginebra Gordon's mezclada nada menos que con ese mejunje parecido a ponche de huevo de Bols, el fabricante de licores holandés de cómico nombre; tenía el color de la yema de huevo batida y la consistencia de las flemas: Advocaat se llamaba, acabo de recordarlo.

A Thomas —Tiddler— lo recuerdo con claridad, y también recuerdo a Gervaise, aunque con menos claridad, pero los otros tres hermanos se han mezclado en mi memoria en una especie de monstruo deforme de varias cabezas y por tanto me referiré a ellos colectivamente con el nombre de Cerbero. Pinchaban a Stephanie sin compasión —les encantaba llamarla «Steph», sabiendo lo mucho que odiaba el diminutivo— y nunca perdían la ocasión de avergonzarla delante del resto de la familia, y de mí. Recuerdo una comida dominical en la que a alguien se le cayeron unas gotas de mermelada de frambuesa en una de las sillas del comedor, y Cerbero unió sus voces para acusar a mi pobre enamorada de haber «vuelto a sangrar en los puñeteros muebles». Cerbero celebró mi presencia en la familia, pese a lo breve que fue, frotándose las manos. Imitaba mi acento *culchie*[54] —yo no sabía que lo tenía— y disfrutaba dándome conversación con gesto impasible sobre cuestiones bucólicas como recolectar nabos o esparcir estiércol, de las que yo sabía tan poco o menos que ellos. Yo detestaba de todo corazón a Cerbero, lo cual servía solo para que la bestia alzara sus múltiples hocicos y aullara encantada.

El padre de los Delahaye era corpulento, tosco y rubicundo, y casi del todo calvo, excepto por un coqueto mechón de rizos prematuramente grises, como un halo caído que, en mi opinión, le daba un aire a uno de los más alegres y menos decadentes papas del Renacimiento. Se llamaba Victor, y Cerbero, por supuesto, lo llamaba Vicky, aunque solo a sus espaldas, pues no era consciente de que su fuerza y los pescozones que repartía con entusiasmo entre los chicos —babeaba con Stephanie y ni siquiera le levantaba la voz— eran lo bastante enérgicos para hacer tambalearse incluso al fornido Tiddler.

Delahaye *père* había sido jugador de rugby —un «rugbero», como le gustaba decir con una risotada—, y había jugado a menudo con Irlanda en partidos internacionales. Nunca quedó muy claro cómo se ganaba la vida, aunque yo sabía que era algo relacionado con la ley; supongo que debía de ser notario, o tal vez abogado. Era evidente que tenía éxito en su trabajo, fuera el que fuera, pues la familia, por ruidosa, descuidada y caótica que fuese, era a todas luces pudiente, aunque sin

ostentación. Su estatus adinerado saltaba a la vista por el modo en que comían —verduras de Findlaters, vinos de Mitchell's, fuagrás de Smyths on the Green— y vestían: Brown Thomas y Switzers en Dublín, y, en Londres, Harrods, que Stephanie y su madre visitaban dos veces al año para adquirir su vestuario de verano y de invierno.

La familia también iba de vacaciones al extranjero, algo casi inaudito en aquella época, al menos entre la gente sencilla de la que yo procedía. No obstante, los sitios donde veraneaban eran extraños: Guernsey, por ejemplo, y la isla de Man; vete a saber si el señor D. no tendría cuentas de banco allí, y aprovechaba esas excursiones para ocuparse de ellas. [55]

Era una familia muy ruidosa, y es un misterio cómo el señor O'Grady, el ginecólogo de la planta baja, y sus pacientes se las arreglaban para soportar el ruido: el frecuente estrépito de las pisadas en las escaleras, el incesante tirar de la cadena en los cuartos de baño, las carcajadas de Cerbero y los gritos furiosos de Stephanie cuando la hacían rabiar. Por si fuese poco, el señor Delahaye era aficionado a cantar, con resonante voz de bajo, mientras pululaba con sus anchos pantalones de pana y sus chalecos amarillos. Sus favoritas eran las arias de Gilbert y Sullivan y turbias cancioncillas de *music-hall* —«If It Wasn't For the 'Ouses In Between», «Boiled Beef and Carrots», «When Father Papered the Parlour»—, aunque olvidaba la mitad de la letra y siempre las cantaba con voz insoportablemente desafinada.

La señora Delahaye, la pobre borrachina Mags, era la única silenciosa de la casa. Se limitaba a un vago y continuo parloteo agitado que no era exactamente hablar, sino que más bien parecía una especie de desmentido incomprensible y demencial, como si creyera estar rodeada todo el tiempo de personas que le hacían preguntas imposibles de comprender y sin respuesta. Mi presencia parecía confundirla, y cada vez que me veía daba un pequeño respingo que se apresuraba a disimular con una sonrisa distante y un tanto dolida, inclinando la cabeza a un lado con un gesto de desdichada disculpa. Tal vez pensara que yo era otro de sus hijos, perdido de manera inexplicable y que ahora le habían devuelto de un modo misterioso. Rara vez me hablaba directamente, pero

cuando lo hacía escogía un nombre al azar, como de un archivo de tarjetas mental, James, o Joseph, o Gerald, y una vez incluso un fabuloso Jasper.

A pesar del atronador aunque a veces cruel buen humor de la casa, había detrás una apenas perceptible sensación de aprensión, cuyo origen o naturaleza no fui capaz de identificar hasta que, muchos años después, leí en los diarios de Harold Nicolson de 1934 el relato del día en que acudió a visitar a James Joyce en el piso del matrimonio —«tan mal ventilado y recatado como una habitación de hotel»— en la rue Galilée de París. Es una estampa maravillosa, modélica. Nicolson pensó que la voz de Joyce era «la más encantadora que conozco, líquida y suave con un trasfondo como un gorgoteo», pero el hombre le pareció una criatura claramente rara.[56] El ambiente en el minúsculo cuartito donde se vieron, acompañados de Giorgio, el hijo adulto de Joyce, era tenso y extraño, y al observar a los dos hombres, padre e hijo, Nicolson tuvo la clara sensación «de que ambos estaban escuchando algo en la casa».

Comprendí que eso era lo que ocurría en casa de los Delahaye. Todos iban haciendo ruido de aquí para allá —los hijos peleándose y gritando y el padre entonando sus tontas cancioncillas—, y al mismo tiempo, en secreto, todos escuchaban, escuchaban con atención. Supongo que lo que los Joyce temían oír eran los gritos de Lucia, la pobre hija demente del gran hombre; en el caso de los Delahaye debía de ser Mags quien los tenía sobre ascuas. Nunca la oí alzar siquiera la voz, pero tal vez se comportase mejor cuando yo estaba en la casa, aunque en cualquier momento pudiera desgarrar el aire con delirios ebrios y desenfrenados.

Además de mí había a menudo otro visitante —he estado a punto de decir intruso— en la casa; un joven muy pálido que siempre vestía de negro: traje negro, corbata negra, abrigo largo y negro y a veces, siniestramente, un par de guantes de cuero negro y suave como los de un estrangulador. Se llamaba Fitzalgo —Fitzmaurice o Fitzmorris, imagino—, pero Cerbero lo había apodado Pierre-point, por Pierrepoint el verdugo. Era alto y muy delgado, con una prominente nariz ganchuda, y gafas de montura metálica muy fina. Fumaba cigarrillos con boquilla, como el padre Lee, y, ahora que lo

pienso, tenía cierto aire clerical. Sus uñas, que llevaba siempre muy largas, estaban manchadas de nicotina hasta adquirir un color ambarino, y nunca del todo limpias. Siempre parecía arreglárselas para llegar antes que yo y para irse antes de que yo me fuera, aunque no recuerdo haberle visto marchar. Cuando presioné a Stephanie para saber quién era, frunció los labios y levantó un hombro con un gesto de indiferencia y dijo: «¡Ah!, es una especie de primo».

Mags no era tan ausente en su trato con Pierrepoint como lo era conmigo, y lo agasajaba con todo tipo de cosas. Cuando llegaba, me lo encontraba sentado a sus anchas en un sillón en el cuarto de estar delantero, junto al mirador que daba a la plaza, con una copa de jerez u oporto y una porción de pudin de moras en una mesita a su lado, con los guantes doblados en el brazo del sillón, la corbata con el nudo aflojado pero nunca torcida, y dos estrellas idénticas de luz de la ventana reluciendo sobre la puntera de sus lustrosos zapatones de cuero negro. Era muy educado conmigo, educado pero distante, aunque siempre tuve la sospecha de que detrás de su boca fruncida, sonrosada y femenina como un capullo de rosa rondaba una sonrisita.

Al ser residentes, la familia tenía acceso al jardín rodeado por una verja del centro de la plaza. Los días más soleados —el aire se iba ensombreciendo a medida que avanzaba el otoño—, Stephanie bajaba del último gancho del perchero que había detrás de la puerta una enorme llave de hierro —lo bastante grande y pesada para haber aporreado con ella hasta la muerte al profesor Mora, en el salón—, cruzábamos la calle y abríamos la vieja cancela, tan destartalada que parecía mantenerse en pie solo por las capas inmemoriales de pintura negra brillante y nudosa.

Este era otro de los lugares secretos de mi amada, incluso más íntimo y desde luego más desierto que los Iveagh Gardens.

Paseábamos por los estrechos senderos bajo los árboles marchitos y entre los arbustos mojados, cuyas hojas gomosas siempre estaban salpicadas de gotas diamantinas, incluso los días secos; aunque en esa época del año siempre da la sensación de que acaba de llover. Qué pensativo y expectante parece todo en otoño, sin duda mucho más expectante que en

primavera. Ni siquiera Keats capturó el silencio y el tumulto furtivo de la estación agonizante con una precisión tan conmovedora como Philip Larkin en un poemilla de 1961, que, inexplicablemente, prefirió no publicar, y al que ni siquiera puso título:

Y ahora las hojas pierden de pronto fuerza.
Torres en ruinas se alzan, largas como caminos,
y desde las ventanas de abajo, o desde la largura
de los jardines, rubrican las tardes. Llegan nuevos
vientos nocturnos cargados de lluvia: luego
las hojas persiguen a los cálidos autobuses, motean el estatuario,
se apilan en los rincones, sacan a borrosos hombres con escobas
a través de las nieblas de la mañana […]

Y el otoño, no la primavera, y mucho menos el verano, es la estación del amor. Yo amé a Stephanie Delahaye, esas pocas semanas a finales de septiembre y principios de octubre, la amé sin esperanzas, con una especie de agónica ternura.

¿De qué hablábamos, mientras recorríamos a pie los cuatro lados de la plaza o nos sentábamos en los húmedos y fríos bancos de hierro? Lo he olvidado; ¿de qué hablan los jóvenes? Recuerdo haber discutido con ella sobre Pascal, por algo relacionado con un pasaje que yo había leído en los *Pensées*, y que ella decía que yo había malinterpretado. Esto da la impresión de que ambos éramos muy leídos, cuando en realidad lo único que hacíamos, ahora me doy cuenta, era alardear de nuestro conocimiento espurio sobre un asunto que ignorábamos casi por completo. ¡Pascal!

Nos conocimos en el Lantern Theatre, cuando estaba en un sótano de Merrion Square, justo a la vuelta de la esquina de Mount Street. En aquellos tiempos, Dublín era una ciudad de teatros minúsculos. Estaban el Eblana, en el sótano de una estación de autobuses, y Deirdre O'Connell's Focus, en unas caballerizas reformadas cerca de Pembroke Street, y el Gas Company Theatre, aunque ese estaba más lejos, en Dún Laoghaire —se entraba por las apenas iluminadas salas de

exposiciones, entre las fantasmales y blancuzcas siluetas de unos hornos de aspecto resentido de todas las formas y marcas—, y el Pike, claro, en Herbert Lane, fundado por Alan Simpson y Carolyn Swift. En el Pike se representó la primera versión íntegra en lengua inglesa de *Esperando a Godot* —en Londres, el lord chambelán había insistido en introducir cambios y cortes—, y de *The Quare Fellow*, de Behan.

En 1957, el Pike sufrió una famosa redada de la Garda: les habían informado de que en *La rosa tatuada*, de Tennessee Williams —obra que se representaba para celebrar la inauguración del Festival de Teatro de Dublín—, había pasajes «censurables» y de que, si la producción continuaba, Simpson y Swift podían acabar yendo a juicio. La obra siguió adelante, y al día siguiente detuvieron a Simpson acusado de representar «una obra profana e indecente para obtener beneficios». Hubo protestas, en Dublín y en el extranjero, y después de un absurdo forcejeo legal, que no se resolvió hasta un año más tarde, se retiró la denuncia contra Simpson. Pocos en Dublín dudaron de que la queja original contra el montaje teatral de *La rosa tatuada* había surgido directamente del palacio del arzobispo: una vez más, la mano muerta de John Charles McQuaid había caído sobre la vida, o media vida, artística de Dublín.[57]

Años después, a principios de los setenta, conocí a Alan Simpson en el lanzamiento de *El hombre que miraba pasar los días* de Christy Brown en el Bailey —esa era la fiesta de la editorial que había traído a mi editor David Farrer desde Londres— y le pregunté al respecto. Simpson, amable y elegante como siempre, me dio lo que parecía una larga, florida y detallada explicación de todo lo ocurrido; no obstante, Simpson estaba tan borracho que no entendí ni una palabra y me perdí en los entresijos de la historia. Pero, bueno, en esa fiesta todo el mundo estaba borracho: la cuenta de la bebida de la noche se convirtió en una leyenda que duró años en el mundillo editorial británico.

La obra que se representaba en el Lantern la noche que conocí a Stephanie era de Shakespeare: o *Julio César* o *Tito Andrónico*, no recuerdo cuál. Lo que sí recuerdo es que fue una actuación maravillosa, a pesar o tal vez gracias a lo apretujados que estábamos en el auditorio. Los espectadores

de las dos o tres primeras filas acababan salpicados de saliva cada vez que un actor se acercaba al borde del escenario a pronunciar un monólogo especialmente apasionado. En el descanso, subí las escaleras, me apoyé en la barandilla y fumé un cigarrillo. Aún no había anochecido, una fantasmal neblina blancuzca se enredaba entre los árboles de la plaza y noté una humedad pegajosa en la cara y el dorso de la mano.

La mitad del público estaba conmigo en la acera, con aire ausente y descolocado, como ocurre siempre con los espectadores del teatro en el descanso. De todos ellos, solo me fijé en Stephanie. Era esbelta, con la complexión de un muchacho. Llevaba el pelo oscuro por los hombros, peinado con raya al medio, reparé con una inexplicable punzada en la palidez de la piel donde brillaba en el nacimiento del pelo. Su nariz era un poco regordeta, pero a mí me pareció encantadora; sus ojos se alzaban apenas en las comisuras exteriores, lo que le daba un vago aspecto oriental, sobre todo cuando se inclinaba hacia delante y bajaba la cabeza. Daba la impresión de estar sola, lo cual era sorprendente de por sí: en aquellos tiempos reprimidos las chicas «finas» no iban a ningún sitio sin acompañante, excepto para confesarse. Le ofrecí un cigarrillo —pensando incómodo en la puta coja de Mount Street—, pero ella sonrió con los labios apretados y negó con la cabeza. No fumaba, dijo. Tenía dieciocho años. Vivía cerca. ¿Ah, sí? Yo también. Después de ese medio galope desganado nos sumimos en el silencio, y Stephanie bajó la mirada con el ceño fruncido y trazó semicírculos en la acera mojada con la puntera del zapato. Luego se alejó de mí, con ese gesto deliberadamente distraído e insulso que adoptan las chicas cuando quieren librarse de un encuentro que no lleva a ninguna parte.

Cuando acabó la función, y al subir por las escaleras del sótano hacia la líquida oscuridad de la noche, me abrí paso entre el gentío hasta llegar a su lado. Le pregunté si podía acompañarla a casa. Me dijo que su hermano iba a ir a recogerla. Arriba no había nadie esperando. Stephanie dudó sin saber qué hacer y evitó mi mirada. «Siempre llega tarde», murmuró, más para sus adentros que para mí. Le sugerí que podíamos ir juntos y encontrárnoslo por el camino. Se encogió de hombros, no dijo nada y nos pusimos en marcha.

No cruzamos palabra, hasta que Tom Tiddler se alzó ante nosotros en la esquina de Fitzwilliam Street, enorme y fornido, con una trenca marrón. Me saludó con una sonrisa —en realidad, no era mal tipo—, mostrándome su alarmante dentadura. Le dije cómo me llamaba y él se presentó a su vez. Stephanie no nos miró y siguió andando. Tiddler arqueó las cejas, no dije nada, y él volvió a sonreír, dio media vuelta y la siguió. No puede decirse que fuese un comienzo muy prometedor. Daba igual, estaba enamorado. Mientras veía a Stephanie y a su gigantesco hermano desaparecer en la niebla, me sentí como Humphrey Bogart en *Casablanca*; o, mejor aún, como Marcello Mastroianni en *L'Eclisse*, de Antonioni.

No me había dado su número de teléfono, ni me había dicho dónde vivía, así que ¿cómo la encontré? Esa pieza del mosaico se ha perdido. Pero el caso es que la encontré.

Vete a saber qué pensaría la familia de mí. La convención de la época era que un chico y una chica no podían ser amigos sin más, y todos sabían —todos menos yo— que yo no era el novio de Stephanie. Así que ¿qué era? En un hogar católico a duras penas se habría permitido mi flotante presencia, o todos habríamos tenido que fingir que estaba allí por los hermanos de Stephanie y no por Stephanie.

En todo caso, los dos continuamos con lo que considerábamos, al menos yo, nuestras citas. La llevaba al cine, donde ella me dejaba cogerle la mano esbelta, fría y excitante, y a tomar el té al Grafton Picture House; una vez hasta nos atrevimos a ir al Palace Bar, donde el camarero frunció el ceño pero aun así nos sirvió dos vasos de cerveza. Paseábamos por St. Stephen's Green, y nos sentábamos entre las sombras húmedas y azuladas de Fitzwilliam Square. Nos quedábamos junto al canal en el puente de Lower Mount Street y veíamos pescar a una garza al lado de la esclusa; me fascinaban las líneas limpias, nítidas y peligrosas del animal, con ese largo pico como un cuchillo ceremonial cuidadosamente moldeado. Ella me enseñó los Iveagh Gardens. Yo le decía que la quería, pero ella cerraba los ojos y sonreía con los labios apretados, que era como sonreía siempre, y negaba con la cabeza. Aun así me dejaba besarla, seca y castamente. Tenía un olor embriagador, como a pétalos

de rosa empapados en leche un poco agria.

Luego llegó el día en que encontré un sobre, que no había llevado el cartero, esperándome en el felpudo a la puerta de la casa de Mount Street. No reconocí la letra, pero supe de quién era. Se me hizo un nudo en la garganta incluso antes de empezar a leer. *No vale la pena…, lo siento tanto…, me gustaba de verdad…, tal vez pudiéramos…* Extrañamente la había firmado «Steph», esa versión de su nombre que ella sabía que yo sabía que ella odiaba. Steph…, ¿qué significaba? ¿Era un modo de distanciarse de mí? Me recorrió una oleada de pesar y autocompasión, y pensé que iba a vomitar.

Por un momento, cegado por una niebla roja y caliente, la odié.

Volví a encontrarme con ella en dos ocasiones. La primera, alcancé a verla fugazmente en la distancia. El otoño se había convertido en crudo invierno, a mediados de diciembre cayó una espesa nevada y todo el mundo estaba encantado porque el tiempo era tan malo que suponía un alivio hablar de él. Yo estaba en Grafton Street. Esto fue antes de que la estrecha, delicada y ondulante avenida se echara a perder con la peatonalización —una de esas palabras tan feas como su significado— y los autobuses pasaban por el centro de la calle entre caballones congelados de nieve sucia, en las aceras las mujeres resbalaban, gritaban y se asían de las mangas de sus maridos y reinaba una sensación general de hilarante descontrol. Era tarde, las luces de Navidad estaban encendidas ya en el aire escarchado, y el olor a granos de café tostados que salía de la puerta del Bewley's Oriental Café era un suave, pardo y cálido aliento.

Fue a ella a quien vi primero, claro, al otro extremo de la calle —mi pobre corazón soltó una especie de graznido angustiado al verla— y hasta al cabo de un momento no reparé en quién era su acompañante. Iban cogidos del brazo, y Stephanie se apoyaba en el hueco de su hombro como un esquife amarrado a la orilla de sotavento de una bahía resguardada. Llevaba chanclos —en aquellos tiempos aún se llevaban chanclos— y un abrigo marrón con un feo cuello de piel. Tenía la cabeza descubierta, estaba sonriendo y él estaba

diciendo algo y asintiendo con aquel gesto inexpresivo suyo. Era Fitzmaurice o Fitzmorris, cuyo nombre, acabo de recordarlo, era Desmond. Desmond; ¡ay, sí!, el caballero que iba de visita y siempre llegaba y se marchaba antes que yo. Vestía con su abrigo negro largo y ajustado, andaba muy pomposo y envarado, con pequeños pasitos —los suyos no eran tanto unos andares como un avance—, con un aire de insufrible autocomplacencia, y de pronto reparé, por primera vez, en el notable parecido que tenía con —¡ay, Dios bendito! — Éamon de Valera, sí, con el engreído y santurrón Dev y su nariz ganchuda. Y también comprendí que era él, Fitzloquesea, quien había sido el novio todo el tiempo, mientras que yo había sido… ¿qué? Nadie. Nada. Un visitante pesado y probablemente incómodo, tolerado solo por educación. ¡No era raro que las tres cabezas de Cerbero se estremecieran de risa cada vez que me veían!

Me embocé en el cuello del abrigo y seguí apresurado mi camino.

El verano siguiente volví a verla, y en esta ocasión hablamos. Fue una de esas tardes soñolientas de junio, cuando el sol está bajo sobre el horizonte, como si se resistiera a ponerse y el cielo se cubre de celajes y las lejanas montañas de color malva parecen tan insustanciales como un decorado.[58] Nos encontramos en Fitzwilliam Street, exactamente en el mismo sitio donde nos había dejado a su hermano y a mí aquella primera noche después de la función en el Lantern. Llevaba a su hermano pequeño, Gervaise, en un enorme cochecito negro de bebé; de hecho, ya no era un bebé, sino una criatura grandullona, rubicunda, inestable y, en mi opinión, un poco bruta: iba a ser la viva imagen de su padre, eso estaba claro. Esta vez estábamos en la misma acera. Nos vimos desde lejos, y los dos dudamos, aunque no teníamos otra forma de esquivarnos que dar media vuelta y alejarnos en direcciones opuestas. Me detuve. Ella se detuvo. Sonrió de un modo cómico y ladeado, con un gesto triste, como diciendo: «Bueno, supongo que antes o después íbamos a acabar encontrándonos». Apenas hablamos uno o dos minutos, aunque a mí me pareció mucho más tiempo, y sin duda a ella también. ¡Cuánto se sufre en esas ocasiones inesperadas! Parecía cansada, y sus ojos tenían un raro aire

esquivo y aburrido, con oscuras ojeras. Le pregunté por la familia. Se dio la vuelta, mirando con los ojos entornados hacia las lejanas montañas azuladas de ensueño, y se mordió el labio inferior. Su madre, me contó, había muerto justo después de Navidad. ¡Pobre Mags! Los cigarrillos y el alcohol acabaron por fin con ella. Dije que lo sentía. Stephanie volvió a encogerse de hombros, levantando un hombro y dejándolo caer. Se alzó un silencio entre los dos, como el agua gélida en un pozo. Gervaise, impaciente por el retraso, me echó una turbia mirada de reojo. «Más vale que…», dijo Stephanie y dejó la frase en el aire. Así acaban las cosas en la vida real. Un encogimiento de hombros, la impaciencia de un niño, y la inexpresable enormidad del amor presionando ardiente contra el esternón como un trozo de plomo caliente.

Vete a saber si se casó con Fitzloquesea. Vete a saber si habrá tenido una vida feliz, o al menos no infeliz. Es raro pensar que está en alguna parte, en este mismo momento, haciendo alguna cosa. Aún más raro es pensar que tal vez no lo esté; que no esté en ninguna parte.

7. Tiempo recobrado

Hoy tenemos por delante, Cicero y yo, lo que los periódicos, en los tiempos en que aún estaban fascinados por el mundo del espectáculo, llamaban, emocionados, una gira relámpago. Empezaremos en la presa de Blessington Street —o preso, en su grafía original—. Es un embalse, oficialmente el embalse del Rey Jorge, construido en la primera década de 1800 para suministrar agua a la ciudad y que siguió funcionando hasta los años setenta del siglo XX. El agua llegaba de Lough Owe, en el condado de Westmeath, por un ramal del Canal Real que luego se cubrió para convertirlo en un bonito paseo rodeado de árboles que va más allá de la presa y sigue en ángulo recto hasta Blessington Street. A finales de la década de 1860 el embalse se volvió demasiado pequeño para abastecer a la ciudad y se tomaron otras disposiciones, aunque la presa siguió suministrando agua a las destilerías Jameson y Powers.

Empezamos nuestra aproximación al pie de Blessington Street y nos detenemos para contemplar, admirados, la pendiente hasta las bonitas puertas de la presa, detrás de las cuales hay una cabaña de falso estilo Tudor que me recuerda a un tronco de chocolate de la panadería Kylemore. En la calle quedan aún algunas bonitas casas georgianas o de estilo victoriano temprano, y no pocas de ellas están habitadas; sus ventanas bien limpias revelan al fisgón inveterado todas las apariencias de un callado *bien-être* de clase media. Rodeamos la charca, en cuyo centro se alza una islita cubierta de maleza, pinchuda, como un puercoespín, donde viven muchos animales, entre ellos cisnes y patos y algunos palomos posesivos que se posan hinchados en una barandilla de hierro y nos miran con vidriosa malevolencia, como diciendo: «Largo de aquí: nosotros llegamos primero».

La zona de alrededor del pantano se diseñó desde el primer momento como parque público, y fue un sitio de moda donde

paseaban los caballeros victorianos con sus mujeres. Cicero se ríe al pensarlo. Cuando este dato llegó a sus oídos, a finales de los años cincuenta, «te aseguro que no era un sitio para venir de paseo». Al salir por la recia y elegante puerta original[59] a Blessington Street Park, que ocupa el canal que se rellenó de tierra, exclama con placer sorprendido al ver la ecléctica mezcla de viviendas, desde casas de trabajadores hasta casas decimonónicas de clase media de dos y tres pisos y un «estudio» de madera ultramoderno que encaja como un guante con lo que lo rodea. Si esto es aburguesamiento, coincidimos, por favor, ojalá haya más, mucho más.

Cicero señala un camino adoquinado, y llama mi atención sobre los surcos paralelos de pizarra que hay a los lados, concebidos para garantizar que las ruedas de carros y carruajes rodaran sin problemas. Al principio del camino faltan unos adoquines que han reemplazado con un indiferente parche de asfalto. Cicero se indigna.

—¿Cómo pueden hacer algo así? —exclama—. Esos adoquines que faltan tendrían que haberlos reemplazado con sustitutos modernos, con un diseño y una disposición semejantes: no hay por qué hacer que parezca original: las reparaciones deberían ser honradas, y mostrar lo que son. Así es como debería hacerse —mira furioso el alquitrán abultado y niega con la cabeza—. Esto es vandalismo —dice—. Vandalismo pagado con dinero público.

Y en el acto me veo arrastrado de vuelta a una ocasión hace años, no recuerdo cuántos, aunque sé que fue antes de la crisis de 2008. Ese día Cicero nos llevó a Seamus Heaney y a mí a comer a un restaurante en Upper Pembroke Street, cerca de Fitzwilliam Square, de bendito recuerdo Delahaye. En aquel entonces Seamus estaba recuperándose de un ictus, y la ocasión, aunque tan entretenida y divertida como cualquiera celebrada con Seamus, estuvo teñida de una tierna melancolía, una especie de dulzura ensombrecida. Cicero, a quien le fascina el proceso creativo, interrogó a Seamus sobre cómo un poeta compone un poema, y Seamus, aunque incapaz de darle una respuesta completa —¿quién sabe cómo se escribe un poema?—, fue tan considerado y cortés como siempre.

Salimos del restaurante a una tarde ventosa y voluble —no

recuerdo si era primavera o verano, pues en mi memoria podría haber sido ambos— y Cicero nos pidió que nos fijáramos en la acera, que tenía huecos entre las losas —las losas de las aceras dublinesas son tan variadas y a su manera tan bonitas como los ladrillos de Dublín— rellenados, claro, con asfalto. Allí mismo, Cicero ideó un plan para convencer a las autoridades municipales de que emprendieran la reparación de todas las aceras georgianas de la ciudad utilizando granito de Wicklow contemporáneo. Creo que el plan era financiarlo con dinero de la Lotería Nacional, o tal vez Cicero imaginara una suscripción pública. Me parece que incluso redactó y envió la propuesta al Ayuntamiento o a la Oficina de Obras Públicas. Era un plan excelente y habría añadido mucho a la textura de las plazas y bulevares históricos de la ciudad, pero por supuesto no salió adelante, porque poco después Lehman Brothers se vino abajo y nos dejó a todos en la ruina.

—*Och* —me dijo Seamus cuando nos despedimos de Cicero—, aunque se le da muy bien hacer planes.

Desde la presa vamos en coche hasta North Great George's Street, uno de los sitios georgianos más elegantes y casi intactos de la ciudad, dominado en lo alto por Belvedere House, que se construyó en 1786 para el infame George Augustus Rochfort, segundo conde de Belvedere, utilizada como colegio jesuita desde principios de la década de 1840 y que fue el alma máter de Joyce.[60] Tenemos la intención de detenernos a tomar un café en el Cobalt, que ocupa la planta baja de una de las casas más majestuosas de la calle, pero está cerrado, igual que la última vez que fui por allí. El Cobalt es uno de los abrevaderos más excéntricos y coloridos de la ciudad. Tal vez en otra ocasión…

Vamos de camino al hospital Rotunda,[61] en Parnell, antes Rutland Square. El Rotunda se llama así por el edificio adyacente en el complejo —que acabaría convirtiéndose en el cine Rotunda, luego rebautizado Ambassador— y es la maternidad en activo más antigua del mundo. La fundó una de las figuras más ciertamente admirables de la historia irlandesa, Bartholomew Mosse, cirujano y partero, que en

1745 abrió un hospital de partos en una casa reformada en George's Lane, cerca del mercado de Smithfield, la primera institución de su clase en el Imperio británico. Unos pocos años después, con solo quinientas libras en el bolsillo, obtuvo el arrendamiento de una gran extensión de terreno en el extremo norte de Sackville Street, la actual O'Connell Street, y empezó a construir un nuevo hospital, según el diseño de Richard Cassells, que, sin embargo, murió pocos meses antes de que empezara su construcción. El majestuoso edificio estaba pensado en su origen para rematar la vista al final de Sackville Street, pero Mosse y el ubicuo Luke Gardiner discutieron, y el resultado fue que Gardiner construyó lo que es hoy Cavendish Row como continuación de Sackville Street, y obligó así a Mosse a desplazar su hospital a un lado.

Mosse no solo fue un pionero de la medicina, sino también un empresario de éxito. En los terrenos traseros de donde iba a alzarse el hospital construyó unos jardines, conocidos como los New Gardens —un visitante londinense los comparó con los Vauxhall Gardens—, donde había una sala de conciertos y una cafetería.[62] Mosse utilizó las ganancias acumuladas gracias al jardín, unas ocho mil libras —una gran suma de dinero en aquellos tiempos—, sumadas a otras seis mil de una subvención del Estado, para construir el hospital, del que él fue el primer dueño. El New Garden no solo fue un acierto comercial, sino también social, con el resultado de que a finales del siglo XVIII Rutland Square era una de las zonas más elegantes al norte del río: en la década de 1790, nos informa Maurice Craig, «era el lugar de residencia de once lores, una dama por derecho propio, dos obispos y doce miembros del Parlamento».

Cicero ha acordado una cita con su actual propietario, el profesor Fergal Malone, que nos recibe con amabilidad y nos enseña las partes más antiguas del hospital, por cuyo esplendor siente un entusiasmo contagioso. Vemos la fachada original, que me pareció bastante imponente, aunque Christine Casey en su libro sobre Dublín se refiere a ella con claro desdén y desprecia el diseño de Cassells —a quien llama «Castle»— por ser «típicamente plomizo». El vestíbulo es un espacio cúbico no muy grande, de diseño sencillo, que debía de ofrecer una acogedora tranquilidad y calidez a las madres

que entraban en él en estado de buena esperanza. En aquellos tiempos, los hijos de familias acomodadas nacían en casa, bajo el cuidado de parteros como el bueno del doctor Mosse, pero este hospital se construyó con el propósito específico de tratar a los pobres de la ciudad.

Oculta en las profundidades del hospital está la capilla, descrita por Christine Casey como «el interior eclesiástico [dieciochesco] más elocuente de Irlanda», y también, de manera deliciosa, como «la incongruente joya en el vientre de una robusta matrona». Es un lugar cuadrado de doble altura con vidrieras y una galería de hierro forjado en tres lados. Entramos por un corto pasillo flanqueado a izquierda y derecha por pabellones de maternidad en uso, en cada uno de los cuales hay doce camas ocupadas por doce madres con sus bebés. El contraste entre el oscuro silencio del interior de la capilla y el bullicio y el ajetreo de un atareado hospital de maternidad basta para hacer que a uno le dé vueltas la cabeza.

En los viejos tiempos, me cuenta Cicero, Guinness ofrecía un traguito diario de cerveza negra a todas las pacientes del hospital. En la boca de los bebés…

Cicero tiene un vínculo personal con el Rotunda, aparte de haber nacido en él. En la pared de uno de los pasillos cuelga un retrato al óleo del doctor Walter Wade, otro cirujano y partero, que ejerció en la ciudad a finales del siglo XVIII. El cuadro se lo regaló al hospital, como anuncia una placa de latón, el propio Cicero; lo compró por unas pocas libras en una subasta hace muchos años.

—Es raro pensar —dice, mientras contemplamos el retrato— que esto seguirá colgado aquí, con mi nombre, mucho después de que yo ya no esté…

Una idea sombría, aunque reconfortante, sobre todo en este palacio de los partos.

En el retrato, el doctor Wade sostiene entre los dedos, podría parecer que extrañamente, un capullo de color rosa. La incongruencia se explica cuando Cicero aclara que Wade, profesor de botánica de la Sociedad Dublinesa —fundada en 1731 y hoy Real Sociedad Dublinesa—, hizo campaña a favor de la creación de un jardín botánico público, y en 1790 envió una solicitud formal al Parlamento con ese fin. En 1795 el

Gobierno le compró al poeta Thomas Tickell[63] su casa y sus terrenos en Glasnevin y se los donó a la Sociedad. Wade se convirtió en el primer director del Jardín Botánico Nacional, y ahí era donde Cicero y yo íbamos a dirigirnos a continuación.

Mientras subíamos en coche por Glasnevin Hill, me contó que antes se llamaba Washerwoman's Hill, pues era el lugar donde las mujeres iban a lavar la ropa a orillas del río Tolka. Jonathan Swift vivió aquí, enfrente de la Escuela Modelo, igual que otro escritor, el inglés Joseph Addison, amigo de Swift y miembro del Parlamento irlandés a principios del siglo XVIII; Cicero tiene un bonito medallón grabado con el retrato de Addison, que data de la época de su estancia en Irlanda.

Me hace la confidencia de que fue en el Jardín Botánico donde le dieron su primer beso. Le pido detalles, pero él niega con la cabeza. También recuerda que cuando era adolescente el Jardín Botánico —el «Bot»— cultivaba plantas de marihuana, y que en más de una ocasión recolectó lo suficiente para liar un porro o dos.

El actual director del Jardín, Matthew Jebb, había salido esa tarde, pero nos recibió el curador, Paul Maher, que nos invitó a su despacho en un rincón apartado en los terrenos del Jardín. La sala, de techo bajo pero amplia, parece menos el refugio de un botánico que, curiosamente aunque no sin cierto encanto, el camarote de un capitán de barco, debido sobre todo a una proliferación de complicados instrumentos antiguos, entre ellos un primitivo barómetro de latón. Hay también una prensa de hierro forjado de encuadernador, cuya presencia ni siquiera Paul puede explicar. Nos enseña muchas cosas, entre ellas un enorme volumen con registros meteorológicos diarios, escritos en impecable letra caligrafiada, que se remontan a los primeros días del Jardín. También tiene expuesta una semilla de baobab, que le trajo de África su hija botánica; es tan grande como un coco alargado. Nos muestra una foto de él mismo de pie debajo de un baobab que tiene el tamaño de una casa de tres o cuatro pisos. Nos contaría un millón de cosas, y nos enseñaría otro millón, si tuviésemos, él también, más tiempo.

Creo que nunca he conocido a ningún hombre tan

satisfecho con su trabajo y consagrado a él con tanta pasión como es evidente que lo está Paul Maher. Nos cuenta que en los ochenta pidió un permiso de tres años para dirigir su propio negocio de diseño de jardines. ¿Tuvo éxito?, preguntamos. Sí, responde, pero lo cierto era que «echaba de menos las plantas» y tuvo que volver al Jardín, a su amado trabajo y a su acogedor despacho. Un hombre afortunado.

La tarde avanza, y deberíamos avanzar con ella. En primer lugar, no obstante, debo hacer una visita a uno de mis edificios favoritos en el mundo entero.

La Gran Casa de las Palmeras del Jardín Botánico se construyó en 1884, una espaciosa creación de cristal, acero y madera; a su predecesora la habían echado abajo unas tormentas y esta la construyeron duros escoceses en la ciudad de Paisley y la trasladaron aquí, Dios sabe con qué medios. Estaba pensada para durar, y así lo hizo, hasta el fin del milenio, cuando se sumió en tal deterioro que hubo que cerrarla al público y no se volvió a abrir hasta cinco años más tarde, después de restaurarla por completo.

Si se mira con ojos escépticos, no se parece a nada en el mundo, y en cuanto a lo que hay en su interior… La palabra que aflora —o más bien que germina lentamente— en la imaginación al entrar, cuando nos encontramos entre tantos árboles enormes apelotonados en una cálida neblina con sus gigantescas frondas auriculares inclinadas hacia nosotros como suplicando una palabra de consuelo, o al menos una explicación, es *elefantiásico*. ¿Cómo —parecen preguntar— han llegado a estar allí, empujándose en silencio en este espacio vasto y brillante, tan lejos de la selva llena de sonidos? Dominantes e inmensamente indefensos, ¿será posible que alguna vez hayan sido pequeños, que hayan sido retoños? No son ellos los desproporcionados: no, somos nosotros, un par de liliputienses enfrentados a una multitud de Gullivers, plantados allí en la arena con sus viejos calcetines gruesos y peludos alrededor de los tobillos.[64]

En este aire acuático y verdoso tenemos la sensación de estar bajo el agua, y mientras andamos por debajo de las hojas inmóviles nos parece flotar lánguidos en una corriente tibia y mansa. Hay pasarelas allí arriba, sobre nuestra cabeza, entre las frondas que se alzan hacia el techo, estrechas

plataformas de metal perforado que sin duda deben de conducir a trampolines; no nos sorprendería oír de pronto un súbito chapuzón y acto seguido ver a un nadador que se sumerge a toda velocidad y describe un arco hacia la superficie, boqueando y con las manos —¡las palmas!— unidas por delante de la cabeza.

Y hay tanto cristal, paneles y paneles, tanto planos como curvos, y todos opacos por la neblina. La luz estival entra por todas partes y hace que el aire empapado relumbre y adquiera un túrbido color dorado. Pensamos en las personas, solemnes caballeros con levita, patilludos con bigotes primorosos, que diseñaron y construyeron este capricho descabellado y totalmente calibrado, este alegre cenador. ¿Quién dice que los victorianos eran aburridos? He ahí una elegante cúpula del placer para que los ciudadanos se deleiten, se pasmen y se asusten, un poco. Sin duda no podemos ser tan malos como especie, si nos pareció correcto y necesario erigir esta espaciosa y aireada burbuja y llenarla con tales inquietantes y totalmente entrañables monstruosidades. Y mira, ahí está la placa conmemorativa de Wittgenstein. A saber qué pensaría de las palmeras. Tal vez estaba tan abstraído en sus pensamientos, que ni siquiera reparó en ellas.

Y aún continúa la loca ronda del día. A continuación, nos apresuramos a ir a Ringsend[65] y los muelles del sur, y en particular a ese punto, al final de la carretera en la que vive Cicero, donde confluyen el Dodder, el Gran Canal y el Liffey. Aquí hay tres magníficas esclusas —la Westmoreland, la Buckingham y la Camden—, inauguradas en 1796, una ocasión de pompa y ceremonia conmemorada en el cuadro de William Ashford *La inauguración de los muelles de Ringsend, Dublín 1796*, que puede verse en la National Gallery de Irlanda. Los escluseros George Brierley y su hijo Stephen continúan aún hoy operando las esclusas, aunque la última barcaza surcó el canal en 1960.

Nos detenemos a admirar estos elegantes canales de granito, pero nuestro destino final es un par de esclusas secas que hay cerca de allí, incluso más elegantes, aunque por

desgracia hoy en desuso y ocultas tras una cerca improvisada tapada con hierbas y arbustos. Algo en su forma trae a la memoria unas bañeras antiguas que se estrechasen por un extremo, y están construidas con bloques de granito: el efecto me recuerda vagamente a los anfiteatros griegos. En la mayor de las dos languidece el casco oxidado de un barco mercante, el Naomh Éanna, que flota en su desconsuelo en el agua estancada como un ave acuática herida y desmañada.

Cicero me cuenta la desdichada historia de los canales de Dublín. Se construyeron con mucho trabajo y enormes gastos, para unir la capital por el este con el Shannon por el oeste, y así abrir ambas costas y las tierras del interior al comercio. No obstante, como Irlanda no tenía carbón ni colonias de ultramar, ni por tanto Revolución industrial, los inmensos beneficios previstos por los hombres de negocios y constructores que apoyaron el proyecto de los canales nunca se hicieron realidad. Luego llegó el ferrocarril, trajo consigo la posibilidad de trasladar las mercancías de un lado al otro del país en cuestión de horas, en lugar de los días que tardaban por agua, y eso supuso el final de los canales. El resultado fue la ruina financiera de muchos especuladores, grandes y pequeños. *Plus ça change…*

Sin embargo, Cicero, el hombre de los planes, tiene una visión de futuro para las dos esclusas en desuso. Pretende drenarlas, restaurarlas y cubrirlas con un techado traslúcido, impermeable y de color azul cielo, para convertirlas en un enorme espacio que llamará Ágora, por la antigua palabra griega para el lugar de asamblea de la ciudad, y que estará abierto a todo el mundo. Aquí darán conciertos, se instalarán mercadillos, pistas de patinaje, se montarán exposiciones temporales, cine en pases de madrugada, *céilís* descomunales y más cosas; en otras palabras, se revitalizará toda la zona. Es una idea ambiciosa, emocionante, con visión de futuro y, según Cicero, totalmente factible, con algo de apoyo de las autoridades municipales y un acuerdo con Waterways Ireland, los propietarios. Me lo describe en nuestro camino de regreso por Hanover Quay, pasando por la antigua fábrica de bicicletas Raleigh, que se ha convertido en el cuartel general europeo de Airbnb. El capitalismo adopta muchas formas…

Justo detrás de la casa de Cicero hay una ancha franja de

agua que el Gran Canal nutre antes de desembocar en el Liffey. Cuando llegamos a la orilla, está atracando un transbordador restaurado del Liffey. El transbordador, el último que queda, lo rescató y reparó el capitán Richie Saunders. Richie me va a llevar a dar una vuelta por la dársena: podría ser otra vez 8 de diciembre y yo un niño esperando un obsequio. Subimos a bordo y Richie me cuenta cómo los transbordadores llevaban a cientos de portuarios de un lado al otro del río en los tiempos previos a que las esclusas, como todo lo demás, se hicieran automáticas. Al pasar por una callejuela que conduce al cuartel general de Google —otra vez el capitalismo rampante—, Richie se ríe y me cuenta que su tripulación y él atracan aquí a menudo los jueves y desembarcan a cobrar su pensión en la oficina de correos que hay cerca.

Navegamos por debajo de un puente, construido en ángulo respecto a la carretera que pasa por encima, y vemos la exquisita mampostería del arco, en el que todos los bloques están cortados y encajados al bies. ¿Cuántas veces habré pasado por aquí sin sospechar que debajo se escondía este magnífico ejemplo del arte de la cantería? Qué gran parte del mundo se oculta de nosotros.

—Podríamos ir hasta el Shannon desde aquí —dice Richie con nostalgia—. ¡Eso sí que sería una travesía!

Hemos llegado al final de nuestro recorrido, de hecho de nuestros recorridos, y es hora de tomar una copa de despedida. Vamos en coche a Poolbeg Street —esta será mi última aventura, al menos de momento, en el pequeño deportivo rojo—, y paramos en Mulligan's. Este bonito pub antiguo se estableció primero en Thomas Street en 1782, y luego se trasladó a su ubicación actual en 1854. Es una tarde tranquila, y nos sentamos en una mesita nada más entrar. El sol brilla y las motas de polvo flotan en el aire. Me siento como Odiseo llegado por fin a Ítaca, pero con todo en orden y sin unos pretendientes usurpadores esperando a que los maten. Me siento…, sí, me siento en casa. Comprendo que entre Cicero y Dublín me han concedido las llaves de la ciudad. Brindo por estar aquí —«porque estar aquí es mucho»— y sonrío como un estúpido, me temo, a la luz del sol en la puerta. Aparece una sombra y entra nada menos que

—no existen las coincidencias— mi hijo mayor, mi primogénito, que ahora es un hombre de mediana edad y más alto que yo. Va de camino a casa después del trabajo, y se ha parado a tomar una pinta, como hacía mi padre hace tantos años, en otro mundo, en otro tiempo.

Oh, tiempo, *O tempora*, ¿en qué sitios hemos estado… y adónde me llevarás todavía?

Apéndice I

¿Alguna vez se ha preguntado el lector qué hay debajo de esos enormes edificios georgianos? He aquí lo que cuenta Maurice Craig de donde se alza una de las obras maestras de James Gandon, la Custom House, en la orilla norte del Liffey:

> Gandon decidió no utilizar pilotes. En vez de eso vació el espacio en una ataguía [busque el lector la palabra], lo niveló, extendió brezo cortado por encima y colocó una enorme rejilla de madera Memel [no cierre el diccionario] de un metro cuadrado de sección. Luego llenó los intersticios con ladrillos y una mezcla de mortero y polvo de piedra caliza, y lo cubrió todo con planchas de cuatro pulgadas de abeto. Después colocó un piso de granito sin desbastar en el que había incrustada una cadena de hierro de cuatro pulgadas por dos y media, y unas vigas horizontales con plomo y otras transversales cubiertas con un cemento hecho con cera, resina y polvo de piedra. Los pisos de granito regulares llevaron las obras al nivel del suelo. Debajo del resto de la fachada sur, la rejilla estaba cubierta con grava de caliza oscura de Dublín. El tiempo ha demostrado la solidez del proyecto de Gandon, pero durante la construcción sufrió las frívolas críticas de los arquitectos aficionados que iban a asomarse a las negras y oleosas profundidades…

Cicero me cuenta que durante la construcción de la Custom House, Gandon encontró una oposición tan virulenta que no se atrevía a pisar las obras sin llevar una espada al cinto. A Kevin Roche, el arquitecto estadounidense de origen irlandés que diseñó el Centro de Convenciones que hay río abajo, un poco más allá de la obra maestra de Gandon, le gustó tanto la anécdota que Cicero le regaló una espada dieciochesca forjada en Dublín, que todavía hoy cuelga en las oficinas

neoyorquinas de Roche Dinkeloo Associates.

Apéndice II

No puedo oír el nombre de Ringsend, «esa joya que centellea en el Dodder», sin pensar en mi balada dublinesa favorita, «Johnny Doyle» o «El marinero olvidadizo». Antes pensaba que la había escrito ese gran cantante que fue el difunto Frank Harte, pero Nicholas Carolan, director emérito del Archivo de Música Tradicional Irlandesa, me informa de que en realidad es una obra de James (Jimmy) Montgomery, el primer censor cinematográfico irlandés, que desempeñó el cargo entre 1923 y 1940. Católico devoto, declaró que, como censor, «utilizo los diez mandamientos como mi código personal». Gracias por salvar a la generación de nuestros padres de la depredación moral de Hollywood, Jimmy.

He aquí la letra de la canción:

JOHNNY DOYLE, O EL MARINERO OLVIDADIZO

Vosotros, hijos del linaje de Dan O'Connell, escuchad mi triste tonada,
acerca de un marinero, nacido en Dublín.
Mi canción no es más que una historia con una moraleja piadosa,
que empieza en el puente Carlisle y acaba en las islas de Coral.
Una goleta zarpó de George's Quay, rumbo al extranjero un día bochornoso,
y en la orilla quedó una joven llorando como si hubiese extraviado el juicio.
«¡Ay, Johnny Doyle!, mi amor por ti es sincero, pero preñado de arrepentimiento,
pues ¿qué dirán de mí los vecinos al verme en tan triste estado?».
Dieron vueltas al cabestrante, largaron velas y la goleta se deslizó por el Liffey,

la damisela soltó un grito desgarrador, y en un santiamén era madre.
El barco pasó la bocana del puerto y puso rumbo a aguas extranjeras,
a China, donde son muy sabios y ahogan a las niñas al nacer.
Ahora han pasado los años y el hijo de Mary se gana su propio sustento,
y a Mary se le rompe el corazón cada vez que este joven galán sale a cortejar.
Así que dice: «Un buen día, se irá y me dejará afligida;
me disfrazaré de marinero y surcaré los siete mares en busca de Johnny».
Embarcó en un barco pirata que pillaba el tórrido ecuador,
y con los hirsutos bucaneros navegó esta dulce y virtuosa criatura.
El capitán creía que se llamaba Bill, era una mala persona.
En el trato con esta bestia odiosa su situación era precaria.
Fue en el mar de los Sargazos, dos barcos flotaban ociosos,
y Mary, en la guardia de medianoche, patrullaba el alcázar.
Observó con calma el barco que se acercaba y de pronto se alegró,
pues en la dorada popa estaba Johnny Doyle con magníficos ropajes.
Y ahora están de vuelta en el dulce Ringsend, esa joya que centellea en el Dodder.
Él es un pacífico comerciante y vende avena y forraje.
Por matrimonio ella es la señora Doyle, tiene un puesto de vincapervincas,
y cuando Johnny oye que hay un pequeño en camino, su único ojo brilla de alegría
y ahora son diez de familia, y el corazón de Mary baila de alegría,
pues Johnny ha calmado al joven galán que casi acaba con su paciencia.
Ahora son felices en el dulce Ringsend, ya no volverán a surcar aguas extranjeras,
pues Johnny Doyle está muy ocupado, con cinco hijos fuertes y cinco dulces hijas.

Johnny Doyle, or, The Forgetful Sailor

You sons of Dan O'Connell's line, give ear unto my doleful ditty,
It's all about a sailor lad, whose birthplace was in Dublin city.
My song is just to demonstrate a story with a pious moral
That starts around by Carlisle Bridge and ends up on the Isles of Coral.
A schooner sailed from George's Quay, for foreign parts one sultry season,
And on the shore, a maiden stood and cried like one bereft of reason.
'Oh Johnny Doyle, my love for you is true but full of deep contrition
For what'll all the neighbours say about me in this sad condition?'
The capstan turned, the sails unfurled, the schooner scudded down the Liffey,
This damsel gave a piercing shriek, she was a mother in a jiffy.
The vessel passed the harbour bar and headed out for foreign waters,
To China, where they're very wise, and drown at birth their surplus daughters.
Now years and years have passed and gone, and Mary's child is self-supporting,
And Mary's heart is fit to break when this young buck goes out a-courting.
And so says she, 'On one fine day, he'll go and leave me melancholy;
I'll dress meself in sailor's clothes and scour the seven seas for Johnny.'
She shipped on board a pirate bold that raided on the hot equator,
And with these hairy buccaneers there sailed this sweet and virtuous creature.
The captain thought her name was Bill, his character was most nefarious.

Consorting with this heinous beast, her situation was precarious.
'Twas in the Saragossa Sea, two rakish barques were idly rolling,
And Mary on the middle watch, the quarter deck she was patrolling.
She calmly watched the neighbouring ship, then suddenly became exclaimant,
For there upon the gilded poop stood Johnny Doyle in gorgeous raiment.
And now they're back in sweet Ringsend, the gem that sparkles on the Dodder.
He leads a peaceful merchant's life and does a trade in oats and fodder.
By marriage lines she's Mrs. Doyle, she runs a stall of periwinkles,
And when Johnny hears one's on the way, his single eye with joy it twinkles
And now their family numbers ten, and Mary's heart sings like a linnet,
For Johnny's calmed that wild young buck that stretched her patience to the limit.
They're happy now in sweet Ringsend, no more they'll sail for foreign waters,
For Johnny Doyle, his hands are full, with five strong sons and five sweet daughters.

Agradecimientos

Los libros siguientes me resultaron de gran ayuda al escribir *La alquimia del tiempo*.

Dublin 1600-1860, de Maurice Craig, Cresset Press, 1952.
The Buildings of Ireland: Dublin, de Christine Casey, Yale University Press, 2005.
Georgian Dublin: The Forces that Shaped the City, de Diarmuid Ó Gráda, Cork University Press, 2015.
Remembering How We Stood, de John Ryan, Lilliput Press, 2008.
Prodigals and Geniuses: The Writers and Artists of Dublin's Baggotonia, de Brendan Lynch, Liffey Press, 2011.

Mi más sincero agradecimiento a Raymond Bell, Stephen Brierley, George Brierley, Nicholas Carolan, Ciara Considine, Margaret Crean, Rita Crosbie, Vonnie Evans, Joan Hanly, Helen Hanly, Paul Maher, el profesor Fergal Malone, Helena Gouveia Monteiro, Richie Saunders, Louisa Stoney y al personal de la biblioteca de Pearse Street.

Varios fragmentos de este libro aparecieron, con modificaciones, en *City Parks: Public Places, Private Thoughts*, creado y editado por Catie Marron, con fotografías de Oberto Gili, Harper Collins, 2013, y en *Sons+Fathers*, editado por Kathy Gilfillan y publicado por la Irish Hospice Foundation, 2015.

Agradecimientos por los permisos

El autor y el editor agradecen a las siguientes entidades el permiso para utilizar material en *La alquimia del tiempo*:

«Versos escritos en un banco en el Gran Canal, Dublín», de Patrick Kavanagh, se reimprime gracias al amable permiso de los fideicomisarios del Legado de la difunta Katherine B. Kavanagh, mediante la Agencia Literaria Jonathan Williams.

El fragmento de «El siguiente, por favor», de Philip Larkin (*The Less Deceived*, 1977), se reimprime gracias a la amable autorización de Faber & Faber Ltd.

«Y ahora las hojas pierden de pronto fuerza», de Philip Larkin (*Poesía reunida*, 2003), se reimprime gracias a la amable autorización de Faber & Faber Ltd.

Notas

[1] Expresión anfibológica: *about time*, en inglés, significa tanto «acerca del tiempo» como «ya iba siendo hora». (*N. del t.*; todas las notas, menos las indicadas de manera específica, son del autor).
[2] *La carta de Newton*, en *Tetralogía científica*, Barcelona, Alfaguara, 2022, p. 489, trad. de José Manuel Álvarez Flórez. *(N. del t.)*.
[3] En su esencial guía arquitectónica Pevsner de Dublín, Christine Casey dice mordaz de St. Andrew: «Pocos edificios de Dublín evocan de un modo tan tangible las aspiraciones católicas de clase media después de la Emancipación».
[4] Siempre codicié el número 2 de Percy Place, una casita de ladrillo cerca del puente Huband, que mira hacia la esclusa del canal y a la que da sombra un exquisito sauce llorón. Hace poco descubrí que esta casa y otras dos más las construyó William Beckett, el padre de Samuel, y que Samuel y su hermano Frank heredaron las tres casas: al parecer, al menos las escrituras del número 2 llevaron los nombres de los hermanos hasta los años setenta del siglo XX. Vaya, vaya…
[5] Juego de palabras: Greene y *green* («verde») son vocablos homófonos. *(N. del t.)*.
[6] Bat Masterson (1853-1921) fue un conocido sheriff y boxeador del salvaje Oeste americano. *(N. del t.)*.
[7] El título del libro podría traducirse *En recuerdo de cómo resistimos*; el que proponen los chistosos es *Para olvidar cómo nos tambaleábamos*. *(N. del t.)*.
[8] Yo habría asistido sin dudarlo, si no hubiese estado en Berkeley, California, entre peinados afro, estopilla y protestas estudiantiles.
[9] A Wittgenstein se le conmemora con una placa en la Casa de las Palmeras del Jardín Botánico en Glasnevin. A finales de los años cuarenta del siglo XX, el filósofo vivió en Dublín, donde tenía un buen amigo, el doctor Maurice Drury, un psiquiatra especialista en el hospital de Saint Patrick. Se alojó en el hotel Ross —hoy Ashling—, que tiene otra placa en su recuerdo, almorzaba en Bewley's o en el comedor de socios del zoo, y a veces se sentaba a trabajar en los escalones, al calor de la Casa de las Palmeras.
[10] Aún puede vérsela, tan lujosamente vestida como siempre, en una variedad de poses elegantes y sugerentes, centelleando entre las lejanas galaxias de internet.
[11] Para que conste, fundó el Point Village, el 3Arena y el Bord Gáis Energy Theatre y fue cofundador del National Conference Centre, el centro de conciertos de Vicar Street y el hotel Gibson. Un récord nada despreciable…, aunque a ver quién se atreve a despreciarlo.
[12] Es un MG biplaza de 1.275 caballos de 1957, «el último de los

verdaderos coches deportivos británicos», afirma Cicero, que lo compró hace cuarenta años, «por cuatrocientas libras ganadas con el sudor de mi frente. Escucha el ruido del motor…, es como pilotar un Spitfire».
[13] En inglés *horny* significa «cachondo» o «caliente» y *man* significa «hombre». *(N. del t.)*.
[14] Vete a saber cuál será el origen de este término despectivo para lo que antes se llamaban «las órdenes inferiores». Sin duda un dublinés de pura cepa sabría decírmelo. Tendré que preguntarle a Cicero…
[15] *Barnacle*, en español, significa «lapa» o «percebe». *(N. del t.)*.
[16] No obstante, podríamos procurar atemperar el más bien severo juicio de Foster recordando que, en un poema como «The Circus Animals' Desertion», el Yeats anciano vuelve la vista atrás con tristeza hacia esos días en los que:

Los actores y los escenarios pintados ocupaban toda mi atención,
y no las cosas que simbolizaban

y comprendió la vanidad de al menos parte de sus logros:

vana alegría, vana batalla, vano descanso,
asuntos del corazón amargado…

[17] En al menos un mapa del siglo XVIII aparece escrito «Baggat».
[18] *The Boys*, una biografía conjunta escrita por Christopher Fitz-Simon, es un maravilloso homenaje, al mismo tiempo cálido y mordaz, a esta pareja única, y las memorias de Mac Liammóir *All for Hecuba* son muy entretenidas aunque no siempre sean del todo fiables…
[19] Rainer Maria Rilke, *Elegías de Duino*, Barcelona, Lumen, 1994, trad. de José María Valverde. [Banville utiliza la traducción, que califica de «un poco anticuada, pero simpática», de Leishman/Spender]. *(N. del t.)*.
[20] Otra vez Rilke, de la octava *Elegía*:

[…] siempre
por más que hagamos, tenemos el gesto
del que se marcha […]

[21] Philip Larkin, *Poesía reunida*, Barcelona, Lumen, 2014, versiones de Damián Alou y Marcelo Cohen. *(N. del t.)*.
[22] Vale la pena señalar que Flanagan utilizó su primer discurso en el Dáil, en julio de 1943, para denunciar a los judíos, «que crucificaron a nuestro salvador hace mil novecientos años, y ahora nos crucifican a nosotros cada día de la semana. […] Hay una cosa que hizo Alemania que fue expulsar a los judíos del país. Mientras no expulsemos a los judíos de nuestra patria, da igual las órdenes que dictemos [se refería a la Emergency Powers Act en plena Segunda Guerra Mundial]. Los judíos acuden al dinero como las moscas a la miel». En las elecciones generales del año siguiente duplicó su número de votos; en 1978 el papa Juan Pablo I lo nombró caballero de la Orden de San Gregorio Magno.
[23] Maurice Craig pone en duda la sugerencia de que la Casa Blanca

de Washington sea una copia de Leinster House. No obstante, el arquitecto de la Casa Blanca, James Hoban, nació en el condado de Kilkenny, estudió Arquitectura en la Dublin Society's School, «donde en 1780 le concedieron el premio por las "escaleras, tejado, etc." y en 1792 ganó el concurso de la Casa Blanca».

[24] Recuerdo que allá por los años ochenta, la arqueóloga Máire De Paor me contó que había abordado en no sé qué acto público a Charles Haughey, entonces nuestro *taoiseach* —que se enorgullecía, con razón en algunos aspectos, de ser un hombre cultivado—, y le instó a que el Estado adquiriese una preciosa cubertería georgiana que el país iba a perder en subasta pública. La respuesta que recibió, con el famoso gruñido haugheiano, fue que «los británicos pueden quedarse con sus puñeteras cucharas».

[25] Quien, ahora caigo, asoma repetidamente en estas páginas, igual que la figura de Punch en un espectáculo de marionetas; y, de hecho, ahora que lo pienso, guardaba cierto parecido físico con el malvado del garrote en las ferias de antaño.

[26] *Mount*, en inglés, significa «monte» o «montículo». *(N. del t.)*.

[27] Podría parecer que Ó Gráda es más sensible a las diferencias sociales de la época que Maurice Craig. No obstante, Craig tampoco se hace ilusiones sobre los contrastes entre la vida de los aristócratas y el pueblo en general en el Dublín georgiano; al comentar que gran parte de la ciudad vieja seguía intacta cuando escribió su libro a finales de los años cuarenta, afirma: «La pobreza había sido en gran parte el conservante, y nadie puede lamentar las mejoras económicas que empezaron poco después».

[28] *La ventana se abre*
a un arco cuajado de estrellas, y la noche
reacciona vagamente a la matemática
pasión de una suite de violonchelo […]

[29] Madre de mi querida amiga, la difunta Caroline Walsh, que me sucedió como redactora literaria en *The Irish Times*. Aún echo de menos a Caroline por su amabilidad, su alegría, su irreverencia y su integridad.

[30] Cicero, que vio a Behan mucho más que yo, cree que era un «bengalí», es decir un logrero, como el lancero. Entre sus muchas dotes, Cicero tiene un gran dominio del *slang* rimado.

[31] También lo vi un día en el escaparate de la librería Parsons; estaba literalmente en el escaparate, pues se había encaramado al estante y estaba sentado allí, con los codos apoyados en las rodillas, entre, y sobre, los libros rebajados, hojeando muy concentrado las páginas de un ejemplar de *London Magazine*. Era digno de ver con sus botas claveteadas, el sombrero abollado echado hacia atrás, realizando comentarios despectivos y fingiendo que hacía caso omiso de las miradas de los viandantes. En el fondo, eran todos unos figurones, hasta el más hosco de ellos.

[32] El otro día en uno de mis estantes encontré una largo tiempo olvidada edición tamaño postal de *Georgian Dublin: Twenty-Five Colour Aquatints by James Malton*, publicada por Dolmen y con un prólogo de —¿quién si no?— Maurice Craig. ¿Ve el lector como todo encaja?

[33] Un día Beaverbrook estaba dictándole un editorial a David por teléfono, y David, debido a problemas en la línea, no hacía más que pedirle que repitiera una palabra, hasta que por fin su señoría le chilló exasperado: «*Encarad*: E de estúpido, N de nada, C de coño, A de ano, R de ramera, A de animal y D de Dios Todopoderoso». [Intraducible, lord Beaverbrook deletrea *facing* usando algunas palabras malsonantes hasta llegar a la última, *G—for God Almighty* («D de Dios Todopoderoso») *(N. del t.)*].

[34] Mi agente me explicó después el orden jerárquico de David: en Londres, a la gente de poca monta como yo los llevaba a tomar una copa al Coach and Horses en Greek Street; a las estrellas en alza los invitaba a comer en el Jardin des Gourmets, también en Greek Street; mientras que a los finalistas del Premio Booker y otros parecidos los invitaba a cenar y a beber en el Garrick Club.

[35] Cicero me dice que el dignísimo señor Ryan tenía el improbable apodo de «Bongo».

[36] *Woodbine* significa «madreselva». *(N. del t.)*.

[37] Para este extracto y el siguiente en este mismo capítulo: James Joyce, *Ulises*, Barcelona, Lumen, 2014, trad. de José María Valverde. *(N. del t.)*.

[38] Y también en el sur, no lo olvidemos: los atentados con coches bomba en Dublín y Monaghan el 17 de mayo de 1974, llevados a cabo por la Fuerza de Voluntarios del Ulster, probablemente con la ayuda de fuerzas de seguridad británicas, mataron a treinta y tres personas y a un bebé no nacido; esta fue la masacre coordinada más mortífera del «Conflicto».

[39] James Joyce, *Ulises*, Barcelona, Lumen, 2014, trad. de José María Valverde. *(N. del t.)*.

[40] Se cuenta que también Wittgenstein, en su estancia en Dublín, subió a la Columna. Parece que él y su amigo el doctor Drury, como un par de colegiales haciendo novillos, compraron un par de cámaras baratas en Woolworths y subieron para estar a la sombra del almirante y hacer fotografías panorámicas de la ciudad. Me recuerda un pasaje al final del *Tractatus*: «Mis proposiciones esclarecen porque quien me entiende las reconoce al final como absurdas, cuando a través de ellas —sobre ellas— ha salido fuera de ellas. (Tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido por ella)». [Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, Alianza, 1994, trad. de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera].

[41] Christine Casey observa que el «desprecio» de King’s Inns por Henrietta Street es «particularmente evidente», y sin duda no le falta razón. King’s Inns, construida en lo que en su día fue el solar de bonito nombre Plover Field, se asienta en toda su pétrea majestad al final de la calle como una rana gigantesca, deforme, hinchada, recargada y ornamentada. Es mucho, muchísimo más bonita desde el otro lado, enfrente de Constitution Hill. Al fin y al cabo, lo construyó ese genio que era James Gandon.

[42] Según cuenta Maurice Craig, el callejero de Dublín de 1792 nos dice que vivían en ella «un arzobispo, dos obispos, cuatro lores y cuatro parlamentarios (uno de ellos, el hijo mayor de un lord)».

[43] Diarmuid Ó Gráda apunta que «en la década de 1760 la ciudad tenía mil abogados y el número seguía en aumento. Al acabar el siglo había quinientos más».
[44] *The Daily Bleat*: PRESI PEDO APIOLADO MIENTRAS HACE PIS EN EL JARDÍN.
[45] También tenía un seco ingenio y un agudo sentido de la ironía. Cuando estaba en el exilio en Francia en la década de 1650, un amigo suyo, un escocés y refugiado como él, discutió con su anfitrión francés y fue a pedirle consejo a Ormonde, pues no había nadie más en la ciudad que quisiera acogerlo. Ormonde le aconsejó que volviera con su anfitrión y primero se comiera sus palabras y luego su comida.
[46] Los *roundheads* eran los partidarios del Parlamento de Inglaterra durante la guerra civil inglesa (1642-1651) y combatían contra Carlos I y sus acólitos, conocidos como *cavaliers*, que defendían la monarquía absoluta y el derecho divino. *(N. del t.)*.
[47] Tyburn era una pequeña aldea, cerca del actual Marble Arch, donde tradicionalmente se ahorcaba a los criminales londinenses. *(N. del t.)*.
[48] Blood tuvo el dudoso honor de que lo recordara en verso un poeta tan repelente como el conde de Rochester, quien en su *History of Insipids* escribió:

A Blood, que lleva la traición pintada en el semblante,
villano con sotana,
¡cuánto se le favorece en la corte
por robar a Ormond y a la corona!
Ya que la lealtad no sirve de provecho,
¡robemos al rey y superemos a Blood!

[49] Craig: «[…] la dama (sorprendentemente) se contentó con unas tierras en Inglaterra; pero no antes de decirle a Ormonde al oído que esperaba vivir lo suficiente para verlo ahorcado. El duque respondió con dulzura que por su parte se contentaba con vivir lo suficiente para verla envejecer».
[50] Ante esta mole imponente, Christine Casey se limita a fruncir el ceño: «Tan enorme es la brutal y plana simplicidad de este edificio que ni el día más luminoso altera su gesto taciturno».
[51] Coherentemente, en Harcourt Street hay un club nocturno que lleva su nombre (Cooper Face Jacks) y del que, sin duda, más de uno sale tambaleándose de noche, si no cobrizo, seguro que al menos rubicundo.
[52] Una calle de Westminster donde hay numerosas consultas de médicos, dentistas y cirujanos, por lo que se ha convertido en sinónimo de la atención médica privada. *(N. del t.)*.
[53] *Tiddler*, en inglés, puede traducirse por «nene» o «renacuajo». *(N. del t.)*.
[54] Se dice que la palabra *culchie*, que es como los dublineses llaman con desprecio a los campesinos, se deriva de Kiltimagh, un pueblo sin la menor culpa en el condado de Mayo. Nadie sabe cómo una corrupción de su nombre pudo convertirse en sinónimo de paleto,

aunque la derivación se da por hecho, al menos por parte de los dublineses.
[55] Tanto Guernsey como la isla de Man son famosos paraísos fiscales. *(N. del t.)*.
[56] Tuvo «la impresión de un animal muy nervioso y refinado: una gacela en un cuarto de estar».
[57] En 1958 hubo otra intromisión en el Festival de Teatro de Dublín, cuando pidieron a Sean O'Casey que hiciera cambios en su obra *The Drums of Father Ned* y él la retiró del festival; después, la Bord Fáilte —sí, la Junta de Turismo— obligó a la retirada de *Bloomsday*, una adaptación escénica de *Ulises*. Beckett había conseguido permiso para representar en el Pike *All That Fall* y *Fin de partida*, pero el 27 de febrero de 1958 escribió a Carolyn Swift:

Me retiro. Mientras estas condiciones prevalezcan en Irlanda, no quiero que mi obra se represente allí, ni en festivales ni fuera de ellos.

Si nadie protesta, ellos prevalecerán siempre. Esto es lo más que puedo hacer.
[58] Trieste es la otra única ciudad que conozco en la que las montañas parecen apiñarse etéreas al final de casi cada calle.
[59] «Mira ese granito —dice Cicero, toqueteando los bloques de piedra punteados del marco de la puerta—, ese efecto se llama "desbastado a martillo". Lo hacían los albañiles con martillos afilados, tap, tap, tap. En aquellos tiempos sabían cómo manejar el material». Como en la casa de Henrietta Street, me hace pasar la palma de la mano por la superficie de la enorme puerta de acero, nudosa y cálida bajo siglos de pintura negra, para que note el peso y la calidad del material, la firmeza del trabajo. Desde luego, le gustan las cosas bien hechas, ya sea una mesa que me mostró una vez, de Moore de Dublín, *c.* 1760 —madera satinada, forma de media luna, patas apuntadas, un objeto tan esbelto y sereno como un antílope—, o una gran puerta metálica y funcional como esta. Es, como quería ser Thomas Hardy, un hombre «que repara en esas cosas».
[60] Un amigo mío se encontró hace muchos años con un cura jubilado que daba clases en el Belvedere College, y en el curso de la conversación sacó a relucir imprudentemente el nombre de Joyce. Eso causó un profundo silencio, que el reverendo padre interrumpió por fin aclarándose la garganta, mirando al techo y murmurando: «¡Ah, sí, Joyce! No fue uno de nuestros mayores éxitos».
[61] ¿Ha habido alguna vez una maternidad con un nombre más apropiado?
[62] En el complejo Rotunda se encuentra también el Gate Theatre, lo cual llevó a Maurice Craig, con su característico y sutil ingenio, a observar que el Rotunda «cementó de forma permanente» la «íntima alianza entre la obstetricia y el entretenimiento».
[63] Vete a saber si no sería este Tickell en quien estaba pensando Beckett cuando, en *Murphy*, una de sus primeras novelas, inventó la figura de «Austin Ticklepenny, poetastro del condado de Dublín». Aunque otros menos amables han sugerido que en realidad Ticklepenny es una rencorosa caricatura de Austin Clarke.

[64] Amelia Stein ha hecho aquí unas fotografías preciosas: véase su espléndido libro *The Palm House*, publicado por Lilliput Press.
[65] Ver Apéndice II.



Título original: *Time Pieces. A Dublin Memoir*
Primera edición en castellano: junio de 2024

ISBN: 978-84-204-5413-9

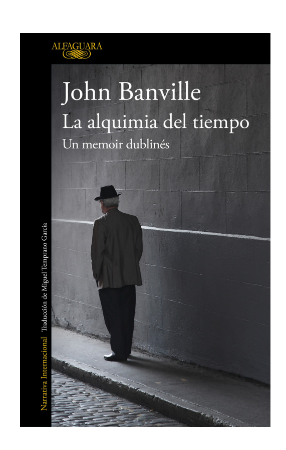
Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros

EL GRAN MAESTRO IRLANDÉS GANADOR DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE LAS LETRAS, DESLUMBRA CON ESTE MEMOIR Y GUÍA ÍNTIMA DE DUBLÍN Y SUS ARTISTAS.

«El paseo literario por el que nos guía Banville, siempre entretenidísimo, a través de las calles y los oscuros pasadizos de Dublín, es para no perdérselo. Ya solo las frases valen la entrada».

RICHARD FORD



El gran maestro irlandés deslumbra con esta joya entre la memoria y la guía íntima de Dublín y sus artistas. *La alquimia del tiempo* posee tantas capas y es tan rica emocionalmente, tan ingeniosa y sorprendente como cualquiera de sus mejores novelas. Para Banville, nacido y criado en un pequeño pueblo cerca de Dublín, la ciudad fue al principio un espacio apasionante, un regalo y,

también, el lugar donde vivía su querida y excéntrica tía. Sin embargo, cuando llegó a la mayoría de edad y se instaló allí, se convirtió en el habitual telón de fondo de sus insatisfacciones, y de hecho no tuvo un papel propio en su trabajo hasta la serie de Quirke, escrita como Benjamin Black. Aquella fascinación infantil permaneció oculta en algún lugar de su memoria. Pero aquí, mientras nos guía por la ciudad, deleitándose con su historia cultural, arquitectónica, política y social, Banville saca a la luz los recuerdos unidos a lugares y momentos formativos más importantes. El resultado es un tour maravilloso por Dublín, un elogio tierno y poderoso a una época y un lugar que dieron forma a «un artista adolescente».

John Banville (Wexford, Irlanda, 1945) ha trabajado como editor de The Irish Times y es colaborador habitual de The New York Review of Books. Con *El libro de las pruebas* (Alfaguara, 2014) —integrado más tarde en *Trilogía de Freddie Montgomery* (Alfaguara, 2020), junto con *Fantasmas* y *Atenea* — fue finalista del Premio Booker, que obtuvo en 2005 con *El mar* (Alfaguara, 2019), consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre sus obras publicadas en Alfaguara destacan también *El intocable* (2015), la *Trilogía Cleave —Eclipse* (2014), *Imposturas* (2015) y *Antigua luz* (2012)—, *La guitarra azul* (2016), *La señora Osmond* (2018) y *Tetralogía científica* (2022), que reúne en un solo volumen las novelas *Copérnico* (ganadora del James Tait Black Memorial Prize), *Kepler* (merecedora del Premio de Ficción de The Guardian), *La carta de Newton* y *Mefisto*.

Bajo el pseudónimo de Benjamin Black, que continúa utilizando exclusivamente en sus ediciones en español, ha publicado en Alfaguara *El lémur* (2009), la serie protagonizada por el doctor Quirke —*El secreto de Christine* (2007, 2023), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013), *Órdenes sagradas* (2015), *Las sombras de Quirke* (2017) y *Quirke en San Sebastián* (2021)—, *La rubia de ojos negros* (2014) y *Los lobos de Praga* (2019). En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras por «su inteligente, honda y original creación novelesca». *Las singularidades* (2023) es su última novela.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

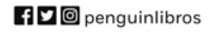
En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice